

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 8 - 14 enero 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 371

EL COLOR NO ES FRONTERA

BLANCOS, NEGROS
MARRILLOS, COBRIZOS
ACEITUNADOS, HACIA
UN MISMO NIVEL

TODAS LAS RAZAS
CON VOZ Y VOTO

Proceso contra Laura Dissart

La vida enigmática de la "Mata-Hari" de la segunda guerra mundial (pág. 28)

LA VIDA INTIMA DE BENITO MUSSOLINI

Las horas del poder contadas por sus hijos (pág. 17)

Argelia, zona prohibida

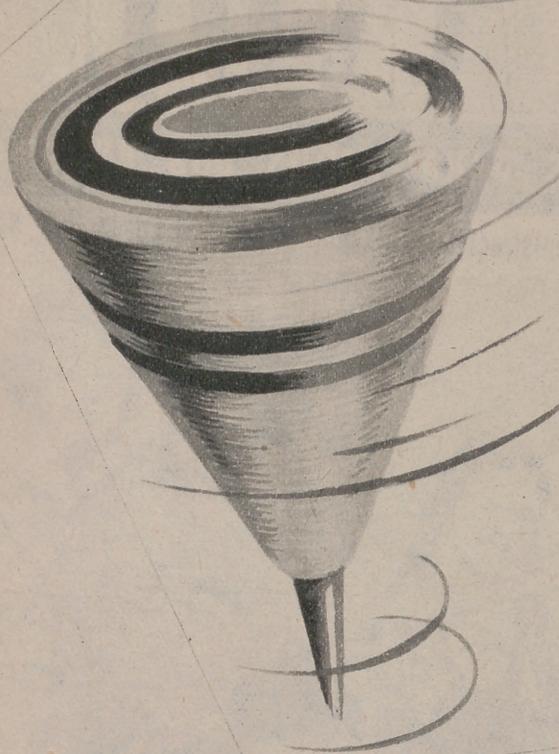
Ocho millones de habitantes que han perdido el sueño, por A. Barra (pág. 9)

Carta del Director a don Antonio Prieto (pág. 8) ● La operación "especialistas" del Ejército español, por F. Etxevarry y G. Crespi (pág. 23) ● Dios, piedra de toque, por Fr. Fernando Soria, O. P. (pág. 27) ● Túy, ciudad de los pasos perdidos, por Blanca Espinar, enviado especial (página 32) ● Entrevista con Noel Clarasó, por M.^a J. Echevarría (pág. 45) ● El libro que es menester leer: "La feria de la moralidad", por Geoffrey Williamson (pág. 48) ● El Museo de Arte Moderno estrena cara nueva, por Tristán Yuste (página 51) ● Crisis en la "Roca" (pág. 56)

EL IMBECIL

Novela por Tomás Pau (pág. 38)





Equilibrio funcional

Lo que se entiende por "buena salud" no es más que perfecto equilibrio de todas las funciones orgánicas. Por lo mismo que no puede llamarse robusto a quien tiene los brazos hinchados, no puede considerarse sano sólo al que digiere bien. Hace falta, además, buena circulación sanguínea, regularidad intestinal, nervios templados, etc., etc. Toda la fisiología acorde. La "Sal de Fruta" ENO en toda época y momento contribuye a entonar cuerpo y mente, proporcionando ese saludable equilibrio.

Cerca de un siglo de consumo en todos los países avala la excelencia de la "Sal de Fruta" ENO, bebida efervescente y refrescante que sin ser medicamento, depura la sangre y estimula las funciones orgánicas. En forma concentrada y conveniente posee muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

Adquiera el frasco grande. Resulta más económico

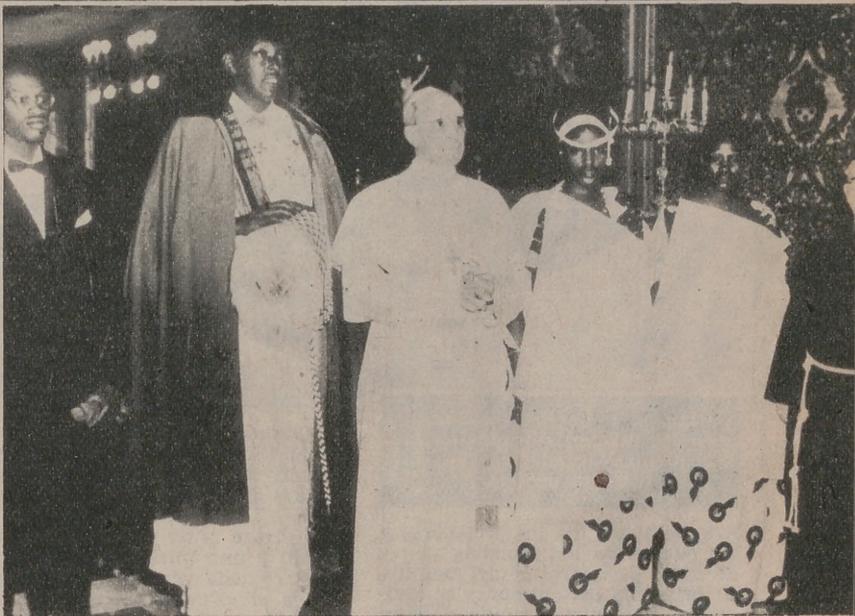
VIGORIZA EL ORGANISMO

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

EL COLOR NO ES FRONTERA

**BLANCOS, NEGROS,
AMARILLOS, COBRIZOS,
Y ACEITUNADOS,
HACIA UN MISMO NIVEL**

**TODAS LAS
RAZAS
CON VOZ
Y VOTO**



El Papa recibe a la familia real de Ruanda-Urundi, junto con un misionero que se ve a la derecha. Esta fotografía puede ser ejemplo de la nivelación que el cristianismo ha propugnado siempre

DIECISIETE de mayo de 1954. Una pequeña imprenta donde se tiran los 10.000 ejemplares del «Atlantic Daily World», de Georgia. En el taller trabajan varias personas de color. En una máquina está, alta y bienhumorada, una negra con el pelo cortado a la europea y con la bata clara y los zapatos blancos del verano.

Pues bien; ese día, en primera página y a toda columna, dos grandes titulares anuncian a la clientela, constituida exclusivamente por negros, que la Corte Suprema había declarado fuera de la ley toda separación de razas en las escuelas. En el periódico, que pertenece a la familia Scott, a quien apodan y conocen en la ciudad como los «Corazones negros», se celebra el acontecimiento. En las esquinas se levantaban, increíblemente, los hombros. En las ciudades de Mississippi de alta obediencia negra, como Vicksburg, la gente se detenía para comentar en su calle principal, en la Main Street, la noticia. Pasaban los niños camino de la escuela sin saber nada. A las escuelas de los blancos, los blancos. A las escuelas de los negros, los negros.

La importancia del fallo del alto Tribunal Supremo de los Estados Unidos se extendía como un reguero de pólvora por todos los Estados de la Confederación. Sobre todo, en los diecisiete «sudistas» que con el distrito de Columbia, iban a arrojar los porcentajes más altos del encuentro entre negros y blancos: diez millones de escolares rubios «guerreros» que dirían en México y 2.250.000 niños de color.

Ha habido Estados en que no han aceptado todavía el fallo de la Corte Suprema. Pero en muchas ciudades han comenzado a mezclarse los niños. Los primeros días fué muy corriente ver a los negros acompañar, temerosamen-

te, a sus hijos hasta las escuelas públicas o hasta los autobuses de los colegios. No sabían la reacción popular. En muchos casos la ha habido adversa; pero, en general, han sido los niños blancos los que han dado la nota más emocionante al coger de la mano a sus compañeros y conducirlos cordialmente, hasta el pupitre que iban a compartir.

Nadie puede pretender, sin embargo que un suceso de tal magnitud, como es la fusión de negros y blancos sobre todo después de una separación de siglos, se realice en pocas semanas. Las cosas importantes van poco a poco realizando en profundidad

LAS FAMILIAS Y LOS PROFESORES, DE ACUERDO EN UNA PEQUEÑA CIUDAD DEL SUR

Hay que tener en cuenta que Estados Unidos tiene, probablemente unos 12 millones de pobla-

ción negra. En su mayor parte, casi 10 millones viven en los Estados del Sur, en los «sudistas», aunque sea más exacto decir en los Estados del Sudeste. En la mayor arte de ellos ha sido posible ver en la puerta de las escuelas, con las espaldas pegadas a las paredes y un aire tímido y silencioso, a los negritos que venían de las plantaciones de algodón.

En 1955 un gran acontecimiento ha sido, evidentemente, por encima de las grandes cuestiones internacionales, ese intento de nivelación entre las dos razas. El año 1956 se abre, efectivamente, bajo esos auspicios. Todas las miradas, pues, miran al Sur, donde en su mayor parte, ha de «ocerse», para bien o mal, el fallo de la Corte Suprema estadounidense.

La primera localidad en todo el Sur donde se ha intentado la experiencia de enseñanza mixta fue en la pequeña villa de Hoxie, en



En una localidad de Virginia, dos estudiantes blancos realizan experiencias en un instituto negro



Blancos y negros se sientan en los mismos estrados en la academia legislativa de la Costa de Oro

Arkansas. Un día los profesores y los padres de los alumnos se reunieron para tratar del asunto. Al principio las opiniones se dividieron, pero al final todo el mundo estuvo de acuerdo en aceptar la experiencia. Dos días más tarde, por primera vez, los alumnos de raza blanca y de raza negra se encontraban sentados en los mismos bancos escolares. ¡Y era en el Sur! La profesora, una mujer joven de pelo negro y un aire dulce y juvenil, tuvo que espantar a los curiosos que se asomaban a los grandes ventanales de la escuela. A esas horas, sin embargo, los estudiantes de Baltimore protestaban belicosamente de la decisión de la Corte Suprema y tenían que intervenir la Policía, en mangas de camisa, para aplacar los ánimos universitarios.

Todo este vasto suceso tiene aspectos divertidos, curiosos e impresionantes.

EN GEORGIA, LOS «NUEVOS RICOS» SON LOS NEGROS

Por un agujero se puede mirar el mundo. No todo es el barrio neoyorquino de Harlem, que ha hecho famoso el cine, la novela o la fantasía. No todo es, tampoco, la situación social, en mejor o peor servidumbre de los negros en las plantaciones de algodón. Hay otros muchos aspectos del problema. Miremos, pues, por el agujero.

El largo y bello césped verdoso del Club de Atlanta, el «New Lincoln Golf Club», tiene un «caddy» negro a la puerta esperando los automóviles. Es un niño de trece años, el pelo cortado al cero y una mirada inteligente. Lo que puede ver todo el mundo es que el «New Lincoln» es sólo para negros. Lujosos y elegantes llegan los socios. El muchachito cogió las bolsas de los palos, la bolsa de los «clubs» y se la echó al hombro con el aire de quien ha seguido durante horas, a lo largo del «green» verde a los jugadores. Y es que en Georgia, de tres millones de habitantes, 1.200.000 son negros. En la Universidad de Atlanta la enseñanza es mixta y los negros ocupan y actúan, socialmente, en puestos importantísimos. Hay un notario público, la señorita Suzan Martín, de veintisiete años, que es de color. Y muchos más casos. La Banca negra, la Citizen Trust Company tiene muchos millones de dólares en reserva. Y como en el caso de los blancos, hay en Atlanta una colonia de bellos chalets y quintas de recreo que son propiedad de los negros, así como hay, igualmente, las viejas casas de madera de los barrios pobres en las que los negros «sin plata» toman el sol en las típicas entradas cubiertas de las casas.

El Sur sigue teniendo muchas de las características que han hecho famosas, en su mayor parte, su generación de novelistas. Los que siguen a Faulkner son del Sur, y en el Sur es el único si-

tio donde es posible encontrar las haciendas blancas, pobríssimas, que retrata Erskine Caldwell en su «Ruta del tabaco». Se da así el contraste, también, entre una burguesía rica: la negra y un proletariado agrícola pobre: el blanco.

Aunque sea en pocos sitios, no deja de ser un detalle más. El Sur del «jazz» va industrializándose también rápidamente como los Estados del Norte. Toda la fisonomía de la nación que era, en los años de la guerra entre «escavistas» del Sur y emancipadores del Norte, una mezcla de colores y diferencias locales, va haciéndose una misma cosa. Hace unos años, moría en Atlanta, el 16 de agosto de 1949, la novelista Margaret Mitchell, la de «Lo que el viento se llevó». La ciudad la ha dedicado un gran monumento, de líneas simplistas, sencillas, al que solía ir muy a menudo, con su traje negro y su sombrero con frutas, una viejecita con sombrilla; la secretaria de Margaret.

Y en todo ese paisaje, que todavía tiene la perspectiva de una fabulosa naturaleza verde, con bosques fantásticos los niños van a cumplir y a realizar lo que los hombres no han podido: compartir los bancos de la escuela, los juegos del «recreo» y el trabajo de la nación.

Mientras tanto, Nueva Orleans la bella, con su aire provinciano, era el escenario vital de otra gran novela «Un tranvía llorado» de Tennessee Williams. Y en Nueva Orleans, en la plaza de San Luis, de cara a los bellos balcones de las casas rojas negros y blancos cruzan bajo los soportales. Todavía hay una separación absoluta: los barrios negros y los barrios blancos. Nadie traspasa, todavía, esos muros. Sobre la carretera estadounidense número 90 es fácil y posible ver, bajo el sol de fuego, a los negros que van a caballo a sus tierras bajo la sombra pacífica y pintoresca del paraguas.

Así, en ese ambiente, se va produciendo la gran transformación. Una revolución que, como la de los velos asoma, en 1956, en los duros y líos bancos de las escuelas. No importan que existan luchas y discrepancias; que haya Estados que se resisten a someterse al fallo de la Corte Suprema. No hace muchos días, los delegados de doce Estados del Sur se reunieron en Memphis para to-

RELLENE Y ENVIE HOY MISMO ESTE BOLETIN

PARA CONOCER

POESIA

ESPAÑOLA

LA MEJOR REVISTA LITERARIA, QUE SOLO CUESTA DIEZ PESETAS

Don
que vive en
provincia de, calle
... .., núm.

desea recibir, contra reembolso de DIEZ PESETAS, un ejemplar de «POESIA ESPAÑOLA».

PINAR, 5 — MADRID

mar medidas en contra. Hasta existe en esa «federación sudista» un hecho pintoresco. Un hombre, Tom Brady, ha publicado un libro bajo este título: «Lunes negro». Lo curioso y divertido es que no se refiere a los negros en sí, sino al lunes en que los nueve jueces del Tribunal Supremo tomaron su determinación. Todo ello, en fin, ni quita ni pone nada a esa realidad social y humana que ve nacer este año Norteamérica.

LAS MUJERES SIN VELO AL PASO DEL SULTAN

El 17 de noviembre, con el sol alto y dorado, Sidi Mohamed Ben Yusef regresaba a Marruecos. Cuando el avión, después de planear sobre las pistas militares de Rabat, detenía las hélices, doscientas mil gargantas comenzaron a gritar. Una explosión honda, humana, delirante, que produjo un fantástico fenómeno: los cristales del aeropuerto estallaron solos, como dice la leyenda que quebraban las copas en las notas agudas del cantante.

El Sultán bajaba la escalerilla blanca del avión con la mirada tensa y emocionada. Las babuchas blancas, de seda, puntiagudas y aristocráticas, se detenían de vez en cuando. Cuando la marea numana le rodeó, un grupo de mujeres marroquíes se precipitaron a besarle la mano. Una de ellas, vestida a la europea con una alegre falda de rayas azules y el pelo negro, rizado y suave, se abrió paso antes que ninguna otra. Detrás, con el blanco velo caído sobre el pecho, con la cara descubierta estaban sus compañeras: seis mujeres del Istiqlal.

Ben Yusef, levantaba familiarmente el brazo. Una mano de gada, firme, sin ninguna joya. Las seis mujeres representaban nada menos que a cuatro millones de afiliadas al Istiqlal que, durante el último Congreso del partido nacionalista han votado y decidido la revolución de los velos. No más velos, pues. Estamos al final de una época y hay que conocer su aspecto íntimo.

Para el Sultán, por otra parte, no era cosa nueva. Su hija mayor, Lalla Aicha, la princesa del abrigo «tweed» de dibujo ancho, era, en aquella mañana del 17 de noviembre la primera sufrata del Imperio. De vez en vez levantaba, con un leve movimiento, los rizos negros que caían sobre su frente. Al regreso del exilio la princesa tiene veinticinco años, pero Lalla Aicha no ha llevado nunca velo, y a los dieciséis años, ante el sutil ascmbro de la Corte, pronunciaba su primer discurso a las mujeres marroquíes. Los pies, recién puestos en su tierra, querían marchar ya, con sus ojos graves y dulces, a recorrer las seranías del Sur, las tierras belicosas y los campos, pacíficos. Sólo el protocolo se lo ha impedido: no pudo hacerlo antes que el Sultán. La Monarquía tiene sus modos, sus maneras y sus tradiciones.

LA PRINCESA LALLA AICHA

Lalla Aicha vive en Rabat, a dos pasos escasos del Palacio Imperial. Ocupa con sus hermanas una hermosa casa de amplio jardín, en el que suenan las fuentes. A la

puerta, afilado como un uso plateado, está un «Mercedes» desca-potable.

Las tres hermanas visten a la europea. Les gustan los «sweters» claros y se han comprado en Francia, durante su última estancia, un montón de cosas agradables. Entre ellas, un «pick-up» blanco, que tocan siempre, después de comer. Su vida está organizada como pueda estarlo la de cualquier activa mujer de la aristocracia europea. Diana a las ocho, y todo el día cronometrado. Equitación en la mañana, trabajo y estudio después. La quinta tiene un bello paseo por el que asoman los caballeros y los caballos de la Guardia. Por él van y vienen con sus amigas, todas vestidas a la europea. Trajes grises de «astré» que asombran no poco a los viejos y protocolarios árboles históricos. Comer lo hacen sin la compañía del padre. Está prescrito que el Sultán coma en soledad.

Así, por tanto, en el breve gesto de quitarse el velo, desde la princesa altiva a la que pesca en ruin barca» ha dado comienzo una revolución de las costumbres y de las maneras. Millones de otras hacen lo mismo en Egipto, donde con la cara descubierta han postulado en las calles para la colecta de la compra de armas. Que la política tendrá una «otra significación, pero el hecho cierto es que el año 1956 se abre con un auspicio general: nivelación de clases, nivelación de razas.

Por cualquier parte que miremos, observaremos las mismas cosas.

LA NUEVA VIDA DEL JAPON

Termina el año. En uno de los mas céntricos cines de Tokio, 2.000 personas, puestas en pie, inclinan la cabeza en una suave reverencia. En un palco acababa de aparecer, por primera vez en la Historia, el Emperador Hiro Hito. Un traje azul de rayas. Una corbata oscura y una mirada benevolente detrás de las gafas. Hace un par de años se abrían las puertas de su ciudadela, las cien hectáreas del palacio imperial ante 70.000 hombres que querían gritar su júbilo ante él. El 124 Monarca de una dinastía ininterrumpida se asomaba a las ventanas. Cuando la multitud se marchó, habían quedado en los jardines centenares de heridos por el entusiasmo.

La existencia del Emperador ha cambiado completamente, y con ella, la vida de la mayor parte de las instituciones de su país. La Casa Imperial estaba compuesta de unos 7.000 miembros, mientras que, en la actualidad, apenas llega a 900. La vida entera se ha simplificado y restringido. De las tres hijas casadas del Emperador, el marido de la primera, el príncipe Shigheko, trabaja duramente para mantener su familia. El esposo de la princesa Atsuko tiene una granja y ha montado, como negocio, un parque zoológico. En la granja, la princesa imperial está rodeada de todas las cosas sencillas y eternas que rodean la vida de los demás hombres. La casa es pequeña y acogedora. Los Emperadores, cuyo palacio fué destruido, viven ahora en una hermosa casa del parque. Vestidos a la europea, sentados junto al aparato de radio y en los butacones que pueda tener cualquier casa burguesa, Hiro Hito y su esposa, una hija del príncipe Kuni, son los herederos directos de la más antigua, extraordinaria y fabulosa familia del mundo.

Todo se transforma. El Emperador se ocupa de las investigaciones científicas, y sus trabajos e investigaciones son muy importantes. Las vacaciones las pasa, en su mayor parte, en un barco de estudios desde el que sigue, atentamente, una serie de experimentos de biología. En su parque de Tokio tiene, también, un pequeño laboratorio personal.

Mientras tanto, el pueblo japonés crece sin cesar. Una marea viva, diminuta y heroica en el trabajo. Setenta y dos millones de habitantes en 1939 cuando el Emperador era el Mikado sagrado. Ochenta y siete millones en 1954, cuando es un Monarca constitucional. Cien millones para dentro de unos pocos años, razón por la cual toda la estructura social del Japón quiere cambiar para hacer frente al peligro de asfixia. Así nace la nueva industria, la nueva técnica, el nuevo ritmo de trabajo.

Ante la sorpresa de su pueblo, el Emperador ha bajado a las minas, conversado con los obreros, hablado a las viudas, consolado a

Estos son los niños, uno de cada raza, que Josefina Baker, la bailarina negra, ha adoptado





Una boda en el Africa oriental. Las razas se unen en el santo sacramento del matrimonio



Japoneses y americanos estudian juntos en las mismas clases y en las mismas Universidades

los huérfanos de una institución católica con estas palabras: «Rogad a Jesucristo que os haga hombres de bien».

LOS PUEBLOS MUDOS DEL MUNDO TIENEN YA VOZ

Veintinueve naciones de Africa y Asia que acababan casi de nacer se reunieron, hace unos meses, en Bandung. Un orador, Soekarno, lo dijo: «Somos los pueblos mudos del mundo». La frase impresiona un poco.

La verdad es, sin embargo, que responde a la realidad. A comienzos de siglo la India formaba parte del Imperio británico, la gigantesca China azotada por las anarquias se entrenaba y se divertía, dramáticamente, en las guerras del opio o del banditaje. El Asia del Sudeste estaba bajo control de Francia, otros países iban a recobrar, como las Filipinas su independencia. En fin, un vasto y amplio movimiento de nivelación de razas. Veintinueve naciones afroasiáticas cuya mitad, en líneas generales, no existía hace veinte años. Unos mil quinientos millones de hombres.

En las calles se cruzan las religiones más antiguas de la tierra. En los corredores del palacio de la Asamblea de los «9», los beduinos del Oriente Medio se mezclan con los budistas y los faki-

res hindúes. Sin embargo, el traje de todos los delegados es el europeo. Trajes claros, de colores veraniegos. Corbatas de nudo correcto que se han aprendido a hacer, en muchos casos, en los espejos brillantes de las Universidades inglesas, en el mismo Oxford o en la Sorbonne parisiense.

Bandung, que es la primera proclama de los pueblos mudos es, lógicamente, un ataque al colonialismo blanco. En los bancos de la Asamblea hay un momento de estupor cuando el delegado del Irak, Jamali, después de atacar a Francia habla de un colonialismo «más peligroso que ninguno de los del pasado. El colonialismo que somete al Turkestán, los Estados Bálticos y Europa misma». Son las primeras palabras acusando a Rusia. Toda la sala cobra un repentino silencio mientras que centenares de ojos buscan entre las filas de hombres una sola cara: la de Chu En Lai que, cruzadas las manos, sonríe dulcemente como si nada fuera con él. A su lado está sentada la Delegación de Ceylán, una isla en el océano Indico. Chu En Lai viste una túnica azul pálido, abotonada hasta el cuello.

En la gran sala del Merdeka Hall suena el batiente rodar de una repentina y fabulosa lluvia tropical.

De todo ello, ¿qué es posible pensar? Por encima de los problemas políticos, que Rusia aprovecha fielmente, el hecho cierto y desnudo es el diálogo en sí de los pueblos mudos. La nivelación de las razas se produce lenta, pero insistentemente. Las técnicas contemporáneas, la educación, la industria, el cine y la cultura extendida y ampliada a las últimas zonas geográficas del mundo obligan a ese paso.

EN CHINA NUEVA ESCRITURA: EL ALFABETO LATINO

Todo son signos. Los hombres tienen necesidad de comunicarse. Las lenguas sacerdotales, herméticas y complicadas desaparecen completamente. Ahora parece que

Hulan Jack, que ocupa un importante puesto electivo en el Municipio de Nueva York, atiende las peticiones de los ciudadanos

toca el turno a China. Parece cosa de broma, pero ¿cómo entenderse con un chino? ¿Cómo llegar a dominar los difíciles signos de su escritura?

Ahora parece que China está dispuesta a abandonar su lenguaje escrito, cuyo origen se remonta a los tres mil quinientos años, para crear un nuevo lenguaje nacional inspirándose en el alfabeto latino.

El Congreso nacional de la reforma del lenguaje, celebrado en octubre en Pekín, ha decidido que la primera etapa de ese proyecto será, en principio, la popularización del dialecto que se habla en Pekín. En la actualidad se calcula que menos del 20 por 100 de los chinos saben leer y escribir. Para que nuestros lectores tengan una idea de lo que significa el cambio, hay que tener en cuenta que las estadísticas dicen que, por ejemplo, un estudiante chino tiene que dedicar el 80 por 100 de sus horas de estudio al atento y minucioso examen de los caracteres de su escritura. Un diccionario chino del tiempo del Emperador Kang Hsi, no contiene nada más que 47.000 caracteres, pero ya el hecho de imprimir en la memoria cada signo resul a un trabajo «chino» (perdóneseme el retruécano).

Esta tarea es tan fantástica que se dice que es un sabio erudito quien conozca solamente la mitad. Los escritores, que normalmente están necesitados de un amplio vocabulario, llegan a poseer unos 10.000 caracteres y el resto de los chinos letrados se conforma, en líneas generales, con poseer un porcentaje no superior a los 5.000.

La idea de reformar el lenguaje no es nada nueva. Desde 1911 ha sido constantemente expuesta por la mayor parte de las Universidades del país.

Todos estos hechos, símbolos sueltos de la total estructura del conjunto, revelan que vamos hacia un mundo de gran nivelación de razas y de costumbres. Cabría pensar, y esperar, que el mundo occidental ayudara y colaborara a que esa nivelación, que tiene un profundo y cristiano sentido humano, se realizara sin que ello supusiera, en modo alguno, una división nueva del mundo.

Enrique RUIZ GARCIA



¡REBAJAS DE ENERO!



¡¡¡SENSACIONALES en 1.956!!!

HOY COMIENZAN...

Las rebajas que marcan
una fecha en su economía

Cientos de miles de prendas
y artículos asombrosamente
rebajados de precio

NOTA: Para mayor comodidad de nuestros clientes, rogamos acudan en las primeras horas.

MUCHAS GRACIAS

El Corte Inglés

“DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO”

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON ANTONIO PRIETO

TANTO el estadista como el paterfamilias para gobernar su casa, como su país, tienen que ver qué viento sopla en la veleta de la juventud, aunque la juventud sea en sí misma veleta por lo tornadiza, inconstante y versátil. Si bien existe un antiguo refrán referido a las veletas que proclama: «No mudo, sino mudan», con alusión a la rosa o madeja de los vientos, de la que tan sólo es devanadera, y ni siquiera eso. Palpar el pálpito juvenil, auscultar a los jóvenes es necesario para que la Historia no se empantane o se convierta en gusanera debajo de una costra apacible. De cuando en cuando tenemos que salir de nuestra intimidad, donde hay hasta el filón menguante de nuestra juventud, que se ha ido achicando envuelta en lava y luego en ceniza, para que no desaparezca ni aun después de muertos; porque Dios al nacer concede a cada cual su parte de vejez y su parte de mocedad, cuales bienes eternos e intransferibles al final de los días, mas entretanto cada uno vive y actúa sobre lo que tiene de vejestorio o sobre lo que tiene de chíquillo. Sin embargo, es menester sobreponerse a uno y evacuar su propio campamento para enrolarse en cierto modo, que no participa por completo de la moda (fugacísima, aunque femenina, que es la perdurable perennidad), en los cambios de la sensibilidad, en las maneras de unir el adjetivo con el sustantivo, escoger el adverbio y comportarse social y colectivamente.

Si lo que es uno de siempre joven no nos sirve como precipitado del reactivo y hemos de recurrir a los demás, esta expresión y representación del prójimo hay que buscarla en los políticos, en los poetas y en los novelistas, capaces de desentrañar las entrañas temporales de su tiempo, de su época. La política como catalejo de la juventud puede ser objeto de una carta exclusivamente dedicada al tema, al que también ha ofrecido su atención la perspicacia del Caudillo en su mensaje para el Año Nuevo. El renacimiento de la poesía en esta etapa de democracia orgánica y, por consiguiente, asimismo de poesía organizada, le ha quitado al vate la tentación del vaticinio, como el demagogo ya no puede aprovecharse del desequilibrio entre su absolutismo y la masa. El Poder y la poesía, así como la propiedad, están más repartidos entre la gente. Nadie es rapsoda máximo, nadie dispone de un monopolio de poesía, sino que la poesía se encuentra en las personas, en las cosas, en el ambiente, y hemos de acudir a los novelistas y a sus novelas.

Desde la Restauración la existencia española se ha reflejado y se ha anticipado en la novelística española, aun sin disponer con autores de fama mundial, que son los folletínistas del siglo XIX y del siglo XX. La novela es el folletín, porque el resto del género es un pasto para minorías inapetentes. El público exige el folletín, y las grandes tiradas del periodismo se lograron echando a los lectores el cebo, la intriga y la fantasía de los folletines. La versión moderna del folletín es el serial radiofónico que entra en centenares de miles, en millones de domicilios, donde ya no se introduce por debajo de la puerta la

novela por entregas. Don Benito Pérez Galdós utilizó una técnica sensiblera y folletinesca, que era un espejo de nuestra Patria a partir del 1868, cuando Doña Isabel II retornó a la cuna de su linaje y la «gloriosa» revolución de septiembre puso en las manos de los jóvenes una baraja de ambiciones y posibilidades que aprovecharon a Galdós y a sus coetáneos. Las novelas galdosianas indican eso; pero a la par señalan lo que vino después: la nación atomizada en juntas y partidos, con la autoridad fraccionada y en crisis, mientras imperan la mesa de camilla de la tribu y los ingenieros como casta aparte. Pío Baroja retrató este caos, que a ratos era manso, chabacano y zarrapastroso y en algunas ocasiones se encrespaba por la acracia o por la veta del carlismo. Las novelas barojianas, como toda la producción de los escritores agrupados en torno a 1898, adelantaron lo que iba a ser la España de la posguerra, la España de treinta años más tarde (1868-1898-1939); la España de Francisco Franco, eficaz, nacional, universal, que crea mitos y palabras de exportación, pero también viviendas, electricidad y acero.

En este momento, señor don Antonio Prieto, usted y los suyos, los novelistas contemporáneos, el tubo de ensayo donde se está mezclando la juventud, tienen que resolver la papeleta más difícil para no morderse la cola, para no descubrir como sentido la intemperie, el desorden y la guerra, siendo como son el resultado de la paz, del orden y de la relativa abundancia en una Patria que posee más desiertos que oasis. Los hijos de los grandes burgueses en Rusia, en Francia, en Alemania y en Inglaterra son los que inventaron el anarquismo y más por un afán de llamar la atención que por un estímulo cristiano: La exageración del liberal es el libertario, pero llega el bolchevique, que lo fusila e impone por el terror su dictadura. El peligro de ustedes, que no es el peligro de nosotros, quienes estamos revacunados por la dádiva de nuestra juventud a la Revolución nacional, que es el espíritu de justicia dentro de la continuidad, de la permanencia, es que a la juventud les revienta, partidos los poros de su cuerpo y su alma, originándole un dinámico desasosiego, porque el orbe cabe dentro de un pañuelo y no hay tierras de conquista o de reconquista. Usted, que tuvo un padre que se inmoló como nosotros, se ha ido con su novela «Tres pisadas de hombre» al paisaje del Amazonas, a la selva venezolana. Y usted, queriéndolo o sin quererlo, ha escrito una novela cristiana. En adelante las novelas que se publiquen en España han de ser todas cristianas, como lo son las novelas de Carmen Laforet y José María Gironella. Esto es lo que presiento en los novelistas españoles como presagio de una España futura. El bienestar engendra descontento y disconformidad con los bienes materiales, que son transitorios y nunca satisfacen. Sólo podemos salvarnos y reposar en el más allá, más allá de nuestras apetencias y de nuestras pasiones. Esta existencia depurada a costa de renunciaciones, aventuras y sacrificios es el don que usted nos trae en su novela como mensajero de todos los jóvenes.

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina

QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:

QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.



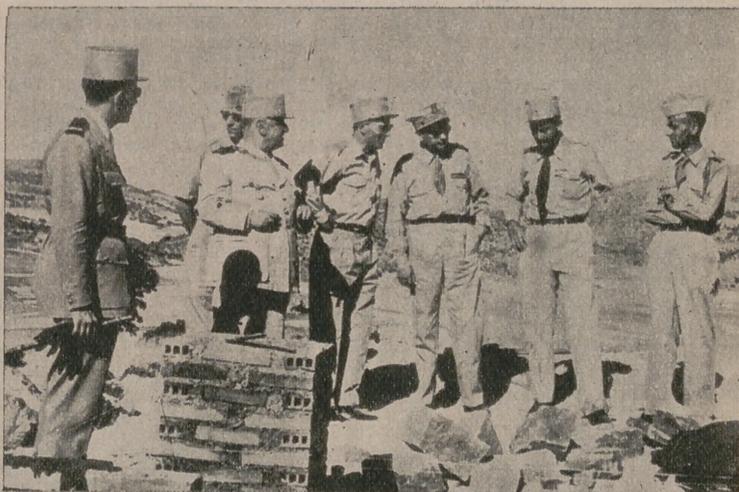
ARGELIA, ZONA DE PELIGRO

OCHO MILLONES DE HABITANTES QUE HAN PERDIDO EL SUEÑO COMANDOS CONTRA GUERRILLEROS

EN momentos de máxima ebullición de la contienda argelina, cuyo hervor París no consigue aplacar con el riego de tropas paracaidistas sobre los departamentos más agitados, el gobernador, M. Jacques Soustelle ha tenido que dejar el Palais d'Été de Argel. Le llamaba al territorio metropolitano la otra gran campaña que ha conmovido a Francia en estos días, la contienda electoral que pretende transformar las urnas con las papeletas impresas en un matraz de donde salgan los hombres políticos capaces de ligar un imperio en trance de descomposición. M. Jacques Soustelle al llegar a Lyon y al entrar en su domicilio, se encuentra con un cartel donde se ha escrito con letras rojas esta frase breve: «Soustelle, verdugo de Argelia».

El gobernador no hace ningún comentario y se limita a ajustarse las gafas de concha sobre el caballete de la nariz. Al día siguiente, 30 de diciembre, en la sala Rameau lionesa, habla claro a los comunistas del cartel y a los franceses:

—Muchos de nuestros problemas se resolverían si en lugar de nombrar Gobiernos de hombres superdotados, que no desempeñan sus funciones más allá de tres meses, se nombraran minis-



En la fotografía de arriba, legionarios franceses interrogando a un grupo de indígenas en la región de Chenaura, Argelia.— Abajo: M. Jacques Soustelle, tercero por la derecha, residente general de Francia en Argelia, en una visita de inspección a Tijidail, Argelia

tros mediocres que perdurasen en el cargo. Los comunistas me acusan y son ellos quienes contribuyen al drama argelino. Por un lado, inestabilidad política; por otro, la falta de apoyo para remediar la miseria de los «fella-

ghas» y el deseo de los musulmanes de intervenir en las tareas directivas del país. Sobre este doble descontento, las influencias extranjeras han desempeñado el papel del detonador que hace estallar la bomba.

La voz de tono grave de Soustelle se apaga ante la de un oyente, que le acusa:

—¿Y las represiones?

—¿De qué represiones me queréis hablar? Yo he visto cosas horribles, yo he andado sobre la sangre de mis compatriotas torturados...

Sangre y venganza son las dos palabras que resumen la situación actual en Argelia, verdadero caos al que se hallan sometidos ocho millones y medio de habitantes y entre los que se encuentran unos cien mil españoles.

LOS FRANCESES DE ARGELIA HAN PERDIDO EL SUEÑO

Los esfuerzos que realiza Francia para dominar la rebelión argelina han resultado estériles desde que en noviembre de 1954 comenzó la guerra en esta región. Lo que en aquel tiempo se centraba en la zona montañosa de Aurés, se fué extendiendo poco a poco a la parte costera, al territorio comprendido entre Constantina y Philippeville, y a las alturas de Nemencha. Los rebeldes han ido perfeccionando su táctica de guerra y atacan a las fuerzas francesas en grupos de unos cien hombres.

El número de combatientes en los encuentros del pasado mes de febrero se calculaba entre 500 y 3.000, solamente en la zona de Aurés. Las partidas se van incrementando sin interrupción debido, sobre todo, a la miseria y al paro obrero que reina en el país. Actualmente está en armas la región oriental, en particular el cuadrilátero limitado por la frontera tunecina, la costa, la línea Bona-Gunod, y por el camino que de esta última ciudad conduce a Zoco Aras.

Estas zonas vienen soportando la presencia de varias bandas que cometen casi impunemente toda clase de atentados, hasta el extremo de que el Estado Mayor de Argel se ha visto obligado a reforzar con urgencia las agrupaciones de maniobra. Según cálculos aproximados, París gasta diariamente 50 millones de francos en mantener las fuerzas de represión.

—Los rebeldes—ha declarado el inspector-jefe de la Academia de Constantina—están por todas partes; agazapados en los montes, ocultos en cada repliegue del terreno, ocupando todas las climas. Se mueven a su gusto por todo el territorio y mantenernos en las ciudades nos cuesta un gran esfuerzo.

Sus grupos de combate están bien organizados y responden a un sistema certeramente montado. Disponen de abundantes armas, que son introducidas en el país por contrabandistas disfrazados de mercaderes nómadas. Los atentados se llevan a cabo de una forma sistemática y revelan la existencia de un plan coordinado. Los golpes de mano desarticulan las líneas telefónicas y telegráficas y las carreteras son interceptadas.

Según recientes estadísticas, en siete meses han resultado muertos por los rebeldes 122 franceses y 46 heridos civiles. Ciento cinco militares han caído en acciones de guerra y 202 han sido heridos. Las pérdidas de los contrarios ascienden a 302 muertos, 49 heridos y 347 prisioneros.

«Los franceses de Argelia—escribe el «Bulletin de Paris»—han perdido el sueño y están a punto de caer en la desesperación, es decir, en la secesión.»

La realidad es que crece entre ellos el temor a una guerra como la de Indochina. Y este mismo temor hace que se agudicen los antagonismos y se ahonde la diferencia existente entre los distintos grupos políticos.

—Esto no puede durar más. Si el Gobierno no restablece el orden lo restableceremos nosotros mismos. Si Francia nos abandona, nosotros abandonaremos a Francia—se habla sin recato por las calles de Argel, la blanca.

«Esto es un clima de guerra civil», comenta en estos días un periódico; porque lo curioso es que la divergencia entre franceses no se produce en torno a problemas políticos o de partidos, sino en cuestiones de auténtica índole nacional, en las que Francia debería mostrarse unida para afrontar los graves asuntos pendientes. Debería formar un bloque, estimulada por el balance de los últimos ataques rebeldes.

DOSCIENTOS MIL SOLDADOS SON POCOS SOLDADOS

Un convoy integrado por una unidad móvil de Artillería con escolta de protección sale de El Tarf, en misión de aprovisionamiento de viveres y municiones a puestos establecidos cerca de la frontera de Túnez, y es sorprendido en plena marcha, sufre bajas, entre las que figuran cinco muertos y otros tantos desaparecidos. Los guerrilleros se retiran sin pérdidas. Algo más al Sur, también recientemente, un destacamento automóvil hace alto en las inmediaciones de Tustán; los hombres echan pie a tierra y se adentran en el bosque, donde suponen se ha refugiado una partida. La inexperta tropa francesa es rápidamente cercada y pierde en pocos momentos la mayor parte de sus efectivos y el material. Del campamento de La Calle llegan refuerzos; pero el enemigo ha desaparecido con prisioneros.

La lista de ataques puede continuarse indefinidamente. En una emboscada cerca de Gunod pierden la vida tres oficiales y trece soldados franceses. En el sector de Zoco Aras, un grupo de gendarmes es aniquilado. En la región de Gentis los guerrilleros, atrincherados en las alturas, impiden con su fuego el movimiento de una patrulla de vigilancia.

Aparte de estas acciones, clásicas de una guerra irregular, que demuestran la superioridad táctica de los rebeldes, se producen a diario agresiones terroristas como el asalto de la ciudad de Lamy, incendio de granjas, casas forestales, destrucción de puentes en carreteras y ferrocarriles... Ante estos ataques ininterrumpidos, los doscientos mil soldados franceses y la gendarmería son impotentes. Las autoridades de París han dispuesto el envío apresurado de dos mil combatientes más; pero Argel eleva sus protestas por la insuficiencia del refuerzo.

Hacen falta unidades completas, bien encuadradas, con adiestramiento para combatir aisladas y lejos de sus campamentos. Es preciso, sobre todo, que superen la crisis moral, que las resta el cincuenta por ciento de su eficacia.



Junto a las clásicas caravanas de camellos pasan los modernos camiones blindados del Ejército francés en Argelia

«La vida económica y la seguridad de Francia y del conjunto de Europa, lo mismo que del Continente negro, dependen estrechamente del restablecimiento del orden y la prosperidad en África del Norte», declara la Comisión senatorial de Defensa Nacional en París, después de reunirse dos veces en la semana pasada para estudiar la grave situación planteada en Argelia. Esta Comisión ha abogado por el envío de más tropas, no de reservistas, que carecen de la aptitud indispensable para batirse contra las partidas.

Son necesarias fuerzas veteranas que devuelvan la confianza y que eviten la desertión en masa de la población civil, como la de Colo y Yiyelí, que ha abandonado en estos días las granjas y aldeas; o como en Kabylia, donde los franceses tratan de desarmar a los colonos para que no caiga armamento en poder del enemigo, dejándoles de rechozo inermes ante toda agresión.

GOLPES DE TIZONA AL IMPERIO FRANCÉS

Si con los datos que anteceden hay bastante para tener una idea de la anarquía que ahora impera en Argelia, con unas pocas referencias se llega fácilmente a demostrar el gran valor militar, estratégico, económico y político que esta región significa para Francia. Los disturbios argelinos son verdaderos golpes de tizona al sistema nervioso del Imperio francés. La herida abierta de Argelia amenaza con paralizar la vía más importante que une la metrópoli con las colonias africanas.

La «ruta azul» es la que va a través del Mediterráneo, desde la costa norteafricana a Marsella y puertos del golfo de Génova. Son 750 kilómetros, 420 millas que se dejan atrás en un día de navegación. El haber podido despejar este camino de los ataques de la Flota alemana supuso en la guerra de 1914 la salvación de París. El transporte del XIX Cuerpo de Ejército desde Argelia permitió reforzar el frente francés cuando amenazaba hundirse al empuje de las tropas del Kaiser.

El gran colector del ferrocarril transahariano, en proyecto, servirá de nexo de unión entre toda el África francesa con la metrópoli, que recibirá desde los puertos argelinos cereales, fosfatos, azúcar, materias oleaginosas, frutas, pieles. Y carnes, vino, ganado, minerales... Además, de esta región y de las colindantes, el Estado Mayor francés tiene previsto movilizar 600 000 hombres en caso de amenaza a la metrópoli. Si Argelia se pierde para Francia, todo su actual dispositivo militar se viene abajo. Por este país atraviesa también la gran línea férrea longitudinal que establece la comunicación con Marruecos, de un lado, y Túnez, de otro. Sobre esta línea se articula la serie de ramales que terminan en los puertos y los oasis del norte del Sahara. En total son 5.000 kilómetros de ferrocarril y 25.000 de carretera.

Si en el orden militar es de



De izquierda a derecha, el Presidente Macquiere, el gobernador Soustelle, el Presidente Sayan Ab-del-Kader y M. Ben Taleb

capital importancia, en el económico su trascendencia no es menor. La rica agricultura del país, de la región de Tell, constituye un gran refuerzo para la despensa metropolitana. Cereales, hortalizas, higueras, limoneros, naranjos, palmeras, olivos, envían la flor de sus frutos al otro lado del Mediterráneo. Argelia produce también veinte millones de hectolitros de vino, que la convierten en el cuarto país productor del mundo, a continuación de la misma Francia, Italia y España. Inglaterra importa la casi totalidad del esparto argelino, y el hierro, plomo, cinc, de su suelo se envía a las regiones más apartadas del globo.

Lógico sería que París, ante la importante baza que se juega en Argelia, hubiera hecho gala de prudencia y de sabiduría políticas. Pero los acontecimientos recientes sirven para demostrar lo contrario. La crisis de mando, la

indecisión, el relevo ininterrumpido de las autoridades responsables, la orgía pseudodemocrática que gobierna París, no han hecho sino servir de muerte a un organismo como el argelino que en un principio no tenía más problema que carecer de un Gobierno capaz de garantizar la paz para que los argelinos pudieran incrementar sus fuentes de riqueza y elevar su nivel de vida. Pues no se puede olvidar que si Argelia tenía dos millones y medio de habitantes hace un siglo, ahora tiene seis más, sobre un suelo escaso, donde la mitad de la población musulmana local vive miserablemente o no puede vivir.

LOS ARGELINOS. «PAISAJE HUMANO»

La pregunta surge por sí sola: ¿Qué ha hecho París para remediar los males argelinos? O mejor y más concreta: ¿Qué es lo que no ha hecho para evitar esa guerra?

Cuando Francia en junio y julio de 1830 se anexiona el territorio, no encuentra allí sino una dispersión de ciudades turcas y de ciudades hispanizadas en la costa, pequeñas repúblicas rurales en el extremo Sur y en el resto, una confusión de tribus sueltas, entre las cuales el predominio de la vida nómada contribuía a impedir la estabilización de un país en donde desde el siglo XIII no se conoce ningún Gobierno de carácter general.

Hasta tal punto carecían los argelinos de tradiciones nacionales, que el mismo nombre de Argelia sólo comenzó a usarse desde el 14 de octubre de 1839, por un decreto del ministerio de la Guerra francés.

Los conquistadores, después de privar a los turcos de la ciudad de Argel van extendiendo su influencia tras una serie de guerras parciales contra régulos sueltos y grupos de tribus, hasta el año 1857. Viene luego una etapa, de 1881 a 1899, en la que ocupan una gran parte del desierto de Sáhara. Como el país carecía de organización administrativa, a la vez que de comunicaciones, los Gobiernos de París crearon todo eso sin utilizar para nada a la población indígena, entonces poco pre-

parada. Importaron, a tal fin, material humano nuevo, compuesto de franceses para servir de administradores y colonos. Se sumaron luego muchos españoles, italianos y malteses, cuyos descendientes más o menos afrancesados formaron poco a poco un pueblo mixto llamado «francés de Argelia» o «algeriano», dentro del cual entraron elementos cristianos, incrédulos y judíos. La plaga de filoxera que arruinó los viñedos de Languedoc fué causa de una emigración en masa a Argelia.

Los indígenas de religión y civilización musulmanas quedaron al margen de toda la nueva armazón administrativa. Así, Argelia fué pasando de simple zona de ocupación a territorio colonial y más tarde, a ser considerada como una prolongación exterior de Francia metropolitana. Los indígenas quedaban fuera del quehacer de los europeos, como «un paisaje humano», entre cuyas zonas de habitaciones, cultivos y pastoreo, las zonas de vida francesa eran igual que islas sueltas en un mar ajeno. El aislamiento de los musulmanes se reforzó por leyes especiales como la llamada «indigenato», que desde 1870 restringía a la antigua población argelina los derechos de propiedad, residencia, trabajo, enseñanza... En cambio, le imponía diversos deberes, todos bajo un control policial muy severo.

La llegada en masa de franceses hizo que éstos se desbordaran sobre las pocas tierras que quedaban en manos

de los indígenas y se anexionaron los recién venidos las mejores de éstas. Se creó un sistema de grandes propiedades, con el que las masas autóctonas pasaban a convertirse en misero proletariado, desvinculado de sus raíces campesinas y hasta su religiosidad de fondo familiar.

Si la cara del colonialismo francés presenta ese cuadro culpable, ofrece reversos dignos de encomio, tal que la autorización, en 1919, para que los musulmanes tuvieran acceso a las escuelas europeas, en premio a la ayuda prestada por éstos a la causa de Francia en la guerra de 1914. De los 125.000 argelinos enviados a los frentes de combate, quedaron en ellos 52.000 muertos y fueron heridos 35.000. Se concedió también con limitaciones, el derecho a la ciudadanía a

los musulmanes que reuniesen ciertas condiciones de instrucción o de servicios prestados. Esta opción a la ciudadanía es el prólogo de la actual situación en el país.

ARGELIA NO ESTA EN FRANCIA

Las concesiones de nacionalidad fueron en parte contraproducentes, tanto porque obligaban a renunciar al estatuto privado musulmán, como porque, de hecho, sólo se aplicaban a un núcleo muy reducido de argelinos. En 1925 se funda en Argel el Círculo del Progreso, asociación cultural que pretendía hacer llegar a toda la masa la posibilidad de optar a la ciudadanía.

En 1930 se celebra con gran pompa el centenario de la conquista, y en los discursos se sigue hablando de «vencedores» y «vencidos», lo que provoca entre los argelinos de lengua árabe y chelja una general sensación de descontento, de la que salieron los primeros movimientos políticos organizados. En 1931, tenemos ya la Asociación de los Ulema, con un plan de reformismo social y religioso impulsado por el Chej Abdulhamid Ben Badis. Al propio tiempo, se estimula un movimiento obrerista bajo la presidencia de Messali Hagg Tiemsani, con sentido de reivindicación contra los colonos. Pero la mayor parte de la opinión argelina se agrupa en la Federación de los Elegidos, con un programa de integración moderada.

Los tres movimientos envían juntos a París delegaciones en febrero de 1935 y julio de 1936 para presentar una serie de peticiones comunes, entre las que figuraban la representación de los argelinos en el Parlamento de París, la abolición del «indigenato» y la cooficialidad del idioma árabe con el francés. Ni una sola palabra de separación de la Metrópoli suena en esos años. Simplemente se quería que el régimen colonial abriera paso a un régimen de provincia francesa, sin olvidar que Argelia está en el Norte de Africa, poblada en gran parte por gentes, razas y culturas anteriores a la presencia francesa. Se aspiraba a un «autonomismo cultural».

Hasta la guerra se confía en obtener de París las demandas, y cuando el Gobierno se refugia en Vichy los argelinos insisten pacíficamente en sus reivindicaciones. Llegan los anglosajones a Argel y el almirante Darlan recoge nuevamente las peticiones, en su calidad de representante de la «Francia libre».

Pero las concesiones llegan a destiempo. En 1945 es abolido el «indigenato» y se concede con carácter general el derecho a votar. Ya no era suficiente; se celebran manifestaciones con el lema «Queremos ser iguales a vosotros», y se inicia la serie de represiones violentas. Después de esto, los jefes más caracterizados adoptan programas separatistas. La habilidad y el tacto político de París habían fracasado.

Ferhat Abbas se separa de la «Federación de los Elegidos» y funda el partido autonomista «Amigos del Manifiesto y de la Libertad». Se erige así en figura simbólica de los musulmanes, y cuando en 1946 el pueblo argelino



La segunda división francesa de Infantería desfila por las calles, recién llegada a la zona argelina



puede enviar trece diputados a la Asamblea de París, once son del grupo de sus seguidores, que cambian el nombre del partido por el de «Unión democrática del manifiesto argelino», U. D. M. A. Todos ellos trabajan de buena fe para convertir a Argelia en miembro especial de la Unión Francesa, a imagen y semejanza de un dominio de la Commonwealth. Al no poder hacer triunfar esta tesis en París, los del U. D. M. A. se retiran de la política activa hasta 1950.

LOS «COMMANDOS» FRANCESES ENTRAN EN ACCION

El fracaso de este grupo de libre el camino al partido M. T. L. D. «Movimiento para el triunfo de las libertades democráticas», que quería una Argelia del todo independiente. Pasa a la clandestinidad este grupo al ser detenido su jefe Messali Hagg, y se organiza una fracción más extremista, en calidad de fuerza de choque, con el nombre de C. R. U. A «Comité revolucionario de unidad y acción», que inicia la lucha de guerrillas en 1954.

Los demás movimientos carecen de fuerza; los ulemas partidarios de volver a la situación anterior a la conquista francesa han concentrado su acción en el terreno religioso. Los miembros de la antigua «Federación de Elegidos» se han ido incorporando a partidos políticos metropolitanos. Los independientes no carecen de fuerza y proponen la resolución urgente de las cuestiones económicas y sociales que les afectan.

El C. R. U. A., después del bautizo de fuego, ha cambiado su nombre por el de «Frente Naci-

Un puesto de ametralladora de las fuerzas francesas instalado en el campo de Kan-ga Sidi Madji

onal de Liberación». Sofocada la primera revuelta de agosto de 1954 no se restablece por completo la calma hasta el 20 de agosto de 1955, segundo aniversario de la deposición del Sultán de Marruecos, fecha en que estalla la bomba de una auténtica guerra civil, sincronizada con los disturbios marroquíes, que arrasa las regiones del norte de Constantina, Colo, Philippeville y Guelma.

Philippeville es tomada al asalto y los rebeldes tienen 100 muertos. En Constantina estallan ocho bombas y hay numerosos heridos. En Oued-Zenati son rechazados con 30 bajas. El poblado de Kroubs es atacado y los rebeldes pierden 25 hombres; en Ain-Abid cercan los cuarteles y matan a siete individuos de la población civil; Saint-Charles es incendiada; en Fil-Fila asesinan a 36 hombres, mujeres y niños. Un solo día de combates arroja la cifra de 1.000 rebeldes y 25 soldados muertos.

La revuelta es sofocada y se adoptan duras medidas de represión. Oficialmente se anuncia por las autoridades francesas, el 22 de agosto, que diez pueblos considerados como «centros de la rebelión» han sido arrasados. El día 24 publica «Le Monde» que se «han improvisado milicias que dan caza a los sublevados con una pasión que muchas veces está al límite del salvajismo». Cincuenta hombres, mujeres y niños son asesinados por los «commandos» franceses cerca de Philippeville, y las mismas represalias contra los musulmanes tienen lugar en Carrières. El resultado de estos ex-

cesos es que infinidad de argelinos, aterrorizados de los franceses se suman a las filas de la rebelión. Los diputados musulmanes de Constantina hacen un llamamiento a M. Faure, el 1 de septiembre, para que se dé fin a la falta de piedad colectiva y a las brutales represiones no sólo del Ejército y la Policía, sino también de «elementos civiles irresponsables».

ARGELIA NO ES FRANCIA

París, en sus intentos de apagar la hoguera argelina, camina a pasos inseguros y dando palos de ciego. En la mayor parte de sus decisiones hace alarde de no conocer el problema. En 1907, cuando aun no había movimientos indígenas, otorga la Carta de Argelia, que establecía una descentralización administrativa y una Asamblea consultiva para redactar los presupuestos, con 49 delegados franceses y 21 musulmanes. En septiembre de 1947 el Parlamento francés en París aprueba la creación de una Asamblea argelina con 60 franceses y 60 musulmanes, elegidos por sufragio universal, con competencia para tratar de cuestiones no políticas. Este organismo y su estatuto han sido suprimidos para aplicar a Arzel el sistema metropolitano. Pero tal decisión no arreglará el conflicto, sino que puede complicarlo más.

Tanto la completa integración de los departamentos argelinos a la metrópoli como las tendencias que rechazan de plano lo francés, resultan imposibles, porque niegan la doble realidad de que Argelia es un país norteafricano diferente a Francia europea,

pero con un desarrollo material de vinculación francesa. Convertir el país argelino en un departamento semejante al del Sena, encierra la paradoja de hacer de los autóctonos africanos una minoría entre los franceses cuando de hecho son mayoría en el país de origen. La solución acertada debe arrancar de la realidad que Argelia no es Francia.

—No hay que olvidar que Argelia es musulmana y árabe. Hace falta el diálogo con representantes argelinos; con ellos tenemos que concertar las reformas previstas. Pero el criterio para seleccionar a esos representantes no ha de ser el elegir a aquéllos que hayan cometido más crímenes. Unas elecciones sinceras son necesarias, pero aun es pronto y sería peligroso fijar una fecha determinada—ha declarado el 30 de diciembre M. Jacques Soustelle, gobernador general de Argelia.

Puede ser razonable este criterio si va acompañado de la puesta en marcha del ambicioso plan económico, administrativo y de enseñanza propuesto. Un completo programa de riegos y de conservación del suelo destruido por la erosión; elevación de los salarios al tope que rige en la metró-

poli; admisión de los argelinos a los puestos de responsabilidad; establecimiento de centros de enseñanza administrativa en Argelia; aplicación del Estatuto de 1947 para garantizar iguales derechos que a los franceses; fundación de centros de estudios islámicos para atraer a los estudiantes norteafricanos a la Universidad de París.

M. Soustelle anunció a la Asamblea argelina el 23 de febrero que el Gobierno francés ayudaría a esta región con 40.000 millones de francos para el desarrollo de la agricultura, trabajos públicos, industrialización y enseñanza técnica. En abril se aprobó una subida de salarios y una ayuda para los parados. En septiembre se abolió el control estatal de las comunidades religiosas musulmanas, se reconoció la enseñanza del árabe en las escuelas del Estado y la admisión de más musulmanes en puestos administrativos civiles.

CADA DIA: CIEN HECTAREAS MENOS Y QUINIENTOS HABITANTES MAS

El camino ese de las mejoras económicas y morales parece el

más seguro para que las masas no se vean empujadas a conseguir sus nobles aspiraciones por caminos equivocados. Son voces francesas, en la Asamblea Nacional de París, las que han denunciado la miseria que reina en Argelia.

«Hemos llegado al extremo de aplicar el principio de responsabilidad colectiva; esto es una política detestable, contraria a la Declaración de los Derechos del Hombre, ha declarado Maurice Violette, con palabras que van también como anillo al dedo de los ingleses por sus represiones en Chipre.

Desde hace dieciocho meses, ¿qué hemos hecho para poner remedio a la miseria de los argelinos? ¡Ha habido tan sólo un reparto de semola!, se dice en la Asamblea el 28 de julio.

«Más de un millón y medio de trabajadores ganan apenas una cantidad semejante a la que ahorran doscientos cincuenta mil trabajadores franceses en la metrópoli. Cada año, por efecto de la erosión, 40.000 hectáreas de tierras musulmanas van a parar al mar. Cada día Argelia tiene 100 hectáreas menos y quinientos habitantes más. Según los cálculos más modestos, hay ochocientos cincuenta mil parados agrícolas. Pienso en todas esas tumbas de musulmanes que van desde Wissemburgo hasta Indochina. Hemos tenido el corazón de los musulmanes. Ahora se nos niega. Para reconquistarlo tendremos que hacer un largo esfuerzo de bondad y justicia», son las palabras de un diputado francés en el último debate sobre Argelia.

Cuando tan graves problemas acucian a la política francesa, ésta se permite maniobras egoístas y manejos turbios, como el «affaire» del informador gráfico Georges Chassagne, de «Fox-Movietone», acusado de inducir a un agente a cometer un asesinato en beneficio de un reportaje sensacionalista. Maniobra electoral sobre hechos que corresponde a la Justicia dictaminar y que hace sonreír a las barbillas afiladas de los políticos soviéticos. Pues si Francia no abre su espíritu a los nobles afanes de los pueblos árabes, será Rusia, en definitiva, quien logre llevar el gato al agua. El último verano, poco después de la Conferencia de Bandung, Moscú ha trazado un plan completo para favorecer la infiltración comunista en toda África, de Túnez a Ciudad del Cabo, de Dakar a Madagascar, mediante el alistamiento de las organizaciones comunistas en los movimientos nacionalistas, de cualquier tendencia, que éstos sean. Y prestando total apoyo a todas las formas de violencia revolucionaria o de fanatismo religioso.

A Argelia, le son de aplicación las palabras del escritor francés: «La miseria humana y el hambre se han despertado.» El diálogo se dirige por ahora a Francia; pero Rusia está a la escucha, a la oportunidad de poder entonar sus cantos de sirena.

Alfonso BARRA



Vigilancia en la carretera de Arris, en la que fueron derribadas las señales de distancias

CONTINUIDAD Y ESTABILIDAD

CON serena y aguda visión de político prudente, el Jefe del Estado ha analizado, en su mensaje de Año Nuevo, los problemas generales de la actual coyuntura interna y exterior de la nación. Nada más oportuno, de cara a un nuevo año que un repaso de esta índole pues toda acción política, considerada en su conjunto, tiene una valoración superior a la que pueda obtenerse examinando sus resultados particulares en cualquiera o en todos los terrenos a los que alcance su proyección. De tal modo, que incluso la visión parcial más sustantiva, la económica, por ejemplo, pierde gran parte de su significado si se la desliga de otras consideraciones políticas, pongamos por caso el orden público, a cuya influencia está naturalmente sometida en el quehacer diario de la sociedad y de la acción gobernante.

Se perfila así con enfoques de conjunto, la radical diferencia, la distinta efectividad de los diferentes sistemas de organización política y se analiza detenidamente una meditación fundamental: la meditación de la continuidad. Preocupación lógica del político que acertó el buen camino del gobernante que supo encajar la energía política de un pueblo en un sistema eficaz posible y perfectamente adaptado a sus posibilidades y a su particular modo de ser. Y preocupación, también, de la sociedad del pueblo, que encuentra en tal sistema las más seguras garantías de su pacífica y estable convivencia y del logro de sus aspiraciones sociales y nacionales más justas.

Es, por lo tanto, obligación de todos imperativo que pesa sobre dirigentes y dirigidos, sobre gobernantes y súbditos, la continuidad, la permanencia del sistema.

Obligación y responsabilidad de todos decimos porque nadie queda excluido del sistema, porque no existen discriminaciones sociales, porque todos los españoles están avocados al ejercicio de sus derechos políticos como ciudadanos por los cauces naturales previstos (familia, Municipio y Sindicato), y porque a todos, como miembros de la sociedad, se extienden los beneficios del Régimen.

«Nuestro Régimen, por otra parte—confirma el Jefe del Estado— es de constitución abierta y no cerrada, y está dispuesto a todos los perfeccionamientos que las necesidades del país, al correr de los años, pudieran aconsejarle, sin que por ello padezcan las esencias y los principios de un Movimiento como el Nacional, que costó tanta sangre y sacrificios alumbrar, y que durante veinte años ha demostrado probadamente su eficacia»

Sobre estas palabras, sinceras y serenas, acertadas y trascendentes debe meditar particularmente la generación joven la promoción de los que tuvieron la fortuna de nacer ya en la España recuperada y libre, justa y limpia, que disfrutamos hoy.

No caben, pues, confusiones ni interpretaciones torcidas. Todos estamos obligados a perseverar en la unión nacional, en la convivencia pacífica, en la estabilidad social, que han hecho posibles veinte años de paz de justicia y de progreso. El sistema encuentra en sí mismo su mejor fórmula sucesoria.

En la tarea solidaria de la continuidad del Movimiento en la que debemos poner todos los españoles por nuestro propio bien, por nuestra particular conveniencia, la atención más tensa, corresponde una gran responsabilidad a los intelectuales a los que tienen, como minoría selecta, la obligación irrenunciable de orientar a las mayorías.

No ha sido, en otras épocas benéfica para España la acción de algunos de sus intelectuales más destacados. Pero nos resistimos a creer que en la actual situación del mundo, y en el sano clima espiritual que hoy respiramos en España pueda alguien, con sentido de responsabilidad y con razón alguna fundamental, oponerse a la tajante y unánime adhesión de toda la sociedad, de todo el pueblo español, hacia un Régimen que significa ni más ni menos, que el pleno y total reconocimiento de España.

EL ESPAÑOL

DOLORES DE CABEZA



CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO

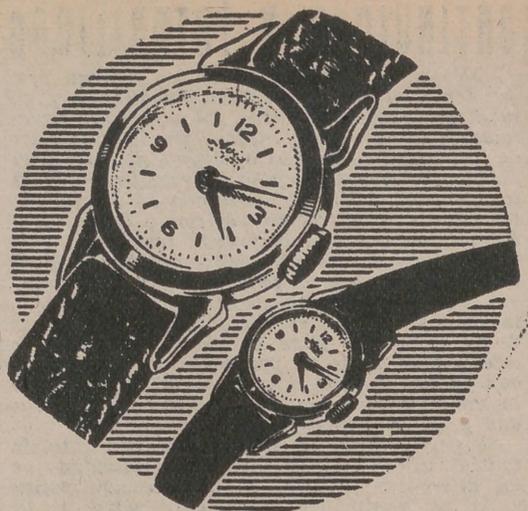
ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

Muchos

Relojes suizos "AVIA"
llegan constantemente
al público gracias
al



SOBRE SORPRESA "FUNDADOR"

Así como infinidad de: Motos "VESPA" - Cocinas "EDESA"
Receptores "PHILIPS" - Lavadoras "EDESA" - Bicicletas "B-H"
Planchas "PHILIPS" - Plumas "PARKER" - Medias "VILMA"
Estuches manicura señora - Billeteros de piel - Pitilleras de
piel - Bolígrafos automáticos que ascienden a

Más de **100.000 PREMIOS**
DE ENTREGA INMEDIATA

SIN CONCURSOS NI SORTEOS
SIN MOLESTIAS NI DEMORAS

Para optar a ellos exija el SOBRESORPRESA
al comprar su botella de FUNDADOR



Deleite su paladar y
haga realidad sus
ilusiones comprando



FUNDADOR

el coñac seco por excelencia, que si siempre
estuvo bien

ahora está... ¡como nunca!

LA VIDA INTIMA DE BENITO MUSSOLINI

LAS HORAS DEL PODER CONTADAS POR SUS HIJOS

“PRIMERO, VOCAR; DESPUES, VIVIR

LAS RELACIONES DE LA FAMILIA MUSSOLINI CON LA CASA REAL ITALIANA

EDDA, la hija predilecta, la del sino dramático, fué una constante alegría para Benito Mussolini. Parecida a él, ardiente, alegre y voluntariosa, sus hermanos María Rosa, Bruno, Romano y Vittorio, terminaron por llamarla, en la intimidad familiar, con el nombre del famoso mosquetero: D'Artagnan.

En el número anterior de **EL ESPAÑOL** hemos contado la impresión que le produjo a Mussolini la ausencia de Edda a raíz de su matrimonio «La casa, después de la partida de Edda, quedó silenciosa, y mi padre—dirá Vittorio—bien triste». Sin embargo, el matrimonio no encendió nunca su oposición. Benito Mussolini admiraba mucho al viejo Ciano, personaje batallador, y pensaba que Galeazzo la haría feliz. Cuando se casaron, en abril de 1930, los jardines de Villa Torlonia la casa que el Duce tenía alquilada en Roma, se llenaron de invitados. No menos de quinientos fueron recibidos por doña Rachele, que hacía los honores de la casa. Toda la aristocracia romana, en sus miembros más representativos, se unió a los representantes de la política, de la industria y de las finanzas para celebrar el acontecimiento. Vittorio recuerda de aquel día con una pincelada impresionista el rosa púrpura de monseñor Borgoncini Duca, las bellas «toilettes» de la duquesa Sforza Cesarini y de la marquesa Guglielmi di Vulci. Se recibieron regalos de todo el mundo. Desde un brazalete de oro con piedras, de los Reyes hasta las notas simpáticas y curiosas de los recuerdos populares. Los marineros de Livorno mandaron un pergamino.

La boda de Edda, suceso romántico de su época, nos lleva de la

mano, curiosamente, a preguntarnos cuáles fueron las relaciones de la familia Mussolini con la Casa Real. Ya hemos contado en el número anterior la escasa vida oficial que hacían los primeros; pero, aun así, Vittorio dice que las relaciones fueron siempre cordiales, aunque muy poco frecuentes. Era anécdota familiar que en una ocasión, la esposa de Mussolini había acompañado a la Reina Elena en una visita que realizara ésta a Villa Savoia. Cuando doña Rachele regresó a Villa Torlonia, contó a sus hijos que habían hablado, sencillamente, de la mejor manera de gobernar una casa y educar a sus hijos. Cosa, dirá Vittorio por palabras de su madre, sobre las que se pusieron plenamente de acuerdo.

En otras ocasiones, los hijos, por cualquier azar, coincidían con los príncipes o los aristócratas italianos en una fiesta o en una cacería. El príncipe Humberto fué a la recepción de Vittorio con motivo de su boda; con el duque de Bergamo coincidía en una cacería, y al duque de Aosta, que mandara brillantemente una división de la Milicia, le conocía en el África Oriental.

Ninguno gozaba de tanta simpatía a los ojos de Benito Mussolini



Mussolini en la playa de Viareggio, durante el verano de 1937

ni como el joven duque de Aosta. «Mi padre se puso muy contento cuando obtuvo del Rey autorización para nombrarle Virrey de Etiopía.»

Todo el mundo sabe que esta predilección de Benito Mussolini por el duque de Aosta llegó a producir rumores como el de ser un posible sucesor de la Casa Saboya-Aosta en la República Social. Vittorio, con motivos sobrados para tener una idea concreta sobre ello, dice que Benito Mussolini «no lo pensó nunca, ya que su lealtad hacia la Corona fué incondicional desde el día en que, posteriormente a la Marcha sobre Roma, fué encargado por Víctor Manuel III de formar nuevo Gobierno».

LA GUERRA DE ETIOPIA EN VILLA TORLONIA

Bruno y Vittorio acababan de terminar los cursos del Liceo. Ambos muchachos estaban decididos a entrar en la Facultad de Derecho de Roma cuando comienza el conflicto con el Negus. En Villa Torlonia la vida entró en un periodo de agitación. Una noche, después de haberse puesto

de acuerdo con su hermano Bruno, Vittorio decidió entrar al cuarto de su padre para pedirle permiso y marchar como voluntarios.

Vittorio dice que su padre ya se lo esperaba, pero no pudo evitar darles, con su permiso, un estrecho abrazo. Se puso muy contento del gesto de sus hijos, a pesar de que Bruno no contaba nada mas que diecisiete años, aunque «sabíamos la pena que tenía con nuestra partida». Doña Rachele hubiera querido retrasar todo lo posible la marcha de Bruno, pero tampoco se atrevió a hacer una oposición decisiva.

La noche que los dos muchachos abandonaron Villa Torlonia era una bella y auténtica noche romana. Después de haberlos ayudado a hacer las maletas, y luego de darles unos consejos de prudencia, el padre los abrazó con estas palabras: «Comportaos como debéis y sabéis». Se le veía feliz —dijo Vittorio en un ingenioso y bello comentario— de ver a sus hijos, ya hombres, con el blanco uniforme de Aviación.

Por casualidad, Bruno y Vittorio tuvieron ocasión de conocer más íntimamente a su cuñado Ciano, porque en Nápoles se unió a la primera expedición italiana. «Nada de nuevo —dice Vittorio— se puede decir de la campaña etíopica. Fué, a la vez, dura, áspera y peligrosa, pero todas las dificultades fueron vencidas.

A Vittorio, después de 110 horas de vuelo sobre el enemigo, le condecoraron al regresar, ambos hermanos, a fines de mayo de 1936. De Brindisi, donde desembarcaron, tomaron el avión para Roma, en cuyo aeropuerto les esperaba toda la familia Mussolini. «En la noche, en casa reunidos todos en la mesa, hablamos durante muchas horas. Mi padre estaba radiante y feliz como pocas veces lo hablamos visto, pero sentíamos que sólo mi madre apreciaba plenamente nuestra vuelta. Después de tantos días de angustia, sentir nuestras voces, podernos abrazar y reprender nuevamente, colmaba su felicidad.»

Así se veían las cosas desde Villa Torlonia. Al fin y al cabo, co-



Vittorio Mussolini pocos días después de su llegada a la Argentina en 1917, donde llegó con nombre falso en un barco de emigrantes

mo en una familia cualquiera. Se iban acercando, sin embargo, otros días más difíciles. Mientras tanto, el ritmo de la vida de los Mussolini seguía como siempre. Mi padre continuaba sus ejercicios matinales a caballo antes de marchar en coche al Palacio Venecia. Pero eran ya las últimas horas de paz.» A la vuelta de una visita de mi padre a una ciudad ocurrió la crisis final de la cuestión sudete. «En Villa Torlonia debía festejarse, precisamente entonces, el cumpleaños de uno de los hijos, pero aquel día mi padre tenía otros quehaceres...»

«PRIMERO, VOLAR; DESPUÉS, VIVIR»

Se sucedían, en aquellos momentos, las reuniones y las con-

ferencias internacionales. Después de la de Mónaco las relaciones entre Alemania e Italia se hicieron más amistosas. Los hijos, en el entretanto participaban en las carreras de velocidad y de peligro. Parecía ser un destino y una herencia paterna. Vittorio participaba en las Mil Millas, clasificándose en tercer lugar y a una media de 103 kilómetros. Su hermano Bruno volaba a América del Sur para crear una nueva línea con el Brasil. Tres trimotores consiguieron llegar, y Benito Mussolini siguió el vuelo con la excitación, dice Vittorio, de una botella espumeante. Sólo doña Rachele protestaba y no se cansaba de decir «que los Mussolini estamos completamente locos y dispuestos siempre a rompernos el cuello, haciéndola a ella, en el entretanto, la primera víctima de nuestros desatinos colectivos». Inclínaba, sin embargo, la cabeza mientras su cabello, que fué casi rubio, comenzaba a ser completamente gris.

EL PACTO RUSOALEMAN SE REALIZO SIN QUE SUPIERA NADA EL DUCE

En agosto de 1939, el día 23, Molotov y Ribbentrop firmaban en nombre de sus países respectivos un pacto de amistad y de no agresión. Fué, y no hay necesidad de repetirlo, un acontecimiento sensacional e inesperado. Vittorio se encontraba en Riccione pasando sus vacaciones estivales y conoció la noticia al leerla, en la mañana, en el periódico matinal «Resto del Carlino».

Es curioso e interesante, ciertamente, conocer las reacciones de quienes, por lazos familiares, ocupaban un lugar destacado en la vida política de aquellos días. Vittorio, asombrado, llegó a creer, según sus propias palabras, que se trataba de un error del periódico.

Hasta unos días después no le fué posible ver a su padre y comentar con él a su lado el acontecimiento. Cuando lo hizo asistió a la conversación Galeazzo Ciano y su madre. Todos coincidían en que era «verdaderamente enorme, que sucesos tan importantes, que cambiaba de la noche a la mañana toda la situación política no se hubiese comunicado con anticipación al Gobierno italiano.

—Es verdad—decía Mussolini—, pero Hitler me ha escrito dándome las razones.

—¿Cuáles son?

La carta de Hitler a Mussolini decía: «Stalin ha puesto como condición para las negociaciones que ningún Gobierno fuese informado de ellas. Personalmente yo lo deploro y estoy dolorido de haber tenido que tomar tal decisión sin haberla podido discutir anteriormente con usted. Pero Inglaterra estaba dispuesta a firmar un pacto análogo y era cuestión de horas, acaso de minutos, para ganar una batalla por cuya victoria las plutocracias mundiales estaban dispuestas a cualquier clase de concesiones y a servirse igualmente de cualquier medio para realizarlo...»

Un asunto de tal magnitud debió impresionar mucho a Mussolini. «Tuve la neta impresión —dice su hijo— que el pacto de no agresión entre Rusia y Alemania le había turbado profundamente.



Mussolini con su hija Edda practicando los deportes de nieve en «El Terminillo»



En el aeropuerto de Addis Abeba, pocas horas después de su conquista por los italianos. En el centro, Vittorio y Bruno Mussolini

El comunismo había sido siempre su peor enemigo dentro y fuera del país»

Las preocupaciones entraban también en el seno de la familia.

DOÑA RACHELE PIDE INSTRUCCIONES A SU MARIDO PARA CASO DE GUERRA

Una noche, a finales del mes de agosto, la esposa de Mussolini pide a su marido instrucciones sobre la conducta de la casa y de los hijos pequeños en caso de producirse la guerra. Mussolini, con el semblante entristecido, hubiera querido dejar la respuesta para mejor ocasión, pero encontró muy justa la preocupación de su mujer y la puso brevemente al corriente de todo. La habla de que todos sus esfuerzos para impedirlo han sido inútiles. «Estamos—dice gravemente—en vísperas de la guerra, pero no de la nuestra. Tenemos necesidad de tiempo para prepararnos y he comunicado al Führer que Italia por el momento se mantendrá neutral.»

Doña Rachele pregunta a su marido si los hijos pequeños permanecerán en Roma.

—Nada debe cambiar en nuestra vida familiar. Cuando llegue el momento decidiremos. Es necesario que todos los sacrificios y obligaciones que impone el estado de guerra a todos los ciudadanos sean cumplidos rigurosamente por todos nosotros. No se puede pretender que la gente cumpla con su deber si no dan primero el ejemplo los que la mandamos.

Hubo un momento de silencio en la casa. Nadie encontró nada que oponer a sus palabras. «A ninguno de nosotros, por otra parte—dice uno de los hijos—, se nos había subido el Poder a la cabeza, y prácticamente nuestra vida era igual a la de cualquier otra familia burguesa acomodada.»

Cuando se terminó la pequeña sesión de los Mussolini, los hijos hablaron con el padre de otras cosas. Una observación circunstancial de Vittorio cierra los recuerdos de la noche. «Mi padre, a pesar del enervante trabajo de

aquel día y de la tensión nerviosa producida por tantos acontecimientos, no parecía nervioso ni cansado.»

Después de la corta y dura guerra de Polonia vinieron largos meses en los que los periódicos italianos se limitaban a dar las noticias de los frentes, en los que reinaba una total tranquilidad. De Hitler, Mussolini recibía cartas largas en las que le relataba con todo detalle las vicisitudes militares, pero también lo hacían los occidentales.

—Todos me escriben—decía alguna vez a sus hijos.

Los occidentales esperaban que mantuviera a Italia en la neutralidad, pero la invasión de Francia y los éxitos militares alemanes crearon un ambiente público de entrada en la guerra, ante el temor de que todo se terminara rápidamente. Entre ellos, Roosevelt.

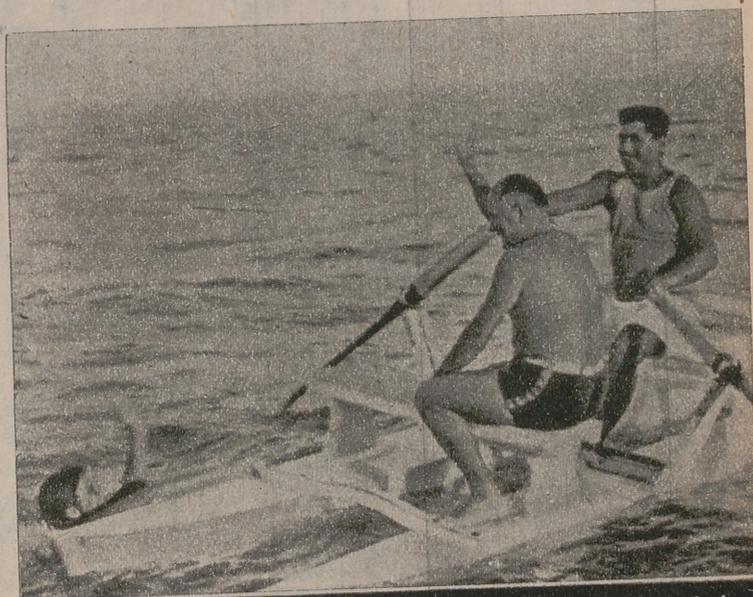
«Mussolini reconocía las dotes del pueblo americano, pero—dice Vittorio—con cierto escepticismo muy europeo.» Se conocen algunas anécdotas de su manera de pensar sobre ello.

LOS INGRESOS DE MUS-SOLINI COMO ARTICULISTA EN LA PRENSA NORTEAMERICANA

Mussolini, según sus hijos, mantenía muchas relaciones con ilustres personajes de la política, la economía o el arte norteamericano, y por varios años, la mayor fuente de sus ingresos estuvo constituida por los artículos que regularmente escribía para una cadena de periódicos y revistas de los Estados Unidos. Su hijo Vittorio ha contado que, en cierta ocasión, oyó a su madre que le decía:

—Benito, tengo necesidad de que escribas algún artículo para América, porque llegan los vencimientos...

Dos días después entregaba Mussolini el trabajo al represen-



En la playa de Riccione, durante el verano de 1934, una admiradora de Mussolini lo saluda desde el agua

tante de la agencia neoyorquina en Roma.

Su hijo Vittorio, que había hecho un viaje a América y sido recibido por Roosevelt, le traía la propuesta para encontrarse los dos en pleno Atlántico. El Duce había oído con la mayor atención, en la sobremesa de Villa Torlonia, el relato que le hizo Vittorio del viaje. Roosevelt, según Vittorio Mussolini, llegó a decirle lo siguiente: «Por motivos de política interna no puedo alejarme de los Estados Unidos, ni pienso si sería posible a su padre alejarse por mucho tiempo de Roma, por lo que propongo que nuestro primer encuentro se realice en aguas neutrales, en medio del Atlántico...»

Mussolini, que escuchó sonriente el mensaje de su hijo, no «parecía creer mucho en la proposición, y aunque estimaba a Roosevelt como un excelente hombre de Gobierno para su país, lo consideraba incapaz como a Wilson en su tiempo, de examinar con realismo la verdadera situación de Europa, muy compleja desde todos los puntos de vista.»

La propuesta de Roosevelt—dirá más tarde Vittorio Mussolini—no fué acompañada, como pasó luego, en 1940, de argumentos decisivos para ser tomada en consideración. Así nació y murió una oportunidad extraordinaria de que pudieran conocerse y hablarse los dos políticos. Cuando Roosevelt y Churchill escribían a Mussolini en 1940 no quedaba, de recuerdo de aquella conversación entre Roosevelt y el hijo del Duce, otra cosa que una amable carta de Eleanor Roosevelt a Vittorio agradeciéndole unas bellas rosas y felicitándose de que su estancia en Norteamérica hubiera sido grata.

En aquellos días, finales de diciembre de 1937, la familia Mus-

solini contaba un nuevo miembro: el hijo de Vittorio, a quien su abuelo ponía el nombre de Guido. «No sabíamos en homenaje a quién». Estas últimas palabras son pronunciadas en virtud de la atención que ponía Benito Mussolini en los nombres de sus hijos y nietos. Cada uno tenía, para él, una resonancia particular. Cada uno era un homenaje.

Bruno, ya miembro de la oficialidad de aviación, participaba en el «raid» Istris-Damasco-París, clasificándose el tercero. La familia gozaba así de sus últimos y breves días de relativa tranquilidad, dirá uno de sus hijos.

«PARADOJICAMENTE, YO SOY EL ÚNICO PACIFISTA»

Después de la invasión de Bélgica y Holanda, el clima de guerra aumentó en Italia por momentos. Una noche, en conversación con sus hijos, les dice: «Todos desean apresurar el primer tiro de fusil: el Rey, el Estado Mayor, los jerarcas y también el pueblo, por lo que, paradójicamente, yo soy el único pacifista.»

¿Podía serlo Italia? Cosa complicada en responder, y, a nosotros, en este estricto resumen de los recuerdos familiares, no nos toca otra cosa que hacer traspasar las imágenes y las palabras de aquellas horas. Los acontecimientos se precipitaban, porque todo el mundo consideraba victorioso a Alemania. El embajador francés visitaba a Ciano. «¿Sabes qué cosa le ha dicho Galeazzo?—preguntaba Mussolini a su hijo Vittorio—. Pues le ha dicho que procuren resistir, y permaneceremos neutrales.»

Parecía ser una condición impetuosa. Años después, como alguien reprochara a Mussolini de

haber entrado en la guerra cuando todo parecía acabado, se volvía a su hijo para decirle: «Hitler, personalmente, no hubiera atacado Italia; pero su Estado Mayor tiene siempre sospechas de nosotros y no ha olvidado nunca nuestro abandono de la triple alianza en 1915. El Estado Mayor considera la posesión de la Península como elemento sustancial para dominar estratégicamente el Mediterráneo, el Oriente Medio y África del Norte. A la menor necesidad la habrían invadido y el destino de Italia no hubiera sido muy diferente de los otros países.»

En esa misma conversación habla a Vittorio de la necesidad del esfuerzo: «Sea en el terreno que sea, cuando se quiere conquistar una posición hay que hacerlo a través de los esfuerzos y sacrificios más considerables. Mira lo que ocurre en el campo social. Si adquiere una mejora a través de las huelgas, se muestran satisfechos. La reciben por decreto y al día siguiente la han olvidado.»

LA MOVILIZACIÓN DE LOS HIJOS EN 1940

Todo lo anterior refleja bien el clima en que se desarrollaba el dilema italiano de los días antes de su entrada en la guerra. En julio de 1940 Vittorio recibía una comunicación del Ministerio del Aire, ordenándole su incorporación al Ejército.

La cosa no era de broma. La carta decía que debía hacerlo antes de cuarenta y ocho horas en el aeropuerto de Centocello Norte. Vittorio pasó revista médica, fué declarado apto y se encontró nuevamente metido en el Ejército del Aire. Volvían un poco los días de Africa. Todo el mundo, en Centocello y en todas partes, hablaba de una guerra que duraría unos pocos meses. Algunos había que ni pensaban en despedirse de sus familias.

Al día siguiente Vittorio se presentaba en Villa Torlonia para despedirse de su padre. Naturalmente, Mussolini no se sorprendió de la movilización de su hijo. Le preguntó únicamente el lugar a que había sido destinado. Bruno, también en uniforme, había sido destinado de comandante de una escuadrilla de «S. M.-79» en Guidonia.

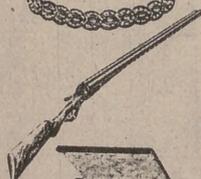
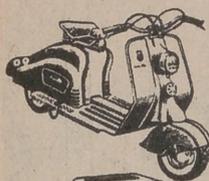
Los recuerdos vienen con un cierto aire inmóvil y dramático: «Mi padre estaba sereno, como siempre, y daba la impresión de que había dejado todas sus preocupaciones en el Palacio de Venecia, deseando mantener en Villa Torlonia el ambiente de un oasis de tranquilidad.»

De vez en vez la conversación se detenía y se llenaba de silencios significativos. Cuando Vittorio se dispuso a marcharse, Benito Mussolini le abrazó y le hizo una súplica: que le tuviera informado diariamente de sus actividades.

Cuando Vittorio abandonaba Villa Torlonia, en una de cuyas paredes colgaba un cuadro de Dolfuss, el pequeño canciller austriaco, Benito Mussolini se quedaba solo. La familia estaba en Riccione. La guerra iba a estallar también para Italia.



Vittorio Mussolini fotografiado junto a la pequeña actriz Shirley Temple, durante la visita del primero a Hollywood



Y

**10.000
peselas**

en efectivo.

brandy

SOBERANO

del que solo cabe decir:



*¡grato aroma!
¡que color!
¡grados justos!
¡buen sabor!
¡viejo origen!
¡si señor!
eso es el SOBERANO
de los coñacs ¡el mejor!*



Y además... este noble Brandy le obsequia con su gran **QUINIELA SOBERANO**, que consiste en un boleto que usted deberá rellenar, escribiendo el nombre de los premios que todas las semanas se ponen en juego, en el orden que prefiera, y comprobar si acertó o no cada semana escuchando la emisión de los viernes, a las 11,30 de la noche, de la Cadena de Emisoras de la S. E. R., o por la prensa de su localidad.

Con cada botella 30 boletos y por una copa un boleto.
Los premios semanales son: Una **moto** Scooter Lambretta.-Un **refrigerífico** Edesa.
Un **viaje** a París por once días, dos personas con Viajes Meliá.-Una **pulsera** de oro, de Villanueva y Laiseca.-Una **escopeta**, de Casa Ugartechea.-Una **radio** con pick-up Philips.-Un **mueble bar** Alía, y 10.000 pesetas en metálico a repartir entre los acertantes no agraciados con los premios anteriores.

La **QUINIELA SOBERANO** es ya famosa en toda España.



GONZALEZ BYASS

**EL MEJOR OBSEQUIO PARA ESTAS FIESTAS ¡BRANDY SOBERANO!
LA MEJOR OPORTUNIDAD DE UN GRAN REGALO ¡LA QUINIELA SOBERANO!**

"RASGO" PUBLICIDAD





Al mal tiempo
VETERANO
OSBORNE
El Brandy de la calidad



AZOR - Reina, 25. Madrid

LA OPERACION "ESPECIALISTAS" EN EL EJERCITO ESPAÑOL

GRANDES POSIBILIDADES DE UNA NUEVA LEY QUE REGULE EL RECLUTAMIENTO DE VOLUNTARIOS

NUEVA ARMA.-JUVENTUD Y TECNICA.-PARA DEFENDERSE EN LA PAZ

—¿A dónde vas, soldado?

—Voy a clase de Mecánica.

Esto pasa teóricamente en cualquier guarnición o regimiento desde el 22 de diciembre de 1955. Va a clase de Mecánica, de Contabilidad, de Agricultura... A la que prefiera.

Un muchacho, voluntario del Ejército de Tierra, con una edad que puede oscilar entre dieciséis años y la fecha tope de ingreso en Caja de su reemplazo correspondiente, puede hacerse un hombre mientras esté en filas, alternando la instrucción militar y el manejo del fusil con los libros, las técnicas o las máquinas.

La duración del servicio militar normal es de dieciocho meses. Si ese soldado es voluntario, ha-

brá elegido la unidad que más le interese, podrá aprender una técnica especial, etc., y sólo permanecerá en el Ejército dos meses más que los soldados de reemplazo normal.

Antes, el voluntario firmaba un compromiso por tres años; ahora, sólo por veinte meses.

Actualmente, con las cifras y estudios recientes sobre el reemplazo del año que acaba de terminar, ese soldado, o cualquier otro que escojamos, tiene un 91.6 por 100 de posibilidades estadísticas de saber leer y escribir antes de llegar al Ejército. De todos los soldados que aprendieron a marchar en 1955 con el pecho hacia

fuera y la cabeza alta, seis de cada cien han tenido que recibir instrucción alfabética al mismo tiempo que a mantener el mosquetón en las posiciones reglamentarias.

Las nuevas disposiciones, que todavía están en estudio, para la admisión de voluntarios exigirán —dado el porcentaje mínimo a que ha quedado reducido el número de analfabetos— saber leer y escribir.

Así, el voluntario del Ejército de Tierra podrá aprovecharse de un curso de especialización técnica y de duración académica normal durante su tiempo de permanencia en filas. Veinte meses, du-



En estas fotografías recogemos distintos aspectos de la actividad de nuestros soldados y marineros. El Ejército español de Tierra, Mar y Aire remozó sus cuadros de especialistas en el cupo de voluntariado

rante los que aprenderá una especialidad concreta y útil. Luego puede quedarse en un Ejército vitalizado por la juventud y movilidad de sus Mandos, o irse a vivir una honesta vida de paisano, en la que manejará un arma conseguida en su corta experiencia militar.

La especialización técnica que estos muchachos aprenderán es una nueva arma que el Ejército español les proporciona para defenderse en la paz.

LAS LEYES DEJAN HUELLA

La cuestión es bien reciente. La fecha que antes hemos citado es exactamente la de una nueva ley. Pasará algún tiempo. No mucho. Y las disposiciones complementarias llevarán técnicos y profesores a los regimientos e incluso a las guarniciones.

El nuevo profesorado saldrá de donde lo haya. Si faltan militares, se buscarán civiles. De las Escuelas de Artes y Oficios. De donde sea.

En principio, las enseñanzas que se piensan dar en estas Escuelas de Profesiones para Voluntarios del Ejército de Tierra son las de Artes Gráficas, Contabilidad Mercantil, Mecánica en general, Mecánica aplicada al automóvil, Electricidad y Radio, Agricultura y Explotación Forestal. A la Educación Física se le concederá una gran importancia. Los nuevos voluntarios serán más jóvenes, más fuertes y quedarán mejor preparados para vivir como civiles o como militares.

Podemos imaginarnos y seguir la vida de uno cualquiera.

Ha ingresado joven. Tiene poco más de dieciséis años. Lleva tres meses de instrucción militar. Se ha curtido y se ha endurecido. Todavía le queda algo más de un año en la «mil»—como él dice—. Tiene cabeza y cierta habilidad manual. Le empiezan a dar clase de Electricidad y Radio. Ya se ha hecho un «veterano». Le queda poco para licenciarse. Por las noches le da vueltas a la cabeza. Piensa en su pequeño pueblo. Falta menos. Qué poco, y otra vez en casa. Sigue pensando. Han pasado los primeros días, y hay que volver al trabajo. Su trabajo de antes: el campo.

En estos veinte meses se ha relacionado con muchachos como él, que han llegado de todos los lugares de España. Durante los descansos han hablado mucho. Todos han presumido. Su panorama

mental se ha ido ampliando por muchas razones positivas, que sólo coinciden en el Ejército. Al llegar a su casa, durante el primer permiso, sus padres pensaron:

—A este hijo nos lo han despa-

bilado.

—Te has hecho un hombre—le dijo la madre.

Pero ahora no presume. A solas. Por la noche. Se da cuenta que ya no hay compases de espera. Indaga. Habla y concreta con unos y con otros. En esta ciudad que él eligió para hacer su servicio militar, o en el pueblo, puede trabajar en la especialidad recién aprendida. Nota que ahora la vida le ofrece más. Tiene más posibilidades. Se siente más seguro.

A los veinte meses se licencia. La nueva ley que regula el acceso de voluntarios al Ejército de Tierra le ha dejado huella.

DE CADA CUATRO SOLDADOS UNO MIDE MAS DE UN METRO SETENTA

Los españoles crecemos más. Cada día somos un poco más altos. Hay datos referidos exclusivamente a los mozos de los diferentes reemplazos. Podemos comparar los de 1920 con los de 1955. Estos últimos no pueden ser más actuales. Son treinta y cinco años de plazo. Todo eso tarda en madurarse una generación. En este tiempo los españoles han aumentado su altura. Usted y nosotros. Todos.

Entre los mozos del reemplazo de 1955 el porcentaje de los que estaban comprendidos entre 155 y 159 centímetros de altura ha sido el de 12,6 por 100. El porcentaje es pequeño. La altura tampoco es muy elevada. El promedio de los mozos comprendidos en esta talla más bien baja hace treinta y cinco años fué mayor: treinta mozos por cada cien soldados en toda España.

Las tallas medias—entre 160 y 170 centímetros— y las altas—más de 170— han aumentado considerablemente. Simplificando, el porcentaje de hombres de más de 1,60 metros fué en 1920 de 69,6 por 100, para subir en 1955 a 82,4 por cada 100 reclutas en toda España. El caso concreto de alturas superiores a 170 pasa, en estos veinticinco años, de 14 hombres por cada 100 en 1920 a 25 el año pasado.

Médicos de las cajas de reclutas proceden al reconocimiento de los futuros soldados españoles

En 1955, escasamente el 3 por 100 del total del reemplazo en España no llegó a 155 centímetros de altura.

Hace treinta y cinco años, Canarias daba el máximo de mozos con estatura superior a 1,70 metros, Málaga el máximo de hombres de talla media y Orense el máximo también de reclutas más bajos que 1,59. Los soldados de Santa Cruz de Tenerife, en 1955, más altos que 1,70 metros han sido 33, en lugar de los 29 de antes por cada 100. En Málaga los que han crecido más allá de los 160 centímetros han sido 77, igual que en 1920, pero el porcentaje de alturas superiores a 1,70 metros ha subido de ocho a 21 mozos por cada 100.

Orense, con el mínimo de estaturas superiores a 1,59 y un porcentaje de menores del 52 por 100 en 1920, lo reduce en 1955 a 13 hombres de cada 100.

Es evidente que el español de 1955 tiene mayor estatura. El índice antropométrico tiene su importancia para la admisión de voluntarios en el Ejército de Tierra. Es seguro que los órganos autorizados del Ministerio del Ejército tendrán en cuenta este aumento de la talla media de los españoles.

El voluntario es un hombre al que se le va a dar trato de excepción en cuanto a posibilidades para su futuro. El Ejército necesita que sea un hombre con las mejores condiciones físicas e intelectuales para cubrir sus exigencias de servicio. La talla sí hace al voluntario.

EL REVERSO DE LA MEDALLA ES OPTIMISTA

Periódicamente podrá ingresar en el Ejército un cupo determinado de voluntarios. Nada tiene de extraño que se les exija saber leer y escribir.

Podemos imaginarnos la vida de otro cualquiera de ellos. Otro que elija el segundo campo de posibilidades. Con vocación militar. El reverso alegre de la medalla.

Con la ley del 22 de diciembre se aligerarán los escalafones. El Ejército tendrá una mayor vitalidad en sus empleos. Este muchacho es también muy joven. Se ha distinguido por su buena conducta. Sus jefes y oficiales tienen formado un buen concepto de él.

Durante el periodo normal de permanencia en filas ha ido ascendiendo. Primero cabo, luego cabo primero. Sabe hasta dónde puede llegar.

Elegió un regimiento localizado



en una capital importante. Sabe que su inmovilidad salvo en caso de una movilización está asegurada. Allí, en su cuartel, le conocen y él conoce a sus jefes. Sabe exactamente lo que le espera y cuáles son sus posibilidades. El ambiente le agrada.

Se decide. Las Escuelas de Aplicación de las Armas o las Academias Militares le recibirán con facilidad. Se ha decidido. El Ejército de Tierra cuenta con un futuro oficial joven y capacitado.

ESPIRITU DE LEY

El Ejército tiene que ser joven. Juventud y técnica. Un Ejército especializado. A los cincuenta y un años un hombre no es viejo. Para el servicio activo del Ejército quizá sí.

La nueva ley de 22 de diciembre regula el reclutamiento de voluntarios, así como el ingreso y permanencia en el Cuerpo de Suboficiales y Escala Auxiliar.

Cualquier muchacho a los dieciséis años puede solicitar su ingreso en el Ejército de Tierra eligiendo unidad. Antes debía tener dieciocho. Recibirá la instrucción militar prevista y la necesaria especialización técnica que sea de posible aplicación en el Ejército y de utilidad en la vida civil.

Durante veinte meses se hará técnico en una materia. Artes gráficas, contabilidad, mecánica, electricidad y radio... Si al terminar su período de servicio militar desea continuar en el Ejército podrá solicitar períodos bienales de reenganche. Uno, si no ha pasado de soldado; dos, si ha llegado a cabo, incluido el que pudiera haber obtenido de soldado; cuatro, si es cabo primero, incluidos los obtenidos de soldado y cabo.

Los cabos primeros pueden pasar después a engrosar el Cuerpo de Suboficiales como sargentos y brigadas con arreglo a la ley. Y la ley exige buena concepción y exámenes. También que haya vacante. Las mismas condiciones se exigen para el ascenso a brigada. En ambos casos quedarán escalafonados en cada Arma o Cuerpo por orden cronológico de promociones y dentro de cada una, por orden de calificaciones obtenidas en los exámenes finales.

Si cumplidos los cuarenta y cinco años desease abandonar el servicio de las Armas podrá solicitar destinos civiles pidiendo el retiro y solicitándolo de la Comisión Interministerial que asigna los destinos. Con la nueva ley esta posibilidad se ampliará hasta los cabos primeros. Estará capacitado para desempeñarlos dentro de las actividades a las que pueda aplicar sus conocimientos y experiencias.

Al voluntario se le ofrece un amplio campo de posibilidades. En la escala auxiliar puede llegar hasta comandante. En la activa, a general. Si, porque desde que tiene edad para el ingreso puede hacerlo en la Academia General Militar. Para ello tendrán las facilidades que determinen las disposiciones vigentes y seguirán percibiendo los haberes correspondientes a sus empleos como sargentos y brigadas. Pueden también elegir Arma, aun pette-



Un sueño de épicas proezas, como arcano de la Historia, estos reclutas llevan a sus hombros los primeros aditamentos del equipo militar

neclendo originariamente a otra distinta.

—Sí. El que haya ingresado como voluntario en Infantería y más tarde, por ejemplo, se sienta atraído por Artillería puede cambiar a su gusto.

También los voluntarios y el Cuerpo de Suboficiales tienen preferencia para el acceso a la Guardia Civil o a la Policía Armada o de Tráfico si les gusta alguno de estos Cuerpos.

La nueva ley está en marcha. Con ella el Ejército resuelve el problema «especialistas» que tenía planteado. Un mecánico, un tornero o un radiotelegrafista. Un conductor de carros de combate. Un técnico agrícola. En radio y electricidad.

Hasta ahora los especialistas se sacudían el servicio militar practicando. Al terminar muchos de ellos no se quedaban en el Ejército. Eran absorbidos por los empleos civiles. Mañana muchos llegarán a la vida civil con la técnica aprendida en el Ejército o continuarán en él, porque del mismo modo se cuida con la nueva estructura que plantea la nueva ley que las oportunidades que se le ofrecen sean interesantes.

El campo se mecaniza. Se ha mecanizado. Un campesino que sepa manejar un tractor, con una corta enseñanza puede hacer lo mismo con un tanque. O al revés. Así el coste de su entrenamiento militar se reduce o el muchacho vuelve con mayores posibilidades.

Un factor importante será el interés que se piensa dar a la educación física. Hombres fuertes de talla elevada. Un joven de dieciséis años se está formando. La instrucción que recibirá en este sentido ocupa un lugar preferente en esta ley. Se le obliga a permanecer en unidades de armas. Los destinos burocráticos desaparecerán o serán cubiertos por otros menos capacitados físicamente. Una disciplina férrea y un entrenamiento constante le permitirán conservar la forma física y la energía de carácter que exige el mando de tropas. El Ejército necesita mandos jóvenes en todos los empleos y servicios. Por ellos se modifica el límite de edad y se restringe la permanencia en filas a los que no consiguieren alcanzar el empleo de sargento.

EN EL EJERCITO TODO EMPIEZA POR EL ABECE

El nivel técnico y cultural de la Nación se ha elevado. Un voluntario no puede ser en ningún caso analfabeto. Esa limitación se hace necesaria. Los reemplazos normales dan un índice bajísimo de analfabetos. Sería conveniente que entre los voluntarios el cien por cien tuviera instrucción alfabética.

Las comparaciones no son odiosas. Convienen. Hace treinta y cinco años, solamente el 62 por 100 de los reclutas sabía leer y escribir. Unicamente once de cada cien mozos sabían leer sin llegar a poder escribir. El porcentaje de analfabetos era de más del 27 por 100. Hoy, el 91,6 por 1100 ha recibido instrucción comprendida entre primaria, profesional, media y superior. El 6 por 100 corresponde al reducido índice de analfabetos. Índice que queda en cero después de que los sucesivos reemplazos van terminando su servicio militar. El soldado al salir del Ejército tiene acceso a más de veinte siglos del pensamiento humano.

En estos treinta y cinco años, el número de los mozos que llegan con alguna instrucción —al menos sabiendo leer y escribir— a hacer el servicio militar, ha aumentado en un 30 por 100.

Para vivir es necesario saber. Hay que estudiar y se estudia. En todas partes. Diversas provincias emprendieron campañas contra el analfabetismo. Los resultados de estas campañas se reflejan en las estadísticas de las fuerzas armadas. Murcia, Canarias, Ciudad Real, Cádiz, Málaga, Jaén, La Coruña y Córdoba en 1920 aportaban el mayor número de analfabetos al Ejército. La reducción que han sufrido sus porcentajes es asombrosa. Hoy han desaparecido las tres cuartas partes de éstos. Dentro de unos años habrá desaparecido completamente o será mínimo en el peor de los casos.

Siempre refiriéndonos al año 1920. Valencia daba de 60 a 70 reclutas por cada 100 hombres con instrucción alfabética. Hoy da 95. Barcelona, de 80 a 90 ha pasado

a más de 96 mozos con instrucción.

La mejora se ha reflejado en las tropas. La nueva ley es consecuencia de ese alza en el nivel medio. Por eso ahora se exige instrucción alfabética en los voluntarios. Así los necesita el Ejército.

La instrucción superior también está presente. Cumplen su servicio militar en el Ejército de Tierra estudiantes de Derecho en mayor proporción que de otras carreras. De Ciencias Políticas y Económicas. Filosofía y Letras. De Medicina en proporción también considerable. La carrera de Farmacia está representada por un importante contingente. Veterinaria. Ciencias Químicas y Físicas. Ciencias Exactas.

De las Escuelas Especiales llegan al Ejército futuros ingenieros aeronáuticos, peritos e ingenieros agrónomos. Ayudantes de Obras Públicas e ingenieros de Caminos. Los de Minas aportaron en 1955 la misma cifra de soldados que los de Telecomunicación. Peritos e ingenieros de las Escuelas de Ingenieros Industriales llegaron a sumar 413 soldados. Ingenieros de Montes y ayudantes. Navales. Los arquitectos y aparejadores ocupan el segundo lugar de la relación de estudiantes de Escuelas Especiales.

Así se confirma la idea de que el Ejército es el gran crisol de la Nación. Allí acuden y conviven todos los años las más diversas clases sociales, los diferentes estudios, los obreros y los campesinos.

El voluntariado es conveniente. A los dieciséis años un muchacho duda en la elección de su futuro. Tiene un camino abierto ante él. Al terminar puede seguirlo o escoger otro. Tiene la ventaja de haber servido a la Patria muy joven y puede volver —si lo desea— a la vida civil para comenzar un trabajo sin interrupciones. Posee un bagaje de conocimientos adquiridos y una especialidad técnica que el Ejército le regala. Al mismo tiempo que se ha for-

talecido su cuerpo y su espíritu se ha disciplinado.

La disminución en España del número de analfabetos hace que la nueva ley tal vez pueda exigir ese mínimo de conocimientos: leer y escribir. Juventud en los Mandos de nuestro Ejército, especialización técnica de los jóvenes voluntarios, vitalización y movilidad de los empleos, en definitiva, mayores posibilidades para el español en lo civil o en la militar. Todo empieza en el Ejército de Tierra por el abecé de nuestro alfabeto. Con base y cimientos sólidos.

¿A DONDE VAS?..

La importancia, el alcance social de la ley de 22 de diciembre es amplio. Por una parte influirá en la vitalidad nerviosa de nuestro Ejército, por otra, aumenta considerablemente el campo de posibilidades que ofrece a la juventud.

La educación militar, a través de sistemas y procedimientos pulidos por años de experiencia, está hecha para despabilar al tipo medio, para igualar diferencias. Todas las clases sociales se comunican en una época de la vida tan definitiva como la juventud durante su servicio militar. Unos llegan y encuentran situaciones e instrumentos que en la vida civil no habían tenido; otros, en principio enmohecidos por una vida fácil, consideran dura su disciplina esquemática y eficaz.

Ahora se ha elevado el nivel mínimo. En el Ejército están las herramientas para el trabajo. Fuera o dentro, más tarde, horizonte está más claro.

Y quizá dentro de no mucho tiempo un teniente joven, hecho en el Ejército por esta ley del 22 de diciembre de 1955, sea el que pregunte a un nuevo voluntario:

—¿A dónde vas, soldado?

Y este también sepa dónde ir.

Fernando M. ETCHEVERRY Y GONZALO CRESPI

Los nuevos reclutas y voluntarios se concentran ante la Caja militar para conocer su destino. Nueva vida y nuevas regiones de la vasta geografía española habrán de acoger los sueños juveniles de los futuros soldados.



DIOS, PIEDRA DE TOQUE

Per Fr. Fernando SORIA, O. P.

DIOS fué siempre medida de las cosas. Incluso cuando se quiso cambiar el patrón métrico, colocando al hombre en el centro, como unidad, había que volver furtivamente al canon abandonado para que aun los cálculos más elementales no fallasen. Y es conforme a este sistema de pesas y medidas como hay que valorar, en última instancia, el pensamiento de un hombre y su obra de creación.

Se ha ponderado mucho últimamente la prosa admirable de Ortega y Gasset y el cúmulo de ideas que deja a servicio de quienes vienen detrás. Como se ha hablado mucho, en los más diversos tonos, de la vibración religiosozgónica de Unamuno. Lo que en mi expresión y en mi modo de pensar haya del aumento de «España invertebrada», no tengo inconveniente en confesarlo. El grado en que ello pueda ser, yo lo desconozco. Otro tanto vale para el que fué ilustre rector de la Universidad salmantina, la más gloriosa en la historia universitaria española.

¿Alguien sentirá extrañeza? Tengo mayor simpatía por Unamuno que por Ortega, por su más sustancial aliento humano, en ese más empeñado ahondar en la profundidad del vivir en que el choque con Dios se produce necesariamente. La presencia de Dios en quien en algún momento de su vida se sintió llamado a un contacto —frustrado— de aislamiento con El, en soledad con El —que se perdió en el ruido del yo tumultuoso—, le llevaría a una situación de angustia religiosa indudablemente real; pues Dios estaba presente con el imperativo de su inmensidad, que se hacía perceptible, sin que el alma asimilase esa presencia en el acto de caridad sobrenatural.

Recuerdo de Unamuno anécdotas significativas que cuentan los viejos teólogos dominicos de San Esteban de Salamanca, algunas de ellas recogidas por fray Albino en EL ESPAÑOL. Significativas de una vida que sobrenaturalmente se frustraba por ese «quid» intangible, que tantas veces en su vida ministerial se encuentra el sacerdote como un muro de sombras espeso y sordo a los golpes, que no deja filtrar la luz ni da paso a la llamada de la gracia.

Unamuno estuvo en una línea religiosa que establecía contacto de algún modo con los acentos angustiosos y vibrantes de los antiguos profetas de Israel y con los arrobamientos místicos de nuestra literatura de los siglos de oro. Mas para entrar de lleno en el espíritu de los primeros le faltó la gran virtud teológica que los caracteriza: la esperanza. Y para contar entre los segundos no tuvo las claridades de la fe que iluminaban las *nadas* de San Juan de la Cruz, ni la caridad alegre y conquistadora de Teresa de Avila. Y ahí se queda gritándonos su angustia. ¡Y cuán aleccionadoramente!

A Ortega y Gasset —con perdon de sus incondicionales— su admirable estilo no le hizo profundizar tan hondo. Ya es significativo. No hubo tema cultural que no tratara en sus ensayos y sobre el que no nos dejase, con una frase eufónica que todos recordáramos, la luz de un pensamiento. Pero se le pasó el problema más hondo del ser vital del hombre y del ser de la creatura. Nada nos dijo de Dios. Y esto, en quien ha sido llamado «el máximo

filósofo español», es ciertamente incomprensible. Se ha repetido muchas veces —creo que sin pleno sentido, pero eso no importa— que los españoles fuimos malos filósofos por llevar muy entrafada la teología, porque Dios revelado se nos metía demasiado hondo para que le dejáramos a un lado, si quiera fuese en el momento de la especulación. Nos costaba encerrarnos en la celda sin ventanas de la duda universal para crear filosóficos mundos idealistas. ¿Y habría de ser nuestro máximo filósofo quien nos enseñara a abstraer de Dios? Sería la suya una enseñanza bastante menguada. Y se trataría de un filósofo español, porque vio la luz del mundo bajo el cielo admirable de la Patria y sintió y trabajó sinceramente otros problemas de España, pero no porque alcanzara la raíz última del filosofar a lo español. O del filosofar a secas. No basta con gritar tardíamente «Dios a la vista»; hay que llegar hasta El, forzando al máximo la capacidad aprehensiva de nuestra intelección. Aunque después no se complete quizá vitalmente el proceso con un estrecho abrazo en las efusiones de la caridad.

¿Por qué no hemos de acertar en estos momentos cruciales en la elección de maestros? ¿No es hora de romper el sino trágico que, luego de la contrarreforma, nos hace perder todas las batallas de las ideas cuando se han ganado las de las armas? No es maestro el que enseña una verdad parcial, sino el que enseña en conjunto orgánico la totalidad de verdades que nos interesan. No por enseñar algo se llega a magisterio.

Si Maeztu no hubiera experimentado el cambio de rumbo en sus ideas que, por gracia de Dios —para bien suyo y nuestro—, experimentó, es posible que hoy le contarán entre los maestros. Pero de hecho no se quiere que cuente. A pesar de que dió alta lección de verdad y de patriotismo, y —lo que vale más— dió testimonio. Si Manuel García Marente no hubiera terminado el proceso de su pensar en la verdad de Cristo, y los últimos años no cubriera su persona con el negro de una sotana, es seguro que figuraría al lado del «filósofo máximo de España». Pero su gran verdad parece que tampoco interesa. Y la lección de patria —dejemos aparte la de política— de José Antonio, ¿es que hay voluntad de olvidarla?

La lección de España al mundo la que hoy, como ayer, puede dar y la que el mundo más necesita y nos pide, no es la de un eclecticismo —que conocen mejor que nosotros en su insuficiencia trágicamente experimentada—, sino la de una firme intransigencia en la verdad —la sola que nos hará libres—, que es única e invariable, como es uno e invariable el Dios de quien toda verdad procede.

Y así no podemos querer para nuestra juventud una singladura en que se una en igualdad de condiciones a Vitoria con Giner, a Unamuno con el P. Arintero y a Santo Tomas con Ortega.

Admiremos a Ortega y Gasset y Unamuno, y recitemos con la devoción de siempre la poesía de Antonio Machado. Pero no les declaremos los maestros para la España de hoy en aquello a que no alcanza su magisterio.

Enfriamientos

GRUPE CATARROS REUMATISMO

Ya todo ha pasado con...



CALMANTE VITAMINADO

LA TABLETA QUE DA BIENESTAR Y TONIFICA LOS NERVIOS



LANZA

PROCESO CONTRA LAURA DISSART

ENTRE VICHY Y LA RESISTENCIA
FRANCESA, ESTA MUJER
JUGABA TODOS LOS PALOS

UNA MIRADA ENIGMA-
TICA

DESDE las diez de la mañana estábamos en el Juzgado de Instrucción. Habían encendido las estufas y mirábamos desde los cristales la gris mañana de diciembre. Entraba y salía, por los largos pasillos, mucha gente apresurada.

Pasaron, bien rápidos, Roger Hild y Pierre Lehman, que llamaron, suavemente, en la puerta del despacho del juez Faber. Pasó, también, con aire cansado y sin hacer mucho caso de los periodistas, el comisario de Policía Arnal. Los fotógrafos acechaban fuera, un poco hundidos en la neblina parisiense, esperando la pieza importante.

Eran las diez y media en punto cuando se detuvo un «Citroën». La mujer se apeó, esbelta, pero quizá demasiado delgada, vestía un abrigo de astrakán negro y llevaba un sombrero del mismo color con velo. Sin mirar hacia los lados, con un leve gesto de cabeza, despidió al conductor.

Antes de subir las escaleras del Juzgado, la mujer, con un súbito gesto, levantó el velo del sombrero y pude ver, durante un instante, sus ojos fríos y lejanos. Dos cejas perfectamente maquilladas, haciendo un gran arco sobre los ojos, daban a su mirada un reflejo enigmático y dulce.

—¿Se llama usted?—preguntaba el juez.

Claro que el juez debía saberlo, pero hay que seguir las buenas maneras legales.

La mujer miró hacia donde estaban sus abogados, Roger Hild y Pierre Lehman. No parecía preocupada.

—Me llamo Laura Dissart.

—¿Edad?

Laura Dissart pareció divertirse durante un momento poroue asomo a sus ojos una chispa irónica. Extendió el abrigo sobre las delgadas piernas y respondió suavemente:

—Cuarenta y un años.

—¿Usa otros nombres?

UN CHEQUE FIRMADO
POR TRES MILLONES Y
MEDIO, PERO SIN
FONDOS.

Laura Dissart ha utilizado varios nombres. Cada uno de ellos forma parte, como veremos, de una vida fantástica y azarosa.



Laura Dissart, una mujer de historia impresionante

Uno, sin embargo, preocupaba al juez.

—¿Ha usado el de Laura Duffin?

La mujer no se impacienta.

—Lo he usado.

Claro que con esa firma ha sido presentado al Banco un cheque de tres millones y medio que no tenía fondos. Como es natural, su inocente poseedor se presentó inmediatamente en la Policía. Hecha la denuncia se presentaron en el número 32 de la calle Tourelle, en Boulogne-sur-Seine, para comenzar las investigaciones. Lo peor es que la lista se hacía interminable. Con los cheques sin fondos llegaban nuevas denuncias. El nombre de Laura Dissart volvía a estar, como

EL ESPIONAJE Y EL FRAUDE EN EL FONDO DEL ASUNTO



LA MIRADA ENIGMATICA DE LA "MATA-HARI" DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

en 1948, en el primer plano de la actualidad. Y lo curioso es que mucha gente daría algo porque no se hablase de la mujer.

Pero sigamos con el hilo de la historia. Cuando todo el mundo pensaba que la mujer no se defendería, advirtió:

—Utilizo el nombre de Duffin con pleno derecho. Mathias Duffin es mi marido.

Esta contestación dió motivo a una tormenta, porque provocó, unas horas después, una airada denuncia de una señora que acusa a Laura Dissart de utilizar su nombre. Esta señora está también casada con el capitán americano Mathias Duffin.

Pero Laura Dissart, impávida, seguía declarando:

—Me casé con Mathias Duffin en 1953 en un viaje que hice a San Francisco, en los Estados Unidos.

—¿Por qué razón se mantenía en secreto?

—No pudimos legalizar nuestra situación en Francia porque mi marido estaba casado y no se había pronunciado todavía el divorcio, cosa que no ha ocurrido hasta la semana pasada.

Comenzaba, después de esas palabras, y en el curso de sucesivos días, el análisis de la vida privada de Laura Dissart. Sobre la mesa del juez Faber estaba una nueva denuncia contra ella. No decía el atestado nada más que estas cortas palabras: «Estatu de Laura Dissart, de 109 millones contra la Sociedad General de Transportes».

Mientras el juez atendía en la mañana del 8 de diciembre un nuevo asunto el comisario de Policía Arnal, seguido de sus hombres, procedía a un riguroso registro de la casa de la calle Tourelle y después, con una leve pausa en la Prefectura, seguían camino para hacer lo mismo en las oficinas de «negocios» que tenía Laura Dissart en la calle Castiglione.

En la calle Castiglione, el comisario Arnal encontró unos documentos que hoy están bajo llave. Muchos rumores dicen que se trata de trapos sucios de la política.

LA HIJA DE UN LORD SE
LLAMA LAURA

La historia de Laura Dissart, a quien los periodistas han puesto el título de la «Mata-Hari» de la



La «Mata-Hari» de la segunda guerra mundial con su hija, en un restaurante de Montmartre

segunda guerra mundial, es impresionante. Juegan en ella, entrelazadamente, la audacia, la inmoralidad y el cinismo, en el marco de un mundo muy dispuesto a entenderse con ella; todo hay que decirlo.

Laura nació en la Roche-sur-Yon en 1914. El año parece que ha tenido influencia sobre ella. Su madre, una rubicunda cocinera de la región, «la Dissart», como ha declarado un testigo de la localidad, había jurado a la hija que su padre fué un viajante de comercio que solía vender sus productos, decenalmente, en la Roche-sur-Yon. El asunto no debía de impresionar ni mucho ni poco a su hija que a los quince años abandona su casa con un curioso y extraño personaje que estaba fichado por la Policía. Los dos van a París donde Laura, que ya tenía el gusto de las invenciones, se anuncia como hija natural de un lord inglés. Lo fantástico es que, a pesar de todo, la especie increíble se extiende y se cree.

Es así como Laura Dissart comienza su vida de aventuras, siendo hija de un lord.

NACE EN MONTARNASSE SE ANIKA MOOR

Hay unos años oscuros, cerrados a la investigación, en los que Laura Dissart no cuenta. Nadie recuerda su cara. En los cafetuchos de Montparnasse levantan los hombros. Sí se recuerda, sin embargo, a Anika Moor.

—¿Había de la bailarina inglesa que trabajaba por aquí en 1937?

—Sí.

—De ésa sí me acuerdo, creo que se casó con un alemán.

El hombre, con su corto y grande cuello, mira con sus ojos míopes la puerta del cafetín en cuyos cristales, borrada la primera parte, no quedan más que estas letras azuladas: «d'Or». Cuando le digo que Anika Moor y Laura

Dissart son una misma persona, se queda pasmado.

—Yo no la vi nunca actuar, pero sí que lo hacía muy bien. Ya sabe que a los cafés vienen todas las habladoras. Yo casi nunca me muevo de aquí.

No hace falta que lo diga. Se ve que no sabe andar fuera de su

mostrador Limpia instintivamente, con un paño, una botella de «gin». Como yo le mirara, me dice:
—Es para los turistas.

Mirando y buceando en algunos otros sitios es fácil reconstruir aquella época de Laura. Pasaba de un cabaret a otro, pero sin mayores deseos de permanecer muchos años en Montparnasse.

—Al alemán de Anika Moor —me había dicho el dueño del cafetín—, a ése sí que le conocí. Una noche recaló aquí con otros, muy bebidos, y unos camareros me dijeron que era el amigo de Anika.

No hubo forma de sacarle más.

Al dueño del cafetín, el alemán le pareció muy desagradable, cosa de la que no hay que hacer mucho caso. Lo cierto es que en 1937 Laura Dissart

reinaba un poco, como bailarina, por estos lugares. Una fama triste, un poco borrosa y llena de contrastes sombríos, pero las cosas no se pueden cambiar. Quedan así.

El alemán se llamaba Alberto Kleinknecht, era de mediana estatura, carirredondo, y con dinero abundante. Sus visitas a París obedecían a necesidades de negocios, porque Kleinknecht era quien administraba un Banco en Amsterdam. ¿Tenía otras actividades? Parece evidente que sí o, por lo menos, cabe sospecharlo. De todas formas, la amistad del banquero alemán con Anika Moor termina en matrimonio. Un matrimonio, obra de la peripécia de la mujer que comienza entonces, con mucho dinero, a brillar en la sociedad.

No es sólo que la vistieran los grandes modistas, sino que interviene en los negocios y orienta, en muchas ocasiones, las jugadas del marido. La bailarina conoce a mucha gente; es hermosa y fantástica. Por eso, donde Kleinknecht fracasaba, ella triunfa. Había intentado éste, en vano, vender unas mercancías a la Administración francesa. Cansado de insistir deja el asunto en manos de su mujer. Una semana después la operación económica estaba hecha. Laura Dissart cobra a su marido la comisión.

Pero es en la guerra, es decir, en el turbio mundo que se oculta siempre detrás de ella, donde Laura Dissart, Laura, hija de un lord, o Anika Moor, va a desarrollar al máximo su talento para los negocios sucios y la intriga.

En el misterioso oriente

ALFA

LA MAQUINA DE COSER FAMOSA EN EL MUNDO ENTERO

...fácilmente como traspasó fronteras, se impuso en otras civilizaciones, porque ALFA la super máquina de coser y bordar es por su eficacia y seguridad, la mejor ayuda para todas las mujeres.

Como en el suyo, ALFA trabaja en millones de hogares.

Al comienzo de la guerra, en 1939, el matrimonio Kleinknecht se pone en lugar seguro. Desaparecen de la circulación durante unos meses para volver a salir a la superficie en los primeros días de la ocupación de París.

Laura Dissart no se anda con pequeñeces. En 1940 vive en un piso suntuoso en la avenida Latour-Maubourg, pero que a los pocos meses es insuficiente para sus necesidades. Sus salones están siempre llenos. Unas veces por los políticos, otras por los negociantes y los financieros. Un día atento, pues, puede recoger, si quiere hacerlo, una valiosa información.

Como el piso se hace pequeño, Laura alquila un chalet en el número 31 del bulevar de la Sausaye, en Neuilly. Y así, unas veces en el piso de Latour-Maubourg y otras en Neuilly, las recepciones de la antigua bailarina se hacen famosas. ¿Para qué tanto esfuerzo? ¿Tiene algún sentido?

A las reuniones de madame Kleinknecht van, entre otros, personajes que de una forma u otra, con fortuna o infortunadamente, han pasado a la Historia. Entre ellos Laval, jefe del Gobierno de Vichy. Laval, con su aire meditabundo y sus ojos firmes, que tiene sobre la boca, duramente, el gran bigote de los soldados de 1914. Van ministros. Van también destacadas personalidades militares y políticas de la ocupación alemana. También Abetz, que fue un día el hombre de Alemania en Francia.

Las gentes parece que han olvidado ya, aparentemente al menos, los viejos nombres de Laura. Ahora, en aquellos instantes, todo el mundo la conoce por «Didi». Hay quien dice que el propio Laval fué quien la bautizó así. Los alemanes, por deformación de la d. la llaman «Tití». Hasta el nombre de Laura ha desaparecido.

Parece claro que los salones de «madame Tití» eran algo más que bullicio. Desde su casa se vigilaba atentamente y se recogían todas las informaciones sobre el estado de Francia. Sobre todo con relación al Gobierno francés de Vichy. El embajador alemán Abetz, que presumía de conocer

bien a los franceses, había dicho precisamente aquellos meses: «Nosotros no tenemos que esperar nada de Francia.»

Pero cuando todo parecía que marchaba bien en casa de los Kleinknecht Laura Dissart conoce a Bichelonne, ministro de Industria en Vichy, y sin más explicaciones abandona a su marido para irse a vivir con Bichelonne. Parecería que todo estaba a favor de éste: la ocupación militar, la presión política, para dar una respuesta adecuada a su mujer, pero no hace nada... aunque Laura Dissart sigue manteniendo un estrecho contacto con el Servicio de Contraespionaje alemán. Y Vichy, frontera entre dos mundos, vivac soleado al que llegan los hilos de la «Resistencia» y los de Africa, es un punto de observación perfecto, sobre todo al lado de un ministro.

Tiempo después el atestado de «Vichy» de Laura Dissart será de 70 folios. Casi una novela completa, porque esta extraña mujer conoce a los hombres más relevantes. Se ha llegado a decir que recibía órdenes directas de Himmler y de Martin Borman, y que el hombre de confianza de este último, el famoso Ihnen, fué recibido por ella en distintas ocasiones.

La operación más importante en que interviene es, según parece, en la detención del general Schlemberger, cuando intentaba negociar una paz por separado con los aliados. Sea el caso que sea, su enigmática presencia está cercana siempre a todos los acontecimientos importantes. Desde sus ventanas vió llegar al general Von Rundstedt cuando éste hizo su espectacular entrada en el hotel Parc de Vichy. Ella sabía mejor que nadie que en la pequeña ciudad de los balnearios bajo el sol apacible se jugaba un extraño y profundo juego.

DETENIDA POR LOS ALEMANES

Inesperadamente Laura Dissart fué detenida al final de la guerra por Von Oberg, el todopoderoso jefe de la Policía alemana en París. Nadie sabe, no se ha sabido nunca, cuáles fueron las causas para detener a una mujer que efectivamente parecía estar adscrita en las filas del espionaje de la Abwehr alemana.

Sólo queda un indicio. Von

Oberg era amigo del general Schlemberger, de cuya detención en el momento culminante de sus planes se hacía responsable a Laura. ¿Fué ese el motivo? También por aquellos días, como si no tuviera bastantes líos, se sospechó que había tenido intervención en la fuga de unos agentes de la «Resistencia» francesa, y que además estaba complicada con la desaparición de otros varicos. De ser verdad se pensaría que Laura Dissart jugaba con todas las barajas. Pero lo que son las cosas: el odio de Von Oberg sería al final el que salvara la vida a la extraña mujer.

Veamos por qué.

LOS NEGOCIOS SON LOS NEGOCIOS

Cuando se produce en Francia la liberación por los Ejércitos aliados, Laura Dissart, que estaba en la cárcel, vuelve a París, pero no antes de hacerse extender cuidadosamente un certificado de «haber estado detenida por los alemanes».

Con el documento en el bolsillo, sabiendo que en aquellos momentos era una patente de corso para ella, se entiende, da un golpe clásico para dejar bien el viejo lema de ser la fortuna amiga de los audaces. El golpe es exigir más que nadie hasta que consigue que requisen las autoridades para ella un piso de doce habitaciones (hay que tener en cuenta que es una mujer sola) en el número 45 de la avenida Montaigne. Quelques. Una vez instalada en él, el dinero aparece en sus manos. Como si no estuviera a tres años de sus antiguas recepciones de la ocupación alemana, Laura vuelve a su antiguo tren de vida. Y lo fantástico e increíble es que vuelve a ocupar un lugar destacado.

Se mueve en los salones con toda la elegancia posible. Los grandes modistas vienen a su casa, y mientras recibe a sus invitados, un pintor, Jean-Gabriel Domergue, hace su retrato. No le importa el precio. «Los negocios son los negocios», le dice.

LA CASTELLANA DE SURVILLE

La señora Kleinknecht, a quien su matrimonio con un banquero le ha dado el secreto de las grandes operaciones financieras, se dedica entonces febrilmente a los negocios. Aborda todos los que

UN PRODUCTO QUE PERMITE AFEITARSE CON CUALQUIER HOJA

Debido al afeitado diario, la piel del rostro se vuelve sensible, delicada y se irrita al más ligero contacto de la hoja o navaja. Algunas veces es un suplicio afeitarse. En la actualidad estos inconvenientes son definitivamente resueltos gracias al maravilloso masaje crema KEXTERY. Basta hacer un ligero masaje antes de enjabonarse para que pueda afeitarse sin irritación, sin molestias y sin dolor. Y lo que es más importante, se puede afeitarse CON CUALQUIER HOJA, logrando que corten más. Además, regenera, nutre y fortalece el cutis, volviéndolo sano, terso y juvenil

¡ES LA MARAVILLA COSMETICA DE NUESTRO TIEMPO!

TUBO NORMAL PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 11,65 PESETAS

TUBO DOBLE CONCENTRADO PARA MAS DE 40 APLICACIONES: 14,80 PESETAS

PÍDALO EN PERFUMERIAS

De no encontrarlo en su localidad, dirijase al apartado 1185, Barcelona, y se lo remitiremos contra reembolso

pueden proporcionarle dinero. Los grandes, sobre todo. Pronto interviene en dos periódicos y realiza una operación de muchos millones con una sociedad americana de vagones-cisternas... porque ahora orienta su amistad hacia la alta oficialidad americana. Pero sin abandonar por ello la de los altos funcionarios franceses. En sus salones se encuentran unos y otros. A su casa llega muchas veces un prefecto de Policía y gentes más importantes.

Como los negocios se multiplican, Laura Dissart decide establecer burocráticamente un cierto orden en sus cosas y abrir unas oficinas como ciales donde, como ya he contado a los lectores, el comisario Arnal ha encontrado unos documentos muy importantes, en la calle Castiglione. ¿Que hace allí?

Abarca toda clase de asuntos. Igual compra joyas que terrenos o cuadros. También parece que hace algunas operaciones de usura. Pero nada la detiene. Poco después de haber comenzado a funcionar la organización de la calle Castiglione, Laura Dissart está asociada a un productor de películas. Muchas relaciones en las altas esferas políticas, en el mundo de los negocios. Joven tocavía, bella y enigmática, la misteriosa mujer mira con sus ojos fríos a las gentes. En una reunión en su casa de la avenida Montaigne se habla de amor. «Los hombres no me interesan en absoluto», dice por todo comentario. Pero la sirven, podía haber añadido. Lo extraño es que, de una forma u otra, siendo tan destacada su personalidad durante la ocupación alemana, no se hable de ella. Tiene poderosas amistades, pero en 1948, cuando quiere marcharse a Colombia para llegar a un acuerdo comercial y establece una casa de exportación de café a Francia, una orden judicial la manda a la cárcel. En la mesa del juez está la copia del mandato. La Policía va a la calle Montaigne para oír esta noble noticia: «Madame está en el castillo.»

Y no es cosa de broma. Laura Dissart ha comprado una gran finca señorial en Surville, muy cerca de Montereau. En la lejanía de los días su verdadero rostro y su nacimiento están olvidados. Las gentes la conocen por «la castellana de Surville».

El caso es que la Policía llega hasta el castillo, y provisionalmente el viaje a Colombia desaparece. Un atestado de 70 folios, espera la resolución de los jueces.

«LA MUCHACHITA, QUINCE GRAMOS»

Unos meses en la cárcel. Interrogatorios sobre espionaje, negocios ilícitos, abusos... ¿En qué termina este primer asalto? Hay demasiada gente interesada en que no se hable de los negocios de Laura Dissart, así que por razones de salud se la concede libertad provisional, y más tarde la ley otorga el «no ha lugar». Pero durante los meses de prisión los negocios se han enredado. Porque estos negocios hechos de explotación de noticias que

sólo unos cuantos conocen, que es lo que las da valor, han buscado otros derroteros. Laura Dissart ha ganado muchos millones, pero ha gastado otro tanto. Las recepciones, el derroche, la compra del castillo, todo ha repercutido sobre una fortuna que debió llegar al millar de millones de francos. Todo se funde fácilmente.

Además, por si fuera poco, la salud se debilita. En Fresnes, al verla tan delgada, le ponen un mote: «La muchachita quince gramos.» Para establecerse se va



Llega al Juzgado, enigmática y fría, Laura Dissart para responder a las denuncias que se le han hecho

al campo con sus madre, que tiene setenta y ocho años. Y a Laura la siguen cuatro hijos. Hay un momento en que la fortuna se tuerce.

LA ESTAFA DE LOS 109 MILLONES

Le hace falta dinero, y, como hemos visto, no duda en entregar un cheque por tres millones y medio a una cuenta sin fondos. Lo curioso es que precisamente esos días intentaba, preparándolo cuidadosamente, un plan audaz: una estafa de 109 millones. La historia comenzó así:

Laura Dissart, que tenía numerosas amistades americanas, había conseguido hacer creer a Mauricio Sennecaux, director de la Sociedad General de Transportes que estaba en posesión de una opción de compra y venta de terrenos que serían cedidos al organismo militar americano de la S. H. A. P. E. (Estado Mayor Interaliado).

El negocio parecía sencillo. Lo más difícil de pensar era que los americanos la hubieran dado libertad de acción para comprar y venderles unos terrenos de tan-

ta extensión, pero dado que Laura Dissart le presentaba unos documentos firmados por el coronel Robert Stevenson, en el que afirmaba que «este departamento está dispuesto a comprar 140 hectáreas al precio de 500 francos el metro cuadrado en la villa de Stains, en el Sena», Mauricio Sennecaux se dispuso a entrar en el negocio. Hicieron las cuentas y las ganancias se calcularon en 300 millones de francos. Laura Dissart ya tenía comprados los terrenos... sólo faltaba pagar 109 millones... Luego no había nada más que transmitirlos al coronel Stevenson.

Si hubiera sido el padre de Mauricio, que está retirado de la Compañía hace unos años, quizá hubiera sido otra cosa; pero Mauricio creyó que hacia el mejor negocio de su vida. Así que, sin consultar a la Sociedad, se dispuso a dar todos los pasos. Para procurarse los 109 millones firmó unas letras, y cuando comenzaban éstas a circular, el infortunado Mauricio Sennecaux descubre que los terrenos de Stains comprados por Laura Dissart no han existido nunca. Nadie en la villa conoce las 140 hectáreas de Laura Dissart, y la gente se ríe de la broma que le han dado. Nadie puede imaginar e que se trata de una estafa de millones.

Para proteger los intereses de los accionistas de la Compañía, la Sociedad General de Transportes se declara oficialmente en quiebra, y el padre del director ofrece 24 millones de su fortuna personal para hacer frente a las operaciones urgentes mientras se extiende la orden de bloquear todos los valores puestos en circulación. Desde ese momento Laura Dissart está perdida. El escándalo es de tal magnitud que nada puede detenerle. El mismo Mauricio Sennecaux ingresa el 24 de noviembre en la cárcel bajo acusación de abuso de confianza.

Las investigaciones en torno al coronel Stevenson, que, efectivamente, parece conocer a Laura Dissart, proporcionan un nuevo y grave delito contra la aventurera: el de falsificación, porque la firma del coronel ha sido falsificada en el documento que se utilizó como cebo. Y falsificada sin ninguna preocupación de lograr un parecido.

Lo más fantástico en este recorrido por la vida de Laura Dissart es que, al hacer la Policía un detallado registro del castillo de Surville, aparecen los cargamentos más extraños. Entre ellos varias cajas de armas, material de guerra americano, paracaídas, un camión militar marca «Dodge» y un «jeep». Este fabuloso botín ¿a quién estaba destinado? ¿Qué significa? ¿Cuáles son verdaderamente las relaciones políticas francesas de Laura Dissart a las que seguramente iba dedicado este material?

A pesar de ser probablemente uno de los más importantes procesos de Francia, lo probable es que nunca se sepa nada. Hay que escuchar y oír a decenas de testigos. Hay mucha gente importante metida en el asunto. Sólo Laura Dissart, con su abrigo de astrakán negro, podría contarle todo.

TUYUIDAD DE LOS PASOS PERDIDOS

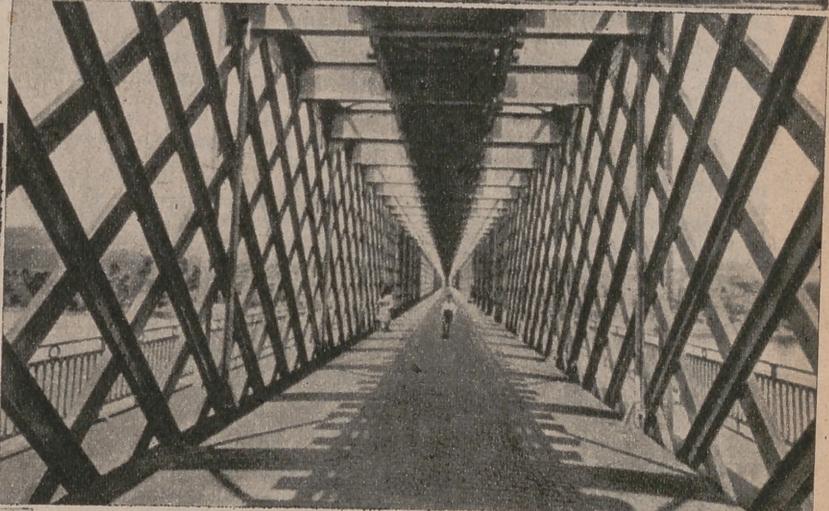


SU
FUNDACION
MAS ANTIGUA
QUE LA DE
ROMA



FRONTERA, REMANSO Y TIERRA SANTIDAD

DE SU INSTITUTO DE DALIDAD AGRICOLA- GANADERA ACABA DE IR LA PRIMERA PRO- MOCION DE BACHILLEREBORALES DE GALICIA



PARA llegar a Tuy, desde Madrid, hace falta echarse a la espalda seiscientos cuarenta kilómetros, y al final ya nos encontraremos en ese apéndice de Galicia donde el Miño cose con una aguja de agua a España y Portugal.

Si no se quiere hacer transbordo en Guillarey hay que seguir hasta Vigo y allí tomar un tren o un coche de línea, con el que necesariamente se entrará en Tuy de noche. Esto es un poco como si la ciudad le hiciera trampa al viajero y le preparara la emoción de su morbosa nocturnidad. Porque a Tuy hay que verlo así, de noche y sin luna, y el espectáculo, lleno de un misterioso encanto, se lo brindo al turista en la seguridad de que no ha de defraudarle. Claro que también si en una noche de luna se sitúa uno allá abajo, en San Bartolomé, y se mira hacia la eminencia donde está asentada la catedral, cuya pétrea mole parece atalayar el cielo, desde luego que la cosa tiene lo suyo y escalofriará hasta al más insensible a la belleza. Pero como ya explicaré más adelante, Tuy me gastó a mí la broma pesada de una noche como boca de lobo.

Cuando llego, más que frío, lo que se siente es una humedad fina, sinuosa, que se clava como cientos de alfileres de hielo.

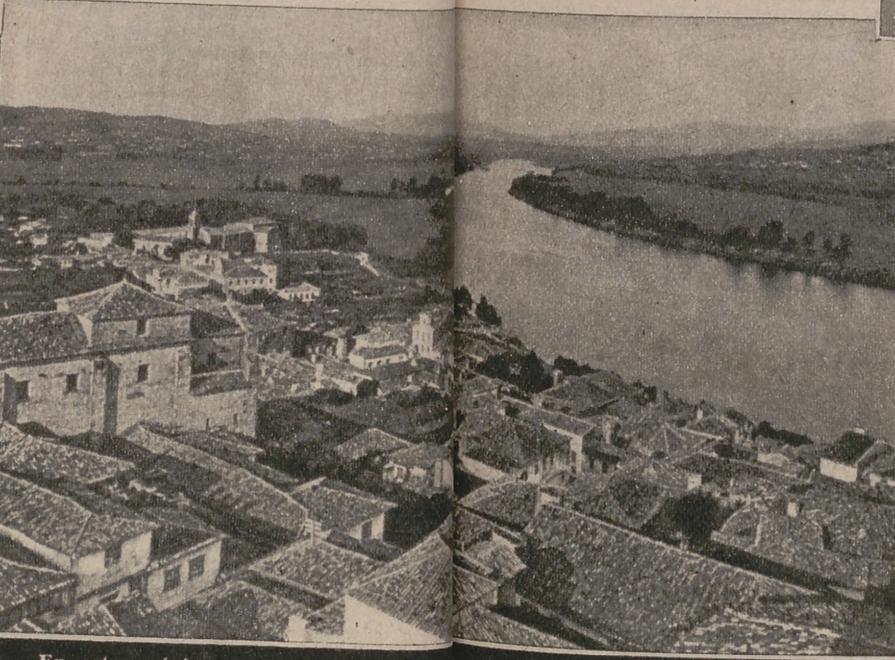
—Es la brisa del Miño, que sube. Los que somos de aquí, ya no nos damos cuenta. Usted tampoco la sentirá ya mañana, y, además, es sólo por la noche cuando sube—me explican.

Pero la cuestión era que se sentía rigurosa, implacable. Dejo en el hotel mis bártulos de viaje y salgo con prisa por encontrar

el alma de la ciudad, que imagino de contrastes violentos. Tuy es milenaria y su fundación cae en lo legendario y casi en lo mitológico. Lo podía haber cantado Homero, pues dicen que Diomedes, hijo de Tideo, rey de Etolia, errante por los mares desde la conquista de Troya, subió por el Atlántico al Miño y fundó la ciudad. Ahora, en esta calle principal, una bifurcación que hay junto al quiosco de la música se llama el Cantón de Diomedes en recuerdo de su probable fundador. Esta calle principal es un bulevar magnífico, perfectamente urbanizado. No faltan en él paradas de buenos taxis y los guardias de la circulación lucen llamantes uniformes. Las casas son de tres y cuatro pisos. El Casino es sobrio, y a través de los ventanales bajos se ve la nutrida biblioteca. Todo tiene el cuidado aspecto que corresponde a una ciudad fronteriza. Al final de esta calle, que se llamó tradicionalmente la Corredera y que ahora es la avenida de Calvo Sotelo, está el gran edificio, recién terminado, de Correos y Telégrafos. A dos pasos de este centro, y precisamente frente por frente a mi hotel, se encuentra el Seminario Conciliar.

UNA CARCEL COMO UN PALACIO

En la Corredera hay buenos comercios, y también está la plaza de la Inmaculada. Esta plaza es de gracioso contorno y hay en ella un quiosco que creí era de venta de flores, pero en el que se expenden sólo llamativas frutas. En el centro de la plaza está la estatua en bronce de fray Ro-



En estas páginas centrales damos diferentes aspectos del milenario Tuy. La parte baja de la ciudad, ceñida por el Miño. El puente internacional une a España y Portugal. La catedral-fortaleza. Asentado en un promontorio, Tuy parece una atalaya cara al mar.

—Un café muy caliente, por favor.

—Pero sí me entienden, y el café que me sirven me hace reaccionar. Al rato de estar aquí, y cuando ya mis oídos están acostumbrados, me doy cuenta de que yo también los entiendo, pues no se habla el dialecto puro, sino una mezcla de éste y de castellano en fabulosa jerga. Al café van llegando algunas mujeres, que se sientan en las tertulias masculinas para seguir las partidas de sus maridos. Creo que algunos juegan a las siete y media.

—Me planto.

—Paso.

—Todo es mesurado y sin estridencias. Gentes que aun se permiten el lujo antiguo de disputar por pagar las consumiciones.

—No, no; pago yo.

—Nada de eso. Soy yo el que pago.

De cuando en cuando llega algún chiquillo embozado en abrigo y bufanda:

—¿Es el Ayuntamiento?— pregunto a un guardia.

—No, señorita, es la cárcel.

Y necesariamente profiero una exclamación de asombro, pues no se encuentra todos los días una cárcel con hechura de palacete y sirviendo de adorno a una plaza céntrica.

Pasan acelerados coches de matrícula extranjera, pues el puente internacional se cierra a las nueve de la noche. El guardia mueve sus brazos como aspas de molino. Por un momento pienso que debe de ayudar a combatir la humedad ese ejercicio de encauzar la circulación, pero, a pesar de eso, no dejo de sentir lástima de ese pobre guardia que ahí, a la intemperie, se enfrenta estoico con la dichosa brisa del Miño. Yo ya, desde luego, me siento incapaz de resistirla un momento más. Estoy casi congelada. Entro en el café Aloya, que lleva el nombre del famoso monte en cuya falda se asienta Tuy.

En este café sólo oigo la dulce «fabla» galaica. Creo que no me van a entender, pero lo intento:

«Pañ, que ha dicho «nai» que ya está la cena.

Yo también tendría que ir a cenar. Pero antes necesito ver la catedral. La quiero ver así, de noche. La letra impresa hace tiempo que me dió la medida de su grandeza. Hoy puedo verla ca-

ra a cara y no quiero desaprovechar un momento.

LA SOMBRA, EL ACOLITO Y YO

Dejo, pues, el ambiente pueblerino del café, que es únicamente donde se nota que Túy no es capital. En tiempos, sí lo fué. Capital de una de las siete provincias del antiguo reino de Galicia. Las calles están ya silentes. La gente bien está a estas horas en el Casino, en el cine o en otra sociedad de gran raigambre en Túy, que se llama la Juventud Artística. Preguntando dicen que se va a Roma. Preguntando a gentes rezagadas que volvían con premura a sus casas, yo también voy dando con la ciudad antigua. Es sólo una raya, un paso. Junto a las casas viejas conviven los edificios del Túy moderno. La catedral está en el punto más alto de la ciudad. Subo unas escaleras de piedra carcomida por los siglos. Paso por un cine. Su buena iluminación y sus porteros me dan ánimo para adentrarme en las callejas. Pero nada más volver la esquina del cine es como si me sumergiera en una ciudad muerta. Ciudad de los pasos perdidos. No sé por qué se me viene esta denominación a la cabeza. Sí, esto, esto. Parece que estoy ahora en una ciudad donde los pasos se pierden en cualquier recoveco de encantamiento. En esta ciudad vieja está la Casa Consistorial en plena reconstrucción. Ando un poco más y encuentro la catedral, que ha sido a través de la Historia raíz de Túy. La sede tudense había tenido santos como San Epiacio, hombres de acero como el obispo don Lucas, que en el Concilio lucense fustigó con su dialéctica a los albigenes. Otras veces tuvo obispos levantiscos o justicieros, y ahora tenía un obispo de sabia ciencia, el doctor López Ortiz, profesor de la Universidad Central y vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Esta catedral, con aspecto de fortaleza medieval, a la que no faltan sus almenas y sus troneras, data del siglo XII y se empezó en románico y terminó en gótico. Su piedra es mayestática, blanca, austera. Mal se comprendería aquí la pompa mediterránea

y barroca de un cardenal Benlloch. Parece hecha para monjes ascéticos o iluminados, o para que un Pedro el Ermitaño predicase desde su atrio las Cruzadas. Ante ella el alma parece que se queda en suspenso. Pero hay que volver a la realidad, y cuando me doy cuenta del silencio y de la soledad que me rodea, empiezo a intranquilizarme. Verdaderamente, el paraje es tenebroso. Creo que empiezo a tener miedo. Unas chicleas pasan corriendo, diré como gacelas, pues me duele compararlas con almas que llevara el diablo.

—Esperad un momento—les digo.

—No podemos. Tenemos prisa. Y desaparecen veloces. De pronto, de no sé qué rincón surge un bulto. Entre las sombras, la cosa es una sombra más. Retrocedo. No puedo olvidar que estoy en Galicia, tierra que, como Irlanda, tiene el lastre céltico de apariciones y consejas. Pero a la sombra le nace voz en unas triviales palabras.

—¿Se le ofrece algo, señorita? Respiro tranquilizada. No es un ánima, sino el acólito mayor y encargado de vigilar las obras por la noche, pues la catedral está reparando sus claustros. El bueno de Luis Piña, que es tudense y sabe lo suyo de la catedral, se ha convertido ahora en mi cicerone.

—Venga por esa otra fachada. Allí hay luz y podrá ver el pórtico, que por su belleza es único en Galicia.

Efectivamente, este pórtico valdría por sí solo para encauzar hacia Túy el turismo. A su izquierda, adosado casi a él está el palacio del señor obispo.

La voz de Piña sigue diciendo:

—Mire esas callejas; por allí hay arcos y pasadizos. Por aquella otra calle están las monjas «encerradas».

—¿Encerradas?

—Sí; aquí les llamamos así a las de clausura. Y por allá, al fondo, está Portugal. ¿Ve las lucas?

—Sí. Y dígame, ¿habrá muchas leyendas en Túy?

—Muchas. Las viejas creen que bajo el Miño hay un túnel que lleva a Portugal. Y, además, cada calle tiene su historia; algunas son como cuentos de hadas.

De la catedral llega el ruido de unos martillazos.

—Es que los obreros trabajan también de noche.

Cuando vuelvo al hotel, el Seminario está aún encendido. En el comedor y en el hall, y también en un pasillo, grandes retratos de Su Santidad Pío X.

—¿Por qué esta profusión? —pregunto.

—Pues porque aquí vienen muchos sacerdotes.

En el comedor comparten la misma mesa un canónigo y el segundo jefe de Policía. Ceno el clásico caldo gallego y las también clásicas «vitrás» al horno.

TUY A LA LUZ DEL SOL

Dicen que Galicia es plomiza en esta época. Aun no he tenido tiempo de comprobarlo. Pero lo que sí puedo afirmar es que Túy, que es, naturalmente, parte integral de esta región, de día es luminoso. Causa pasmo contemplar su paisaje. Duelen los ojos de mirar con tanta avidez esta maravilla. La ciudad da la sensación de estar edificada sobre un promontorio. Altibajos por todas partes, como este de la Glorieta, que es un bellissimo paseo colgado milagrosamente sobre el paisaje. Allí abajo se ve el Miño, que al llegar frente a la ciudad se ensaña y, a pesar de su caudal, toma aquí serenidad de lago. A su orilla está Santo Domingo, bello templo ojival; más allá, San Bartolomé, románico y primera catedral que tuvo Túy. Se dice que en este templo el arzobispo Gelmírez cantó un tedum cuando volvía con sus tropas de arrancar a los portugueses una reliquia de Santiago, que en no sé qué lance de guerra se habían llevado. La sede tudense fué creada en el 1218. Y resistió guerras y pillajes. Por aquí pasaron los normandos, que destruyeron la ciudad; los suevos y los visigodos, y aquí existe el Pazo de Reis, palacio que dicen habitó Witiza, que, según las crónicas, tuvo aquí su corte.

A la espalda de Túy está el monte Aloya o de San Julián, monte del que hay la tradición de que si un Papa apretara entre sus manos un puñado de su tierra, ésta manaría sangre de mártires de los cristianos inmolados en él cuando la invasión árabe. Desde este monte se divisa el Atlántico y grandes extensiones de valles, como el del Rosal. El Aloya tiene la misma altura sobre el nivel del mar que la Puerta del Sol de Madrid. Su espléndida repoblación forestal, su zigzagueante carretera y sus miradores instalados sobre colosales peñas de granito son obra del ingeniero don Rafael Areses Vidal.

Pero si a la espalda de Túy está el Aloya, enfrente se alza el portugués monte de Faro. A su derecha, casi a dos pasos de Túy, las murallas de la plaza de Valença do Miño, y lejos, muy lejos, allí donde la vista no alcanza, está Camiña, ciudad de la que fué conde por un favor hecho al Monarca portugués el bastardo Pedro Alvarez de Sotomayor. «Pedro Madruga», personaje audaz, representación de feudalismo gallego y cuyo recuerdo



En el Hogar Comarcal, hoy «Rosendo Salvado», los niños acogidos a él juegan alegremente

aún parece vivir en Galicia, pues desde que se entra hasta que se sale de esta región se oye constantemente hablar de «Pedro Madruga», a quien llamaban así porque sus correrías guerreras las llevaba a cabo de madrugada. Túy supo mucho del arrojito de «Pedro Madruga» y de su mayor escándalo cuando hizo prisionero al obispo de esta ciudad, don Diego Muros, y se lo llevó en una jaula a Portugal.

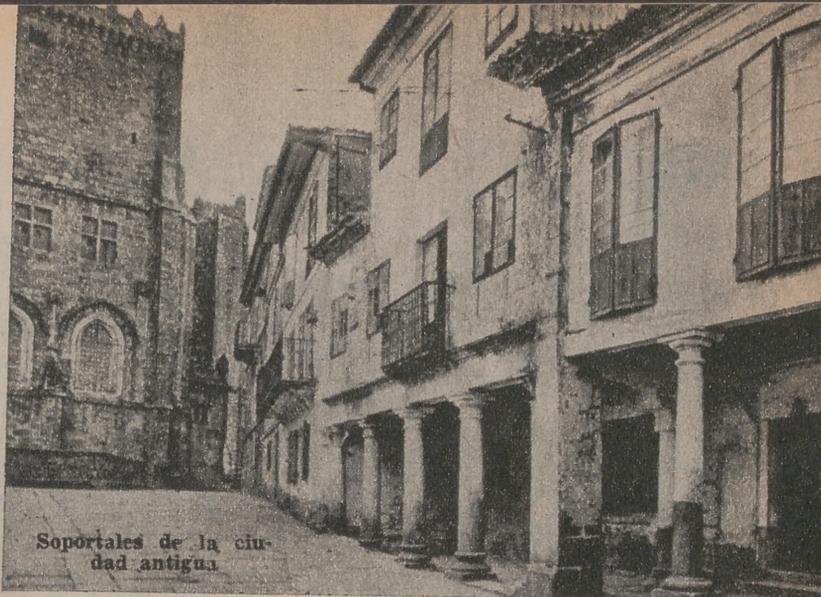
LAS PARADOJAS DE SAN TELMO

Túy tiene toda una larga lista de santos: San Pelayo, San Hermigio, San Evasio fueron tudenses, pero el Patrono es San Telmo, castellano, valentino. Y el único santo que yo conozco con apellido corriente. Se llamaba Pedro González Telmo y luego pasó al santoral como San Telmo sólo, pero aún aquí la gente de las aldeas le dice San Telmo González. San Telmo, que nació tierra adentro, es, sin embargo, el Patrono de los navegantes y, por paradoja, también se le venera en Sevilla, aunque no era andaluz, y en Galicia, aunque tampoco era gallego. Fué confesor del Rey San Fernando y le acompañó en todas sus batallas. Dicen por Túy que podría ser el Patrono de los capellanes castrenses. Desde luego, en toda esta comarca es la máxima devoción. El pintoresco pueblo de Ribadelouro sabe bien de la peripecia que hizo posible que el cuerpo de San Telmo se conserve en la catedral de Túy, pues cuando el santo cruzaba este pueblo para abandonar la comarca tudense, se sintió repentinamente enfermo sobre el pequeño puente de «Febre» y quiso volver para morir en Túy. Ribadelouro conserva este puente como una reliquia.

Es raro, pero es así: Ni el paso del tiempo, ni la vida moderna, ni su situación de cruce internacional han podido arrancar a esta ciudad su tremendo espíritu religioso. Túy es remanso para el alma y lugar para la meditación. Aquí yo he oído hablar no ya de ser buenos cristianos, sino de hacerse santos. ¡Dios mío! ¡Santos mientras en otros sitios se piensa en la bomba de hidrógeno! ¡No es maravilloso esto? Pues sí, amigos, así es Túy y cuando se sale de él necesariamente ha de llevarse consigo un gran bagaje espiritual.

Aquí también, en el convento de las Doroteas, estuvo de religiosa hasta su ingreso en unas Carmelitas de Portugal, Lucía, la vidente de Fátima.

En cuanto a su Seminario es asimismo como el centro de la vida de Túy. Tiene doscientos veinte seminaristas con su cuadro de expertos maestros para hacer ministros de Dios. Es un Seminario joven, cuya juventud se nota en los estirones que da su edificio por ser insuficiente cada día. Uno, dos, tres cuerpos nuevos se han agregado al antiguo convento de San Francisco, donde está el Seminario. De sus aulas salieron sacerdotes sabios y santos, obispos, arzobispos. La-



Soportales de la ciudad antigua

go Gonzales es una gloria del Seminario tudense.

El paseo de los seminaristas da color a la ciudad. Salen por secciones. Pasan graves los teólogos, menos graves los filósofos y coloradotes, asomándose a flor de ojos la travesura, los latinos casi niños aún. Algunos son tan pequeños que está una segura de que en cualquier apuro aún llaman a su madre. «Los latinajos», les denomina cariñosamente el canónigo y profesor del Seminario señor García de la Rasilla. Los filósofos van a dar catecismo a los niños acogidos en el Hogar comarcal de Auxilio Social. Los días de fiesta se llevan a estos niños a jugar algún partido de fútbol o de baloncesto al patio del Seminario. Y la algarabía y el alborozo del juego se oye hasta en la calle. También los maristas tienen aquí su casa de formación. Y es que Túy es ciudad apropiada para el estudio de la ciencia de Dios.

LAS «RAYANAS»

En Túy no hay guarnición, como tampoco la hay al otro lado.

en Valença. Hay, sí, Comandancia de Marina, y por las calles pasean unos pintorescos marineros, que yo llamaría «marineros de ribera». «El Cabo Fraga», barco viejo ya, se balancea en el Mifio, vigilante siempre.

—¿Sigue habiendo contrabando?—pregunto.

—No, ya no. Lo que hay son las «rayanas».

—¿Y eso que es?

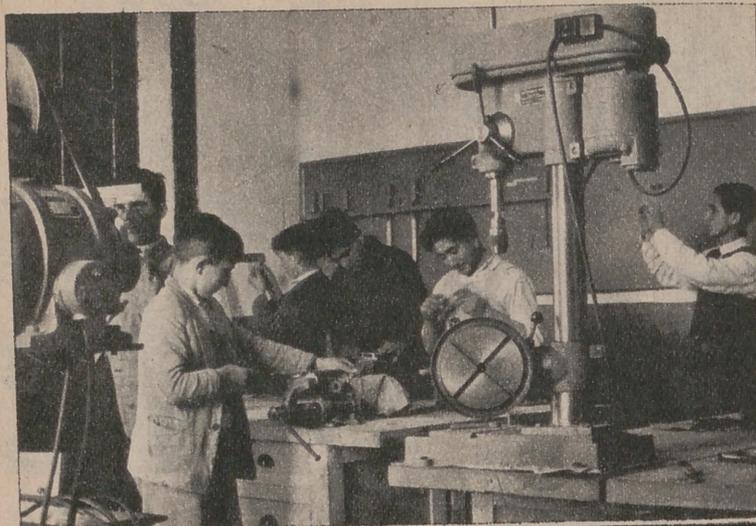
—Pues cuatrocientas cincuenta mujeres autorizadas por la Dirección General de Seguridad para cruzar la frontera con mercancías.

Efectivamente, hay «rayanas» portuguesas y «rayanas» españolas, que todos los días entran y salen de Valença a Túy y de Túy a Valença, en este intercambio comercial de productos libres. Se traen y se llevan huevos, telas, legumbres, verduras, pescado. Pero claro, es inevitable que muchas veces se pase café de «matute».

El puente internacional es un imponente molde de hierro. En medio, el paso de vehículos; a los lados, los peatones; y sobre él, la vía por la que circula el express



En este edificio, que fué antes convento, está instalado el Instituto Laboral



En los talleres del Instituto Laboral, los alumnos hacen ejercicios prácticos

Oporto-La Coruña, al que aquí llaman «el portugués».

Cuando yo paso este puente son las tres de la tarde. El Miño está como bruñido. Muy cerca de Túa hay una lancha con hombres en mangas de camisa.

—¿Son españoles?—pregunto a un carabnero.

—No, son portugueses. Es que están cogiendo arena para edificar. Cuando es para eso sí les dejamos que se acerquen, pues en su parte tiene muy poca. Pero para pescar, no.

Por dentro del puente, ni un alma a esa hora. El eco me devuelve el sonido de mis propios pasos. Al fondo, una puerta gris. Sobre ella los colores lusitanos y una gran inscripción: «Portugal»

Ya en tierra portuguesa, la misma dulzura, la misma melancolía del alma galaica que dejé en Túa. Entró como por mi casa. A un lado hay carabineros de llamativos uniformes, pero hablan con un campesino y sólo se molestan en hacerme un amable saludo. Voy yo misma a la Policía internacional a enseñar mi salvocducto. Pero el policía no está. Al fin le veo venir, crondo,

sonriente. Todo el mundo aquí se deshace en una obsequiosa finura y vuelvo a encontrar, repito, lo que dejé en tierra gallega, el suave acento, la hidalguía, un mismo modo de ser.

Cuando atravieso otra vez la puerta de Portugal los canónigos de Túa deben de estar entrando a coro, pues el Cimbalillo y la Santa María tocan solemnes y acompasadas. El sonido de las campanas parece que rueda hasta lo profundo del río. Este está tan límpido que los arrabales de la ciudad se reflejan en él.

«¡Ay, río Miño, río Miño con riberas de saudades!»

El Miño aquí se puede decir que es un río anfíbio, en el sentido etimológico de la palabra, porque tiene vida de agua salada y vida de agua dulce. Todos los días sube desde el Atlántico, desde La Guardia, agua marina hasta él en esta parte de Túa, donde corre silencioso y lleno de majestad. Pero allá abajo, en la provincia orensana, en el salto de los Peares, al Miño se le ha empuzado a quitar su literatura para arrancarle la fabulosa ener-

gia de 400 millones de kilowatts a la hora.

Ahora encuentro por el puente a muchos portugueses que van cargados de paquetes.

—Boas tardes.

—Buenas tardes.

Cuando ya piso tierra española pregunto:

—¿Qué vienen a comprar esas familias portuguesas?

—Pues cosas de Navidad. Les gusta mucho nuestro turrón y también un mazapán especial que se fabrica aquí en Túa. Son unos trozos grandes y en forma de triángulos y se llaman «galeiros».

Se me olvidaba decir que en Valença do Miño oí cantar en una radio una canción gitana de Luisa Ortega. Cuando vuelvo a Túa, el chófer del taxi que me lleva desde el puente internacional a la ciudad, silba «Coimbra»; ese fado que no por ser de exportación deja de tener la suave cadencia de la canción portuguesa. Y por un momento pienso que la «saudades» gallega y la «saudades» lusitana son hermanas gemelas.

LA CASA DE CALVO SOTELO Y LA VIDA ACTUAL

En la parte antigua, en cada bocacalle, escudos de los Sarmientos, de los Correas, de los Sotomayor. Con casas «engrasadas», dicen los portugueses. Quizá las llamen así por su rancio abolengo. Es toda una prosapia en granito; y detrás del granito, las personas del Túa actual. En una casa de la Corredera, codo con codo con el balcón de mi cuarto, tan cerca que puedo tocar sus letras con mi mano, hay en un escudo nobiliario, sino una lápida en honor al talento y a la valía de un hombre. La lápida dice: «En esta casa nació el 6 de mayo de 1893, el excelentísimo señor don José Calvo Sotelo. Homenaje de sus paisanos. Agosto 1929.»

En Túa hay una gran inquietud intelectual. Asombra esto y quizá se deba a que estas ciudades de ensoñación son propicias a la sapiencia y a las letras. En la confitería de Rosendo, que tiene adentro una especie de bar recoleto, se reúnen en una tertulia con visos de literaria, el comisario Cañenas, que es abogado también y brillante conferenciante; el juez comarcal, Ballesteros; el segundo jefe de Policía, médicos, abogados, etc.

En cuanto a un erudito puro lo encontramos en el canónigo magistral y profesor del Metafísica del Seminario, don Basilio González; claro que don Basilio, siguiendo el espíritu ascético de la ciudad—él es también de la comarca tudense—tiene ribetes de místico moderno.

Pero el esparcimiento y la afición de los tudenses es la pesca. No solamente en el Miño, del que ahora España y Portugal están estudiando un tratado para la ordenación piscícola, sino en los ríos Louro y el de San Simón, este último el mejor río truchero de España. Todos los domingos, en cada uno de estos ríos se sitúan de cuatrocientos a quinientos deportistas fluviales. El espectáculo resulta inolvidable.



Varias veces al año, en diferentes fiestas patronales, los gigantes y cabezudos recorren las calles de la ciudad



La ciudad de Tuy desde la orilla portuguesa

Trucha marina, trucha indígena y salmones a los que se ve a simple vista a través del agua límpida y entre las piedras de cuarzo.

Pero Tuy no puede tener industria. No puede tenerla, porque lo prohíbe el Tratado de Fronteras. Sólo se le ha permitido una fábrica de galletas y, ¿cómo no?, el gran laboratorio instalado en el pazo de Rebordanes por el Instituto Rosell de Lactología. El eminente bacteriólogo don José María Rosell, a pesar de su ancianidad, trabaja activamente con sus colaboradores. El «Espasa» dedica unas páginas densas al nombre de este investigador. Y con razón. En Canadá, en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Montreal, en Oka, existe, desde 1932, lo que se llama el Instituto Rosell de Lactología, que fué organizado por este ilustre español en colaboración con el Ministerio de Agricultura de Quebec. Desde este Instituto se introdujo en toda América del Norte el «Yugurt». Ahora el Instituto Rosell de Tuy tiene también laboratorios en Estados Unidos y en Portugal. Pero ya el doctor sólo quiere vivir en la paz de esta ciudad de Tuy. Aquí trabaja y labora con todo el entusiasmo de sus años mejores.

—Ahora el doctor Rosell me está preparando un enérgico ácido glutámico para los niños retrasados mentales—me dice don Bernardino Martínez, Delegado Comarcal de Auxilio Social y Jefe del Hogar «Fray Rosendo Salvado».

Este Hogar tiene 350 niños huérfanos en régimen de internado. Se les enseñan oficios, y al que despunta por su talento se le da una carrera.

—Hemos mandado este año uno a estudiar carrera universitaria a Madrid. Otros han tenido vocación religiosa. Tenemos tres en Comillas y dos en los capuchinos de Vigo—me sigue explicando don Bernardino.

EL CASO DE SERAFIN GANDARA

Tuy también cuenta con un Instituto Laboral de modalidad agrícola-ganadera, que fué uno de los quince primeros creados

en España y el primero de Galicia. Es un edificio inmenso y en él reciben enseñanza ciento cincuenta alumnos. Ahora acaba de salir con el título de bachiller laboral la primera promoción, que entró en el año 1950. Los talleres y las aulas están montados con todos los adelantos modernos. En las hectáreas de que dispone el Instituto se les enseñan ejercicios prácticos agrícolas.

—Hemos hecho este año un ensayo para el cultivo de la alfalfa en la comarca—me dice el director del Instituto, don Gonzalo Alvarez Besada.

—¿Y ha dado buenos resultados?

—Excelentes. Y lo más simpático es que lo hemos hecho en parcelas ofrecidas por los padres de los mismos alumnos.

El señor González Besada me cuenta después una emotiva anécdota.

—Verá—me dice—: El caso más claro de vocación al estudio que yo he visto ha sido el del muchacho Serafín Gandara. Fué uno de los primeros que entraron y tenía que venir desde la aldea de Caldelas, que está a ocho kilómetros. Imagínese que tenía que andar al cabo del día dieciséis kilómetros en la venida y la vuelta. Pues a pesar de eso jamás faltó a clase y además llegaba tan puntual como aquellos que vivían dentro del casco de la ciudad. Después el Ayuntamiento le regaló una bicicleta. Ahora, con su bachiller laboral ya terminado, ha podido ingresar sin siquiera examen en la Escuela de Peritos Agrícolas de Madrid.

Y callamos los dos, porque la emoción nos ha anudado la garganta.

Este Instituto Laboral tira su periódico: «Tuy». En la portada, con una acertada composición fotográfica se ha logrado poner frente a frente la fachada del Seminario y la fachada del Instituto Laboral. Es como un símbolo: la docencia de Dios y la docencia humana. También se dan clases nocturnas para adultos en cursillos de capacitación agrícola.

El señor González Besada termina diciéndome:



El típico callejón de Caniçouba. Al fondo, Portugal

—Estoy satisfecho de la marcha del Instituto y de los muchachos. Da alegría ver con que ilusión aprenden. Estos Institutos son unas de las obras más hermosas del nuevo Estado. Estoy contento, muy contento—termina el director.

Yo también estoy contenta de haber venido hasta esta ciudad de nombre pequeño pero de espíritu mayúsculo. Tuy no es ninguna broma y merece la pena recorrer esos cientos de kilómetros que hacen falta para llegar a él. Siento pena al marchar, pero me apremia el tiempo. Tengo que irme camino de las Rías Bajas.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial.)



EL IMBECIL

NOVELA

Por Tomás PAN

(Debajo de este sol rojo y sobre esta tierra pudieron ocurrir estas cosas y otras muchas, no muy diversas de las que suceden en otras partes, mientras cada hombre y cada mujer vive su plazo.)

I

QUIZA por indolencia o porque un papel sucio se deja caer en un sitio recogido, como un rincón penumbrado o sombrío o un agujero tolerante y propio, o mejor aun en el hueco espacio que queda entre el calentador y el muro, y este papel sólo estaba manchado (pero no de jugo de fresas, aunque así pudiera parecer en un principio), él, Jenkis, lo dejó caer por uno de los balcones abiertos que permitían el paso de luz, y aire, y polvo, y algún que otro insecto atontado o hambriento, o perseguidor de su correspondiente hembra, y ruidos estridentes y lejanos y más suaves, en aquel despacho, en que se encontraba solo ahora.

Y cuando volvió ella (ella ya había salido), no tuvo motivos para pensar que lo que había ocurrido era solamente eso. Ella no hubiese dicho «solamente eso» en caso de descubrirlo (el papel

manchado que él había dejado caer por el balcón hacía un poco), e imaginarse la escena o de presenciaria accidentalmente al acudir llamada o empujada por algún motivo inexplicable, o bien por un incierto presentimiento o con la vaga sensación de haber oído el timbre (cualquier timbre, porque cualquier timbre le hacía pensar que él la llamaba, y no la llamaba o decía que sí y tráeme esto o lo de allá; pero sólo por un sentimiento delicado—él era delicado—y como para animarla, para no desanimarla y hacerla sonreír, no porque ella estuviese en estado u otro trance que requiriese especial consideración por parte de él, sino por otra razón). (No dejen ustedes de tener en cuenta que él era delicado y, por otro lado, honesto.)

Ella hubiese dicho otra barbaridad.

Pero él estaba totalmente cierto de haberlo arrojado por algún balcón.

Así que, sin inquietud, dijo «hola, querida» a las siete y nueve, y empezaron a hablar y a tomar el té, y, «naturalmente—decía él—, aun cuando inmóviles y embellecedores, los obeliscos no pueden competir con los monumentos de declarado carácter monumental, menos simbólicos y más expresivos que ellos. Figúrate que un buen día una asociación pietista me encarga la erección de un grupo conmemorador de un vínculo beatífico remoto, ¿sabes lo que haría?» Y cuando ella dijo «No», él dijo: «Verás y trae un papel». Y ella se levantó a por el papel, rodeando la mesa y pasando por delante de él con sus caderas a la altura de su pelo (unos meses antes no, pero entonces ya llevaba tacones altos).

El, ahora que pensaba, no recordaba le hubiese dado razón alguna—de hecho no se la había dado—de esta nueva medida, aunque nunca, que él recordase, había dejado de contarle los motivos que tenía para modificar la disposición del mobiliario y de algunos ceniceros y otros enseres. Como cuando le dijo lo testaruda que era la mujer de aquel sujeto que les presentó en la última velada el amigo de Jonny Wilson Himmelbrode, el último retoño de Jonny Wilson Pull, el dueño de la mayor parte del distrito de Humber.

(Ustedes, sin duda, habrán consumido las latas de guisantes almirarados «Pull»; el de eso es Jonny Cilson Pull, y su hijo—su último retoño—es el que no se mató en ninguna carrera—como sus hermanos—y luego estuvo un fin de semana, el último, con los Jenkis, y el amigo de Jonny fué el que les presentó a la mujer de aquel sujeto—se puede pensar que intruso—, de la cual ella le dijo a él en alguna ocasión que era testaruda porque la quiso convencer de que los marcos nunca se debían colocar cerca de los relojes, y a continuación había apuntado un clavo muy pocos centímetros más abajo del suelo del reloj y lo había metido en la pared con ayuda de un tarro de fondo grueso, y después, colgado una miniatura.)

Y viéndola (después de que pasara ante él—que fué cuando pensó todo esto—, vestida exactamente casi como en otra ocasión [pero en la que sus caderas—por entonces, mucho antes de todo, no llevaban tacones—quedaban justamente a la altura de sus cejas], y, además—y esto fué lo que había pensado antes de todo, pero le había pasado inadvertido este pensamiento—, el pelo, más bien corto, daba a su cara un aspecto más tierno, más desusado [ella era desusada por lo regular de su constitución, etc., y lo rojizo de su pelo y pecas]), hizo un fugaz repaso y comparó los años aquellos y éstos, y luego le vino a la memoria el papel (sólo el papel y no lo que había ocurrido, porque realmente no había sido nada. Nada). Y entonces, casi coincidiendo, ella dijo desde su espalda, o sea desde detrás del respaldo del asiento del escritorio:

—¿Y por qué has quitado el veintiuno?

Y él no contestó inmediatamente, porque cuando lo fué a hacer advirtió que iban a ser frases largas, y tal vez preocupadas, las que estaba a punto de pronunciar que eran: «No sé, mujer. Qué preguntas haces. No sé por qué he quitado el veintuno. ¿Qué de particular tiene el veintuno?»

Y, en lugar de esto, contestó:

—Porque era el que estaba encima.

Pero después se acercó a él con el calendario de mesa en las manos y le explicó cómo la hoja veintuno contenía las anotaciones de las llamadas que había recogido aquella tarde.

Muchas veces él podía tomar por histerismo algunas de las expresiones altas y sobrecargadas de ella. Entonces se callaba y miraba los dibujos de su vestido, mientras, hasta el final. Esta vez trataba de fijar, después de haberlo adivinado, la marca del perfume que ambientaba su pelo, su cuello y sus oídos, y al mismo tiempo recordaba con cierta intranquilidad que la puerta, aunque cerrada, no dada la llave, podría haberse abierto siempre y cuando uno cualquiera—ella, por ejemplo—hubiese tratado de entrar (o visto desde afuera la entrada de la telefonista).

II

El viejo errabundo Snakes volvía de coger la trucha—no inferior a tres libras—que le servía para cubrir el almuerzo junto con parte de una lata de guisantes almidarados «Pull», de a dólar, y la torta que su compañero freía en la grasa sobrante de todos los días anteriores, que ya era un conglomerado oscuro y casi semoviente, mitad restos y mitad grasa y más restos, pero en lo que al fin se freía o quemaba, y él entre tanto, recorriendo el trecho que había desde el refugio al lugar del río, no cercano ni lejano, donde Judy le esperaba, iba hablándose por entre los dientes putrefactos, a través de los cuales las sílabas surgían todas violadas e infectas y malparadas, o resbalando algunas que otras sobre las resbaladizas y sinuosas superficies de las flemas y burbujas, de modo que se daba el caso de oírsele unos sonidos como de gargarismo y croantes (sin llegar plenamente a ello), por lo que la voz—al fin voz—del viejo errabundo Snakes sonaba así, y las ranas le hacían caso.

«Sí, Billy—se decía—, O Maley ha vuelto. Tú ya decías que tenía que volver. Y ahora ya está. El puercoespín de Mac Gregor no se lo puede imaginar empobrecido e imbécil como está. Pobre Mac Gregor. Así que han llegado y se han metido en la jaula él y sus retoños, o lo que sean. ¡Eh!, Mac Gregor, viejo puercoespín... O Maley ha vuelto. ¿te enteras? Ha vuelto [había gritado, agitando los brazos y manos]. [Y alguna rana croó por algún sitio.] [Y Mac Gregor no estaba allí.] Y el errabundo Snakes continuaba hacia el río, sonriendo no ampliamente ni tampoco encubiertamente, sino con un gozo interno y que sólo los troncos de los abetos y los alerces y los ojos de los castores y las ardillas grises, y también las chotacabras, podían apreciar, descubriendo la insinuada curva, apenas perceptible, que desarrugaba una parte de su cara mientras arrugaba la otra. E iba diciendo: «¿Ves esa loma cubierta de pinos jóvenes aun, como éramos nosotros cuando llegamos aquí y vimos el lago y observamos la otra orilla y tanteamos la caza, que casi estaba paseándose por entre los pelos de nuestras narices, y orejas, y barbas, de manera que casi no tenías otra cosa que hacer que estornudar... (y ya estaba en el río, y metido en él con las mangas de su camisa negra subidas y diciendo en un susurro [con la voz rozando el agua para que ella escuchase mejor], mientras recogía hilo: «Ven, hija, ven. Tu familia no te echará de menos. Ven, hija mía, ven. Dcht, dcht, dcht...») ...y venían a parar a tus pies los podencos, y las chotacabras, y los estorninos?»

*«Ven, Judy, a mis honestos brazos
Y tendrás la rosa roja
Que te prometí la última primavera...»*

cantaba Snakes y algunas ranas cuando volvía hoy con la dócil trucha—no inferior a tres libras.

«¡Mac! ¿Lo oyes?—Mac había llegado ya—. ¡Ha vuelto! Vamos a ajustar las cuentas al viejo zorro. ¿Lo oyes? ¿Eh? ¿No? ¿No? ¿Eh?» (Y alguna rana más croó por algún otro sitio.)

Mac ya estaba recostado en su inmanente actitud de espera eterna. (O estaba así o no estaba.) Cuando no estaba, era que se había ido a vagar por algunos sitios apartadísimos. (Realmente el errabundo era Mac y no Snakes; pero la gente nunca les veía juntos, y llamaba errabundo a cualquiera de los dos que veían.) Dos o tres días yendo, Una o dos noches andando. Como un muñeco cojo. (Mac estaba cojo.) Meciendo sus hombros como un títere, y los brazos como un títere. Y cuando volvía todo maloliente y con la barba plagada de insectos, se recostaba en su catre y dormía un día y una noche.

Ahora, Mac estaba terminando de dormir su noche.

Y Snakes guisaba la trucha.

*Ven, Judy, ven
Y no defraudes mi espera
Y tendrás el collar azul
Que te prometí, la última primavera...*

Y cuando Mac acabó por mover algún miembro, Snakes le dió el pote en el cual había triturado la otra parte de la trucha, y la torta, y los guisantes, y dos pocos de ron, todo bien mezclado y suficientemente líquido para que pasase sin dificultad a través de una caña y llegase a la pobre epiglotis de Mac, y circulando por los correspondientes conductos hiciese funcionar su metabolismo hasta producirle deseos de evacuar (lo cual—esto último—era importante, según había dejado dicho el médico que había visitado a Mac una vez, hacía tres años). Porque Mac, aunque imbécil desde su advenimiento al orbe, no era desde allí paralítico—de cuello para arriba—, sino porque cuando O Maley, saliendo por la puerta, casi nunca usada, del corredor de atrás, que daba directamente al lago, empujó a Mac, que estaba allí puega que escuchando u oliendo o viendo, y cayó al agua (que en aquella época [ésta fué una de las primeras discusiones—o sea hacía finales de noviembre—] bajaba a los dieziséis), sufrió primero un estado apopléjico agudo, pero luego empeoró y se quedó así. (Hacia primeros de diciembre—dos o tres días antes del nueve—[el nueve fué cuando llegaron los ingenieros que había llamado él, pero que Snakes despidió el mismo día], fué cuando O Maley se marchó con la mayoría del efectivo, dejando un recibo de todo ello y una carta; de lo que se sacaba en limpio que haría construir la presa, por encima de todo.)

«¡Mac! ¿Me oyes?—(Había estado hablando todo



el rato y ahora continuaba.)— El, Herbert O Maley, ha vuelto. ¿Lo oyes? (Lo había dicho mil veces.) Después de veinte años de fatigas y sopeando juntos las ganancias que engordaban nuestro negocio... Y se le ocurre construir una presa. Una presa. ¿Tú te das cuenta de la locura? Construir una presa. Miles y miles de dólares por una presa.» (Y seguía hablando.) Y habló de los años que habían pasado juntos. Y del terreno. Y extendía su brazo, seco casi, con su mano casi seca al final, y abarcaba con un giro lento una gran parte de lo que veía por la ventana. Y paseó la yema de sus dedos sobre la colina azul del fondo y luego sobre la superficie del lago y sobre las copas de los abetos y abedules y sobre la pequeña pradera que separaba a éstos de aquéllos. Y habló y habló mientras algunas tribus de ranas croaban dentro y fuera. Y continuaba hablando, pero más baja y lentamente, y más bajamente y más lentamente, y ya las tribus de ranas apenas croaban, y además muy débilmente y en las penumbras de la tarde.

—¡Y huyó con todo el muy cochino!—acabó.

Y el viento tocaba las ramas altas de los aleces. Y entonces la deforme voz de Mac Gregor subió desde el catre.

—O Maley ha vuelto... Ha vuelto—decía muy descompasadamente.

III

(Y después de decirle todo se calmó algo. Y le dio el papel y él se quedó haciendo algunos bocetos, paseando el lápiz por el parque nevado y pensando que él podría tal vez decirle a ella todo; porque él pensaba que «en los casos en que la armonía conyugal recibe un alfilerazo, lo más indicado es quitar importancia al suceso».

—«Y bien. Tú supones que es censurable un infimo escape como éste?» (Podría empezar.)

—«Mucho. Además, y por supuesto, tienes que tener en cuenta que te has casado conmigo» (ella).

—«Bueno. Pero tú no fuiste quien abrió la puerta y tropezó conmigo» (él).

—«No» (ella). «Claro que no. Pero si un día abro una puerta y tropiezo con un alguien que no seas tú, ¿qué crees que yo debo hacer?»

—«Torcer» (él).

Pero esta confesión no serviría de nada. Absolutamente de nada. Porque igual fué, y no sirvió de nada, otra conversación, desde luego íntima, que tuvieron, por iniciativa de él, el día anterior a la ceremonia. (¿Y de qué sirvió? De nada. Luego se casaron lo mismo.) Ni siquiera fué errónea. Ni siquiera logró aproximarles más.

E igual fué, tantos años hacía que, sin que hubiese entre ellos la menor explicación ni convenio, le llevó al hotel donde estaba él (él, su tío, el cual nunca hablaba y era apoderado de todo, y le presentaba como prometido suyo (aunque él, perfectamente prevenido, le había advertido a ella cierto día en que, sin saber dónde se hallaban [habían dejado de oír ya, también, el lejano rugido de las cataratas], se besaron por miedo, por ocasión propicia o por tontería, y él le dijo que, a pesar de ello, aun no había nada entre ellos. Y ella dijo, bien —o sea, sí.)

Y, por otra parte, el catálogo de los muebles procedía de un distante almacén portuario, nada limpio en sus operaciones, que tramitaba en alquileres y créditos y cédulas de abono, al mismo tiempo que vendía algo. Por eso precisamente quiso encargarse él (él era también curioso) de vigilar el traslado de las adquisiciones a la habitación que recién habían tomado, ya que cuando paseaban —casi todas las mañanas— hasta allí veían un cartel en el que ponía que se alquilaba, y detrás (a unos treinta pasos detrás), una casa. Y en el momento de decidir la elección de sitio convenientemente alejado de ruidos y ruidos molestos, dijeron: la casa del paseo. Y entonces él, su tío, hizo todo lo demás y se quedó a vivir en el piso inferior.

(Esto lo pensaba él tomando té y contestando «claro, querida», a los «¿comprendes?», «¿escuchas?» y «¿sabes?», de ella, que se filtraban como una irónica gotera por la cubierta de sus reminiscencias.

Ella sí comprendía.

Sin estar notablemente dotada, comprendía:

Que él, su marido, adquirido solapadamente, había transigido a serio (al final de la tensión derivada), resignándose.

Y saliendo le propuso ir a consumir el fin de semana a lo de Jonny.

Y hubiese ido.

Y Jonny hubiese bebido lo correspondiente a la noche.

Y él y Jonny hubiesen tomado los espárragos columpiándose en las butacas que él había diseñado y mandado hacer especialmente para tomar los espárragos y mecerse; porque Jonny era así. (Su padre, Jonny Wilson Pull. Guisantes Pull. Almibarados. Lata de cuatro kilos, a dólar.) Y hubiesen reído cualquier chisme rebuscado entre los menos reverentes. (La sociedad de Jericó atravesaba por aquel tiempo la época precuarestral del año, coincidente con los sermones preparatorios del reverendo Mattius, presbiteriano [era descendiente de cierta matrona rumana que se había aposentado un día en la ciudad, sin explicarse nadie de dónde había brotado; y su retoño, ya seminarista, fué, con el tiempo necesario para incubarse, párroco del distrito Norte], los cuales estaban anegados de alusiones a todo, e imponía con su constante vigilancia y redundantes homilias [manos cruzadas a la altura de su pubis], severas cláusulas a la conducta pública de «lo social», justificando con esta labor el celo con que desempeñaba su cargo, frente al párroco del distrito Sur, reverendo Percy, católico, que, por su parte, extremaba también el celo correspondiente para que en ningún caso pudiera ser rebasado por el del reverendo Mattius; y en los encuentros [que siempre sucedían en la avenida Diez divisoria de los dos distritos] se sonreían y se ofrecían asientos y atenciones de lado a lado de la calzada, y sólo por Navidad se reunían [alternando] y cenaban y estaban de acuerdo en el punto dado al pavo y grado de temperatura del pudding, al menos.)

De no haberse presentado él (el tío de ella), y por medio de ella (siempre igual), indicando brevemente la conveniencia de ir, no a lo de Jonny, ni sólo el fin de semana, sino a la propiedad (siete mil acres de terreno) (y durante unas imponderables vacaciones) que poseía él (el tío de ella) en la costa Este (casi en su totalidad, de Norte a Sur) del lago de los castores y renos; habitable, que, sin demasiado atavío, se mantenía, pese al abandono, sobre las vigas del abeto que el primero de los O Maley (él, su tío) (quien desde un remoto y casi despoblado lugar de Irlanda llegó allí hacia el 28) levantó con ayuda de otros dos, y que vino a ser una de las factorías más prósperas de las establecidas por aquella parte, llegando a traficar, incluso, con los poblados que sobrepasaba la frontera (cuando, realmente, aún no existía frontera) hacia el Norte, o sea, ya en territorio chipewa.

Hubiesen ido a lo de Jonny. Pero él (el tío de ella) le hizo entender a él, Jenkis, como digo, que no podría negarse. No de una manera inoportunamente (nunca hablaba), sino dejándole ver sobre la carpeta negra de su mesa de trabajo un papel blanco, arrugado, doblado, que él, Jenkis, inmediatamente reconoció. (Realmente, no había sido nada. El era honesto.)

Y llegaron al obvio acuerdo de ir.

(Procuren ustedes explicarse cómo el papel, que Jenkis dejó caer por un balcón, llegó a poder del tío de ella, y cómo dedujo que era ése y de qué se trataba, porque no es difícil, y no pretenderán ustedes que yo lo aclare todo.)

IV

(El otro hombre que vieron los Jenkis [y él, pero desde la ventana de su habitación, arriba] la mañana siguiente a la tarde en que llegaron al lago, y al que cuando más tarde [hacia, aproximadamente, media hora que habían visto al viejo Snakes, sin saber que era el viejo Snakes—él, el tío de ella, sí] vieron [creyeron que de nuevo, cuando, realmente, se trataba de otro hombre] y confundieron con él—, sin percatarse de que los dos cojeaban de la misma extremidad [en fin, que eran hermanos o como hermanos, al menos. Y si le hubiesen preguntado a uno de ellos, habría contestado que sí, que ellos recordaban haber crecido juntos desde el principio, que era una como certificación fraterna a falta de otra cualquiera [al fin, qué importaría, si todos los padres y hermanos acababan por morir como todos nosotros, y todo, y quién sería el inconsecuente que fuese reclamando de puerta en puerta de casa una paternidad o una fraternidad o un parentesco más o menos distan-

te o perdido], era Mac. Y Snakes y Mac se acercaban ahora hacia la casa.)

«Ignoraba que hubiese becadas por estos sitios —dijo ella a él, su tío—mira—y le pasó los gemelos, y él, su tío, miró, pero no vio nada (había bajado al salón para almorzar) allí donde los ojos de ella habían captado los movimientos acompasados y algo bamboleantes (con ritmo de cabezas cansadas sobre las cuales encajaban) de los sombreros gris sardina (y no gris becada), que era lo que se divisaba sobre el color claro, reverberante bajo el sol, de los arbustos, y sobre el verde, pero más claro, igualmente (en las ocasiones que hacía de fondo, según por donde pasasen los sombreros, del claro que circundaba al lago y aclaraba algunas zonas entre los pinos, más hacia el interior ya —la última vez que disparé con aquel rifle de doble tiempo que me trajiste; ¿lo has traído?—, y él, su tío, asintió, y ella continuó—; de tu segundo viaje a Filadelfia levanté el terreno un metro delante de aquel cóndor que tú habías abatido. Me dejas probar ahora?—dijo, mirando las dos manchas grises que se iban acercando. Y él, su tío, subió y bajó y se lo dió listo, y ella lo tomó y lo fué levantando, tal como él, su tío, la había enseñado a hacer cuando se trataba de un tiro largo—como ahora—y a pieza sentada o con mínimo movimiento que pudiera considerarse vertical o casi vertical (aunque realmente fuese horizontal sobre el terreno), conteniendo la respiración y el dedo suave y estirando la comisura izquierda, ya casi sonriendo ante el inminente blanco hecho, cuando distinguió que se trataba de dos sombreros con dos cabezas dentro, y dos hombres (suponía) más abajo.

«Son dos visitantes»—dijo (y bajó el cañón)—. «Tenía enfilado al de la izquierda» (que era el otro hombre, o sea, el puercoespín de Mac). «Estaba segura de no fallar»—dijo, y dejó el rifle acostado sobre la mesa. Y estuvo allí hasta las cinco del día siguiente, en que fué recogido por él (él, el tío de ella) (que se levantaba hacia esa hora de Dios para el paseo matinal), (cuando volvió del paseo matinal y no cuando salió; porque el rincón donde se encontraba la mesa [realmente era una consola transformada] donde ella lo había depositado—, al bajar del piso alto, quedaba a la izquierda y atrás, casi a la espalda y a oscuras, y sólo se distinguía al entrar por la puerta principal, al caer la luz del exterior [entrante por la puerta al abrirla] sobre el cañón del arma) y llevado a su habitación, arriba, y allí acostado en otro soporte, ceja de la ventana y de una caja de cartuchos nueva, no porque pensara utilizarlo en alguna tentativa de homicidio—alguien podría pensar así—, sino por simple costumbre de dejar las cosas en sus sitios, que era todo lo que había aprendido de su abuela Regie Malone.

(Esto más o menos fué lo que averiguó el agente del scherif que se hizo cargo del caso, cuando unos días más tarde le trajeron muerto). (El cual, seguramente por algún desvío de asociación alimentaba la hipótesis, de que el asesino debía ser Jenkins como coheredero [así se pensaba hasta que se abrió el documento por el que lo era de casi todo, el viejo errabundo Snakes]; y que había utilizado el ama desde la ventana, puesto que había sido disparada en el intervalo sospechoso—esto es cierto—, recientemente, esto es más inexplicable.

Pero anteriormente, o sea poco después del almuerzo, que fué cuando vieron los lejanos confundibles sombreros gris sardina, y mucho antes de que él (él) transportase el rifle arriba, vieron, desde otra ventana (la que estaba a la derecha del porche [entrando] desde la cual podía divisarse sin levantarse de la silla mientras se comía, el corto camino pavimentado con losas de granito que conducía a la casa), un hombre—de los dos que habían visto (así pensaban y esperaban acertar), el cual, cuando entró saludó a todos con una inclinación entre gozosa y desacostumbrada (o torpe), y tímida, momento en que pudieron observar su despoblado cráneo y pensar un instante en los años que pasaban velocísimos (Jenkins); en el cráneo pelado de Jenkins, su esposo actual, a la vuelta de unos años, (ella), y en su propio cráneo, (él).

«...algunas provisiones—estaba diciendo el hombre (con voz de rana), viejo—para nosotros, yo y mi compañero. Está imbécil (se había quedado afuera parado como un buey ciego o como un álamo)—po-



drían ustedes... yo iría con ustedes y haría mis compras... Hasta ese momento había hablado dirigiéndose a ella. Ahora a Jenkis, Ahora a él... Jericó—siguió Snakes (se distraía entre frase y frase [daba la impresión] y trataba de recobrar el hilo escrutando la pared)... ya, allí hay de todo, pero está lejos... claro, después de tanto tiempo (y le miraba más que nada con una curiosidad cuidadosa)... está bastante lejos. Nosotros llevamos muchos años en esta zona del lago. Desde el noventa y seis—seguía mirándole a él—. Llegamos mi compañero otro y yo, y vimos este lago y la otra orilla y tanteamos la caza que casi estaba paseándose por entre los pelos de nuestras narices y barbas y orejas, de modo que casi no tenías otra cosa que hacer que disparar, como si estornudaras y...» (El se había levantado y marchado cuando iba por lo de «llegamos mi compañero y yo y otro», y doce minutos más tarde les vió alejarse, bordeando el lago—no hacia el bosque—por donde el terreno estaba más accidentado y resguardado. Entonces bajó y ella—que subía—le dijo esto ha dejado para ti y le entregó un papel doblado, no muy sucio, y leyó: «Tenemos que hablar. No lo olvides. Mac Gregor quiere también saludarte. S.» Y el resto en blanco.

V

Mac Gregor estaba imbécil y abanicaba el pequeño hornillo con la mano, sin ver nada delante realmente. Estaba totalmente imbécil. Y pensaba un poco «O Maley ha vuelto» y luego parpadeaba una o dos o tres veces, subiendo y bajando los resguardos de sus ojos, pesadamente. (Los párpados del puercoespín de Mac debían estar hinchados; y entre ellos y el globo ocular no debía circular apenas humor alguno ya), así que se hinchaban y enrojecían cuando parpadeaba una o dos o varias veces y hasta podría asegurarse que hacían ruido de roce. Y desde luego, la expresión de los ojos de Mac no variaba cuando dormía y cuando estaba despierto; pero no estaba ciego. Estaba imbécil. Sólo imbécil. Y cuando lograba mantener los párpados en lo alto (las escasas veces que los alzaba y bajaba), no precisamente cuando (ahora mismo, por ejemplo) cualquier insecto se le remontaba desde su compacta barba hasta el borde inferior del ojo, y después de tantear aquello que pudiera ser un trozo de cáscara de huevo incrustado en un orificio o cualquier otro accesorio humano de los muchos que había visitado (conocía de punta a punta todo el ámbito superficial de este puercoespín de Mac Gregor, pero ante todo sus pliegues y juntas y pilosidades y esto que ahora observaba por primera vez le causaba cierto asombro, se paseó sobre aquello y ascendió hasta un círculo coloreado de azul transparente, y luego se asomó a otro más arriba de azul más intenso y profundo, y estuvo un rato asomado allí y lo que pudo ver le debió impresionar tanto, que descendió con toda la rapidez que le fué posible, y resbalando hasta la aleta izquierda de la nariz y luego tomando el surco que de allí partía hacia abajo, oblicuamente, como un camino conocido, se hundió en el acogedor bosque que crecía al final, en el cual había habitado desde que era pequeño), sino en otras ocasiones en que intentaba coordinar alguna lejana y deforme idea con una intención de acto, entonces, los ojos se le separaban, girando un tanto hacia afuera, como respondiendo cada uno a una impresión exterior independiente, situadas una en un punto extremo izquierdo y la otra en el opuesto. Y entonces, mecánicamente, se golpeaba con la parte más mullida de sus manos, las sienes respectivas (puede que se despertase algún apagado eco entre las paredes interiores de su bóveda craneana), y así volvían a su posición normal.

Ahora, le llegaba la voz del viejo errabundo Snakes desde arriba. (Mac estaba de cuclillas frente a la sartén con la torta dentro). La voz de Snakes caía sobre la sartén y los oídos de Mac; pero éstos sólo recibían algo como si fuese un lejano rumor de aserradero.

—¿Comprendes?—decía Snakes agachándose hacia el imbécil y gesticulando—. «Le he visto con mis propios ojos. Está bien vivo para que podamos ajustarle las cuentas. ¿Comprendes? ¿Es que no comprendes?»

Y Mac Gregor abanicaba las brasas rítmicamente, pero sin preocuparse de mantener unidos los dedos para dar algún aire.



—¿Comprendes?—seguía Snakes.

Y Mac Gregor navegaba en su niebla, y atravesando zonas de densa niebla y menos oscuras (era entonces cuando podía pensar que O Maley había vuelto), y no oía nada de lo que se le decía y preguntaba.

—¿Comprendes?—dijo Snakes al final.

Y Mac Gregor volvía en sus cuevas de niebla sin inquietarse, sin pensarse y sin sentirse.

La voz de lo alto se hizo maldiciendo cuando la torta empezó a quemarse, como casi todas las mañanas y noches. Porque, que la torta resultante al final comestible, dependía de la oportuna llegada de Snakes—y ahora se había distraído hablando—(que decía, o bien, «menos mal, esta noche [o mañana] tendremos torta» o bien «maldito puercoespín idiota, ¿quién va a comer esto?». Y supuesto como sucedió lo primero, engullía su parte a grandes y desproporcionados bocados, todos los músculos de su cara funcionando en la operación y sobresaliendo, y luego tragaba estirando el cuello como los patos y gallos. Y supuesto lo segundo, arrojaba contra el suelo, en el cual ya había bastante y formaban un algo muy oscuro que Snakes pisoteaba y pisoteaba, maldiciendo y maldiciendo) y no de la vigilancia de Mac, quien, realmente, nunca estaba.

Mac Gregor, pues, así como estaba, no podía hacer nada. Antes (antes del accidente) al menos podía considerarse como potente y levantaba troncos enteros y cargas de harina y algunas terneras. Pero después ya no servía para nada, y además se había amarrado, y sólo podía sobrevivir gracias al cuidado que Snakes tenía de él, dándole y quitándole lo imprescindible.

Pero una cosa había extrañado ayer a Snakes enormemente. Esta: que Mac Gregor (y por eso le había hablado tanto antes, y nunca Mac Gregor desde antes y antes de centrarse su imbecilidad había hecho algo parecido, porque si lo hubiese hecho, dando con ello algún motivo para pensar que servía para algo, algo, entonces Snakes, probablemente, y contando convencido con una mínima luminosidad en el territorio cerebral de Mac Gregor, le hubiese confiado tarea de mayor importancia que la de no vigilar la condimentación de la torta por las mañanas y noches, sino otra tarea más propia y parecida; por ejemplo: vigilar con el ojo de un rifle desde la entrada del bosque las salidas y vueltas de O Maley), idiota como estaba, se había levantado aquella mañana hacia las cuatro y se había paseado un gran rato por el claro que rodeaba el refugio, medio desnudo y descalzo, diciendo a los árboles dormidos y a los estorninos y truchas que por allí andaban que O Maley había vuelto, que O Maley había vuelto, que O Maley había vuelto.

Así que el errabundo Snakes, después de esto y después de extrañarse, sólo pensó que Mac se había vuelto más imbécil. Y esto le hacía pensar que vendría llevarle a un sanatorio. Que sí, que eso haría cuando acabase este asunto. Antes tenía que acabar este asunto.

Y Snakes comió su trozo de torta, no del todo quemada esta vez, e hizo tragar a Mac lo correspondiente, y luego empezó a pensar y a fumar su innegrecible pipa (de tan negra), mientras Mac evacuaba afuera.

«De modo que el viejo zorro ha terminado el dique, por eso ha venido (había visto algunos caminos que volvían por la mañana; si no, ¿para qué había tenido que volver, sabiendo, como se lo advertí, que no entablaría querrela alguna y esperaría, para ajustarle las cuentas personalmente, a que volviera? Claro que... (y se sentó en su catre y acodó sobre las rodillas, sin dejar de pensar). Y ahora que ya está aquí, ¿quién estoy aquí y no le he levantado los sesos. ¿Por qué? Porque han pasado ya dos días o tres; pero... (y se levantó y empezó a pasearse, pero se paró ante la ventana. Mac seguía aún evacuando o tal vez vistiéndose) una presa. Bonita suma de dinero. Y mientras yo he tenido que hipotecar mi parcela. Muy bien. ¡Pobre Herb! Loco. Tan lucido como yo le conocí. No hablaba nunca; era de los que sólo hacían. Cuando no habla y ni siquiera saluda es que tiene algo en la cabeza. Algo va a hacer. Y porque algo va a hacer, algo va a suceder. Espero que venga mañana. Eso espero.»

Y se sentó. Y fueron las cuatro y las cinco y seguía así.

VI

Decía él:

«... y andaba por los clubs nocturnos de la ciudad, por los más apartados, hasta que su mujer una de las noches lo encontró casi insensible y se llevó. El resto lo adivinarás: al fin se arreglaron. Créeme—seguía diciendo él desde el fondo de su butacón, vestido como estaba y estirado— nosotros somos felices. ¿No lo crees así, querida?—y alzaba las cejas algo, y ella le contestó algo—. En el fondo somos felices, no lo dudes—siguió él—. Figúrate... (e iba desenrollando montañas de proyectos para los futuros días. El iría a su padre y le pediría, por favor, un poco de trabajo. El estaba incómodo de tanto no hacer nada. Estaba como des... des... desanimado. Eso. El quería (y dijo lo que quería), él quería (y dijo otra cosa de las que quería), incluso quería tener un hijo—osó decir aún (y ella bajó los ojos y observó la curva de su abdomen algo esperanzadamente). Responsabilidad. Claro. Eso era lo que siempre había deseado. Lo que necesitaba. ¡Pobre viejo Snakes! Veinte años acumulando una riqueza (les había dicho Snakes), que extraía con su trabajo, para legarla, sólo para legarla a los probables descendientes. Claro. Esa era la finalidad de la existencia: transmitir, transmitir. Progresar. «Tú creas, plantas árboles, levantas un negocio que prospere. Y luego te retiras, dejando el producto de tus trabajos a tus descendientes. Es lo indicado. Y cualquiera que no haga eso es un excluido.»

El (él) había entrado sin hacer ruido y escuchado al pasar parte de lo que Jenkis había dicho a su esposa. (Esta parte era: «Tú creas, plantas árboles, levantas un negocio que prospere. Y luego te retiras, dejando el producto de tus trabajos a tus descendientes. Es lo indicado...») Y subió a su habitación y se quitaba el sobretodo. «Claro. Plantar árboles, levantar negocios que prosperen... ¡Maldito espantapájaros!», pensaba, y se quitaba otra prenda. (Los pensamientos de O Maley eran como enormes bloques de granito movidos por ciertos engranajes lentos, pero firmes, pero sutiles. Y era así siempre. No había cambiado nada desde, y también antes, que bebieron juntos (él y Snakes) una

vez en Jericó, y después cruzaron la calle y bebieron juntos otra vez, y luego volvieron a cruzar la calle y se metieron en la oficina del juez del distrito y compraron un lote de tierras que caía hacia el Nordeste del territorio asignado a los tabernáculos (los cuales se pensaba que habían emigrado el año anterior y cruzado la frontera hacia el Norte, cuando aun realmente no existía frontera, y que ya no volverían), todo ello sin haber cambiado más que los respectivos nombres propios y procedencias y dicho de acuerdo. (Y se hizo una pequeña laguna en su pensamiento y le vinieron a la cabeza otros negocios y cuestiones personales e íntimos, porque O Maley no sufría obsesiones ni grandes afectos y solamente la consanguinidad de una pariente muerta le había colgado el deber natural de educar a la pequeña, nacida de una tremenda cesárea, de la que derivó la defunción de ella y el desamparo de la nueva habitante.)

Pero Snake—aun después de explicarle todo y darle cifras y datos, hablando uno de los mayores ratos de su vida—dijo que era una locura. Que esa parcela que pretendía cultivar sólo produciría durante cuatro meses al año y que cuando llegase el deshielo se iría al diablo todo. Y añadió: —Herb, tienes que reconocer que no. Esta vez no tienes razón.

Y él dijo:

—Dentro de un año ese terreno dará más de doscientos bushels por acre si construimos el dique. Y otra cuestión llegó a la cabeza de O Maley e hizo otra laguna en lo que estaba pensando, durante la cual—media hora—estuvo meditando sobre otras cuestiones como la de la asociación y la de la inversión de ciertos dividendos libres que producirían en tres años lo suficiente para establecer una derivación en lo de la maquinaria agrícola, que podría mantenerse exclusivamente con el producto de esos dividendos sin afectar para nada al resto, y que era seguro que duplicaría el valor de las existencias a medida que el territorio fuese creciendo en población y comunicaciones, lo que ya sucedía.

—Podrían conseguirse hasta tres cosechas. ¿Es que no te has dado cuenta además de que la colina protege del Noroeste esa ladera precisamente?—como él le dijo.

Y se acercó a la ventana y vió la pequeña luz que debía ser la que despedía el fuego que calentaba los huesos de Snakes y el otro, el puercoespín de Mac.

—Mac cayó hacia atrás (no pudo cogerle) cuando él salió disparado y su pobre cabeza debió dar precisamente allí, donde la viga desclavada sobresalía bastantes centímetros del agua y el agua estaba helada. El oyó el ¡chlop! y pensó en la pobre cabeza de Mac. Y durante todo el invierno estuvo enviando medicamentos y cosas para Mac, el pobre Mac.»

Aun con la luz apagada y a medio desvestirse: «Si hubiese sido razonable al menos—y la llama que les calentaba brillaba un poco más, por lo que les calentaría un poco más, pensaba—. «Y se encuentra uno con un refugio hembra, desamparado—hi hubiese sido hombre... (y se perdió por esta esquina indoblada de su vida hasta muy lejos y luego tuvo que volver)... Pero es hembra. Claro que no la iba a dejar. Y tiene buen pulso. Lo ha mejorado últimamente. Pero no es una mujer como a ti y a mí nos gustan, como Joan. Lo mismo sabía freír un par de huevos y servirlos a la mesa y besarte al tiempo (y así todo lo ponía en su pun-

to), y luego conducir el «Ford» a ochenta millas y sin dejar de tararear.» (Pero Joan había muerto. Esto fué el noventa y ocho.)

«Y por último adquiere ese espantapájaros y me lo trae para que lo empole. Y por último se le ocurre hablar de negocios prósperos, y por último abraza a una telefonista» (ya pensaba con alguna virginidad). «Levantar negocios prósperos... Y poner, como nosotros hicimos, sobre nuestro almacén, con letras tan altas como hombres,

WILLIAMS S. MARTIN & HERBERT F. O MALEY
Compañía distribuidora de productos alimenticios
y otros,

pintadas con aquellitos bidonés de blanco que desde un recién puesto «Almacén de pinturas y otros productos» de Jericó enviaron (y el doble del pedido y sin cobrarnos más que la mitad, por esa razón.)»

Pero debajo, o más bien entremezclado. O Maley había estado pensando sobre otro asunto, no distinto, sino anexo a éstos y relativo al funcionamiento de la presa y efectos de canalización y reclutamiento de gente, quizá mejor negra, para lo cual tendría que trasladarse lo más cerca a Nueva Orleans, que según le habían informado era donde costaba más barata, aunque luego resultase con un sobreprecio por gastos de traslado, pero que todo esto se recobraría en cuanto...

Pero una sola idea le había hecho pensar todo esto: necesitaba un socio. Y se levantó y vistió y salió (ellos se habían acostado), y se encaminó hacia la luz que brillaba entre los primeros pinos.

VII

Optó por no levantarse a por el agua y retiró la olla del fuego con el indispensable movimiento y esfuerzo, y se recostó de nuevo en el jergón. Se encontraba como deshuesado y destripado. Estuvo a ver la presa por la mañana (cinco millas). Volvió (otras cinco millas). Por la tarde había ido y estado en Jericó y había vuelto con las provisiones (ocho millas); traído agua para el aseo; dado el heno a las tres mulas, y por pura precaución y pensando en la visita que esperaba para la noche, engrasado y meticulosamente limpiado el rifle.

Entre tanto, Mac se había sentado en el último escalón y recostado en los anteriores. Cuando volvió de la presa le encontró lo mismo. Y cuando salió para Jericó, igual. Y cuando volvió de Jericó, ya entrada la noche, había dejado el último escalón y sentado en el penúltimo.

Optó por levantarse e ir a por el agua. Esperaba a O Maley y haría falta café. Así que gruñendo algo y contestándole alguna rana desde afuera se movió hasta el cubo, lo cogió, salió y anduvo hasta el depósito.

Ustedes pueden creer que se pusieron de acuerdo en todo. O que uno mató al otro. O que se pusieron de acuerdo en parte y continuaron viviendo en una armonía indispensable, hasta que se murieron de viejos, porque (y de ellos no merece la pena hablarse) así se lo tenían merecido, pues, to que, como dijo Habacuc: «¡Ay de aquel que dice a un madero: «Despiértate» y a una muña piedra: «Levántate y socórreme». ¿Por ventura la estatua podrá instruirte en lo que has de hacer? Mira; cubierta está de oro y plata; pero dentro no hay espíritu ninguno», sino que ellos, muy al contrario, eran creyentes, y fieles, y abnegados, y la prosperidad sólo se la debían a su trabajo; pero más allá no iban, y el dinero no modificaba nunca sus fueros, ni levantaban altares a cosas o a sistemas y merecían los dos la paz y el bienestar. Y no lo que ocurrió, que fué lo siguiente.

Un poco después de llenar el cubo le oyó y vio. El ya le había visto antes y venía hablando desde lejos, acompañando con las manos lo que decía:

—Te digo, Billy, que lo mejor ha sido construir la presa. Era lo que nos hacía falta.

—Y yo te digo—dijo Billy dejando el cubo y avanzando hacia él (las ranas se habían callado totalmente)—que ha sido la locura más empedernida que se te podía ocurrir. Tú sabías lo que costaba el material, los ingenieros, las cuadrillas, la dinamita. Bueno. Ahora ya está—y abría los brazos—, ya está—y alzaba uno—; la presa ya está construída. Y ahora dime con qué capital cuentas. Te lo llevaste todo. Vamos a ver cómo cubres el recibo que dejaste. A ver mi parte.

—Todo lo que te debo y lo que he empleado en la construcción de esa presa lo duplicaré en menos de dos años... si me ayudas. Escucha, Billy, uno de los dos debe ir a Nueva Orleans...

—¡Nooo! No me interesa eso. No me interesa nada. Lo que me importa es saber si queda algo después de haber pagado todo.

Y él contestó y Snakes dijo. Y así estuvieron una buena hora, subiendo y bajando las manos desde la cara a la cintura y acercándose sus narices y separándose otra buena hora.

—Te digo que los gastos no han pasado de... Y que lo que falta por pagar a la constructora lo podemos hacer en un plazo de... Tengo los papeles, te los puedo enseñar.

Snakes vaciló. Volvió a vacilar. Pero a lo último dijo:

—Vamos a verlo.

Y se fueron andando hacia la casa. Y ya sus voces se hicieron menos violentas. Y sus sombras, largas; sombras de luna baja, se habían ido alejando con ellos del refugio que habían construido como almacén supletorio y vivienda, de invierno junto a la grande, la que había habitado O'Maley con ellos, y en el que Snakes había vivido todo este tiempo con el puercoespín de Mac. El puercoespín idiota.

Y recorrieron en el «Ford» durante todo el resto de la noche la distancia que había desde allí a Jericó y en el hotel estuvieron viendo los papeles, y descansaron un día, y volvieron al día siguiente, que era precisamente el acordado para formalizar la terminación de la presa y firmar los conformes con el representante.

La criada negra les dijo cuando volvieron:

—Sí, señor. Se marcharon—dijo—. Dijeron que se volvían a Jericó—ellos no les habían visto en el camino, así que se puede pensar que se despeñaron por algún barranco propicio—. Y que no podían aguantar esta humedad, dijeron—dijo— Y que no se preocupase el señor por ellos—dijo.

.....

Iban con sus trajes recién adquiridos, de buena pana negra, corbata negra y camisa morada y blanca (O Maley), sombreros gris y saldina y negro (O Maley) y botas altas. Iban hacia el bosque pisando la hierba despacio y recibiendo el sol en sus rostros terrosos (de buena tierra). Iban muy despacio. Eran viejos ya. Qué viejos. Pero no era por eso por lo que iban despacio. Eran ya viejos. Semisecos y viejos. Y algo arrugados. Pero perpendiculares. Snakes, incluso, a pesar de su cojera. Iban despacio porque se sentían nuevos, quizá en sus trajes y en el fondo. «Y pienso que deberíamos enviar a Mac Gregor a Jericó. Tal vez se pueda hacer algo aún por él» (O Maley). Y pasaron algunas bandadas de patos levantadas del sueño. Y algunos picamaderos se dedicaban a su quehacer ya. «Sí; será lo mejor» (Snakes). Y una rana croó aun medio dormida.

Y porque Mac Gregor no se encontraba en el refugio salió y empezó a llamarle. Y con sus voces alborotaba a los estorninos, ardillas rojas, chotacabras, pájaros azules y pies nevados y truchas que por allí andaban.

Y se alejó, rodeando el refugio. Y O Maley por el otro lado.

(Llamaban continuamente.)

(Y dice el «Eclesiastés»: «Más vale la buena reputación que los más preciados perfumes. Y mejor es el día de la muerte del justo que el del nacimiento.»)

Y Snakes oyó el disparo. Y los ecos. Y vio a los pájaros azules echar a volar asustadísimo y a las ardillas rojas perderse en los profundos agujeros, y a todos los demás pájaros y truchas huir en todas direcciones aleteando y gritando.

E inmediatamente le supo.

Era eso.

El Herbert F. O Maley, tenía la cabeza destruzada. Ya no vivía.

Y por detrás se acercó Mac Gregor, el puercoespín imbécil, con el rifle aun humeando.

Entonces Snakes le acarició suavemente su cara de buho bobo. (Snakes lloraba, aunque dijera que no.) Y luego, bajando, siguió tanteando sus venas y músculos, acariciando su cuello muy suavemente, muy suavemente, diciendo con su propia voz, casi muerta:

—Maldito puercoespín imbécil..., imbécil..., imbécil...

—Maldito puercoespín imbécil..., imbécil..., imbécil...

(Como los pájaros y todos los demás animales se habían marchado, ahora todo estaba silencioso.)

EL ESCRITOR Y SU OBRA

NOEL CLARASO, UN HUMORISTA SERIO



Su novela "La ciudad de los hombres buenos" es un libro al margen del humor

UN hombre de gris siempre inspira confianza. Y un hombre de gris no es ni mucho menos un hombre gris, un gris habitante de este calvo planeta de nuestras torturas.

Un hombre «de gris» es un hombre embutido en prendas de este color tranquilizador. Uno nunca puede pensar de él que es un pedante, ni un «snob», ni un torturador de cerebros más o menos burgueses, con sus rebucadas originalidades. Claro que hay hombres de gris que se buscan el fuego artificial de su corbata llamativa para vengarse de su correcto uniforme. Pero a éstos se les ve el plumero.

El verdadero hombre de gris parece que siempre ha de ser alto y delgado; que en él nada debe de ser detonante. Es la corrección. La ponderación. Nada más lejos de su personalidad que la extravagancia. Es el hombre que siempre está a tono con el hall de un gran hotel y con el tabaco rubio.

Y todo esto le ocurre a Noel Claraso.

EL APRENDIZAJE DE LA RISA. — NOEL CLARASO, NIÑO TRISTE

A uno cuando conoce a un humorista se le pone la sonrisa a flor de boca. De repente, todo lo gracioso, lo punzante, que hemos leído en él nos baila zara zara y

gigas por los pasillos del cerebro. Las respuestas más normales las aguardamos con la sonrisa tenue. Hemos preguntado simplemente: «¿Cómo está usted?», y Dios sabe qué zapateta verbal aguardamos. Esto nos pasa con Noel Claraso. Le hemos leído en sus cuentos, en sus artículos, hemos reído con sus historias descabelladas. Y casi habíamos olvidado que también Claraso ha manejado —y mucho— en sus escritos el lado serio de las cosas. O mejor, su lado dramático. Porque en cuanto a seriedad, el humorismo tiene mucha.

Claraso también es serio. Sólo que la voz tiene a ratos un zumbido especial. Un zumbido discreto, nada hiriente, como su traje y como todo él. Y uno quisiera saber agarrar la sorna, la ironía que se escapa. Aunque —¡gracias sean dadas al cielo!— Noel Claraso es un humorista que sabe reír y sonreír. Y esto, señores, no es tan corriente como para no hacerlo constar en letras de molde.

Sabe reír. Y sus años le costó aprenderlo. Y sabe reír hasta de aquel pequeño Noel que salía triste en todas las fotografías, que hoy figuran en el álbum familiar.

—Era el más tonto de todos mis hermanos.

Uno se le imagina pálido y delgado, asomando su cara, no de niño seriecito, sino de niño triste, por las cartulinas familiares. Porque el saber reír no es cosa fácil.



Noel Claraso es un humorista serio. La cámara de nuestro fotógrafo Aumente ha sorprendido al autor en dos actitudes características del novelista

En su voz no hay sorna.

—Me costó mucho aprender lo que puede hacer reír en este mundo.

Le costó mucho. Fueron los años de libretos, de licenciaturas —dos licenciaturas— de tesis y doctorado. Y él iba lentamente aprendiendo a reír.

Aprendió con Jerome, con el doloroso humorismo de Mark Twin, con Fernández Flórez y con Julio Camba. El mundo de la risa se iba abriendo lentamente. Era un mundo sano. Un mundo poblado de verdades.

—Soy lento para todo. Hasta los cuarenta años no publiqué mi primer libro.

UN VOTO AL HUMOR

Desde entonces acá ha escrito muchos. Lento pero seguro. Claraso ha enseñado a reír a su vez a muchos otros hombres que ignoraban de cuántas cosas se puede uno reír en este mundo.

—¿Reacciona la gente con sentido del humor?

—Nunca ante las propias cosas. A veces ante las de los demás.

—¿Drama entonces?

El gesto es vago.

—Sí y no.

Es híbrida, como la respuesta, es la obra de Noel Clarasó. El, que ha hecho tanto humor con su pluma ágil, ha hecho también mucho drama. Ha escrito al margen del humor en «La voz ausente» y «La mujer de plata».

—¿Y «Miedo»?

La respuesta casi no nos hace falta. La cosa tiene aspecto de ser de lo más serio: aparecidos, muertos...

—Esto, después de descubrir la risa.

El también ríe.

—El escribir en serio o en broma es mera cuestión de forma. Una idea fundamental se puede desarrollar de las dos maneras.

Las manos afiladas tratan de elegir en un gesto —forzadas por la pregunta— la mejor de las dos.

—El humor es siempre más veraz.

Y llegamos a la conclusión de que el drama desfigura. Desfigura la vida los caracteres, todo. El humor en cuanto literatura desfigura también. Pero menos. Por lo menos suele dar siempre en el clavo.

Hay una duda. La voz del humorista se queda un momento en suspenso. Hasta que surge de nuevo con ese extraño trémolo en el fondo —como una risa por debajo de las palabras—. Y es él quien pregunta.

—¿No tiene usted la impresión, cuando sigue un drama cualquiera desde una butaca de que bastaría que cualquiera de los per-

sonajes del drama del escenario tuviera simplemente dos dedos de frente para que ya no ocurriese nada?

Y nos quedamos con el humor. «LA CIUDAD DE LOS HOMBRES BUENOS», NOVELA AL MARGEN DEL HUMOR

Sin embargo, hay encima de la mesita de rigor en las entrevistas un libro gordo, gordo. Un libro de seiscientas páginas que la motiva. Es «La ciudad de los hombres buenos», el último libro de Clarasó, por lo menos en cuanto al orden de aparición en librerías se refiere. Y «La ciudad de los hombres buenos» es un libro al margen del humor.

Pregunta inevitable sobre el tema:

—No hay tema central... Hay muchas centralitas. El libro contiene infinidad de historias y de vidas que se entrecruzan. Todo pasa entre pintores, gentes de teatro, artistas...; esos son dos hombres buenos» y así se llaman ellos a sí mismos. Gente toda ella del lado estético, podríamos decir, buscadores de belleza.

No es un libro de tesis. Si acaso tiene muchas Larvas de tesis que se desarrollan en un ambiente que Clarasó conoce bien.

—¿Por gusto?

—Por necesidad.

Todo dentro del drama.

—¿Es que no existe en el libro ningún personaje en el que salga a relucir su vena humorística?

—No hay ninguno con humor...

Sigue una respuesta para la que no ha habido pregunta.

—Porque en la vida, ya lo hemos dicho, los hombres, los personajes de carne y hueso, no reaccionan nunca con humor.

Sí. El hombre todavía no ha aprendido a reír de lo que le pincha, ni de lo que le duele. Ni de

lo que le deforma. Ni, de lo que es más grave, del monstruo de la vulgaridad. Que se impone por mayoría, ayudado de la rutina.

Ahí están esos hombres, esos buscadores de belleza, los de «La ciudad de los hombres buenos», y muchos otros como ellos, reaccionando en drama ante las cosas. Como hombres de carne y hueso.

—Por eso esta vez no hay humor.

Lo exigía el tema.

«NO HICE NADA IMPORTANTE HASTA QUE ESCRIBI EL PRIMER LIBRO»

Clarasó pasó su juventud haciendo «esas tonterías que se hacen...».

—Abogado, como todos, y esas cosas.

Pasó su juventud quemándose las pestañas entre su carrera de Filosofía y su otro doctorado.

Nosotros reclamamos:

—Biografía...

Y él se encoge de hombros.

—No tengo.

Se le recuerda que ha nacido crecido...

—Sí, eso sí. Fero ahora ya no creceré más.

Y como es el juego de los despropósitos, lo dejamos. Pero el escritor tiene sus razones para jugar al ratón y al gato por entre las preguntas. Sus loables razones.

—Es que no hice nada serio hasta que empecé a escribir. Y tardé cuarenta años. Bueno, ahora tampoco hago nada serio... Está riendo. Y recordando.

—Algo he leído yo hace pocos días sobre la vida privada... algo he leído en un artículo.

—¿Resumen...?

—Pues..., que es eso...: privada.

A pesar de todo vamos a parar a los años mozos del humorista. A su largo tiempo de permanencia en Suiza. Es como un centro de operaciones en Europa.

—Desde allí visité casi todos los países europeos. Y también África y hasta la India.

—¿Escribía?

—Simplemente, tomaba notas.

EL HOMBRE SE ABURRE EN TODAS PARTES... Y MIENTE SIEMPRE

De sus viajes, Clarasó ha sacado muchas cosas. Siempre ha observado, ha contemplado con los ojos bien abiertos. Para caricaturizar, para ironizar.

—Pero no quiero juzgar lo que veo y lo que observo.

Por eso tarda en decirnos lo que piensa de todas esos hombres conocidos en tantos y tantos países, en diferentes continentes.

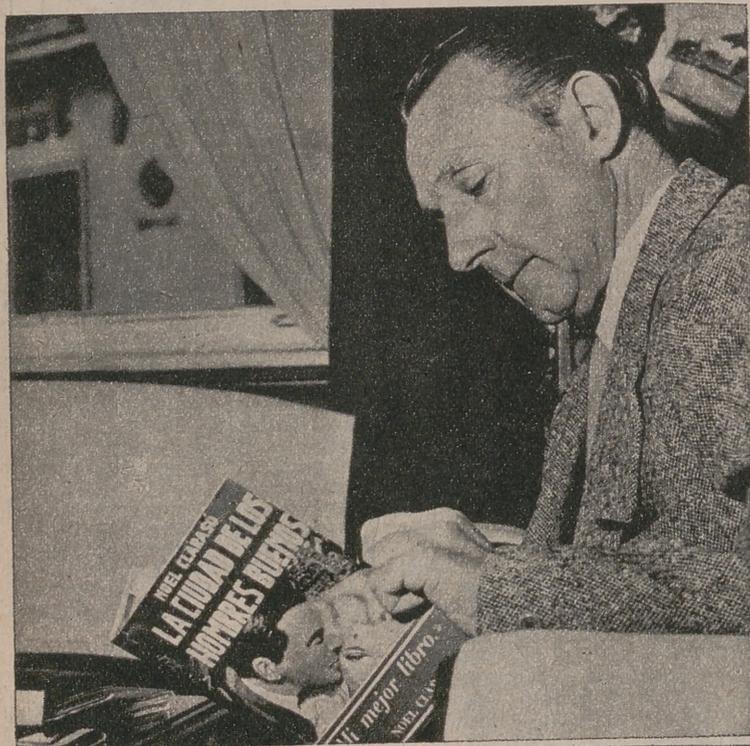
Cuando se decide a hacerlo, es rápido y concreto.

—No hay nada que les convenga a todos a la vez.

Esto ya es algo.

—Lo que más me ha llamado la atención de los hombres es que se aburren todos en todas partes. La mayoría de lo que hacen es tratando de no aburrirse. Hay también otra cosa común para todos los humanos: mienten siempre, sobre todo cuando hablan de sí mismos.

Tiene un gesto franco, casi do-



El escritor, mientras conversa con la periodista, repasa la edición de su última novela, «La ciudad de los hombres buenos»

loroso, al hacerme él a su vez una pregunta. Que no en vano un humorista es sobre todo un moralista.

—¿Es que es imposible decir la verdad? Quizá sí... Las palabras no son exactas. Aunque uno piense las cosas de un modo concreto, al traducir las palabras todo resulta tan distinto... Las cosas que queremos explicar cuando las exponemos quieren decir ya otra cosa...

Aburrimento y mentira. Este es el balance de tres continentes y de un buen número de países. El balance moral de los hombres según los ha visto Noel Clarasó: un humorista.

Y aquella sonrisa estereotipada de los comienzos hace tiempo que ha desaparecido. El humor resulta ser una cosa muy seria.

EL HOMBRE QUE NO SABE ESCRIBIR CARTAS

Y muy atareada. El programa diario de Clarasó comienza a veces a las seis de la mañana.

—Es a la única hora en la que puedo escribir.

—¿Nunca durante la noche?

—Nunca. Después de las diez de la noche jamás he escrito una sola palabra.

—¿Y en la noche...?

No. No es un noctámbulo. Ni un enamorado de la noche. Sale cuando hace falta. Pero no se siente atado a ella.

—La hora del día que me gusta más es la mañana. Prefiero las horas de luz. En cuanto empieza a atardecer ya no me siento tan a gusto.

Absolutamente ordenado. Hasta el punto de que si sale de noche jamás se levanta más tarde. La tarea de la mañana comienza muy temprano.

—Yo creo que esto de preferir las horas de luz les ocurre a todos los nacidos en otoño.

Luego me confía una pena.

—¿Pregunta usted...? Sí, pereza para sentarme a escribir tengo bastante. Luego, todo marcha. Lo terrible, lo que de verdad me cuesta un trabajo impropio, es escribir una carta de compromiso. No la sé escribir. Me dan envidia las personas capaces de redactar diez escuetas líneas diciendo algo concreto, tras un *Muy señor mío*.

Las cartas no son, por lo visto, su fuerte. En cambio, «La ciudad de los hombres buenos» la he escrito en un verano.

—El verano que viene escribiré «La ciudad de los hombres malos».

—¿Por qué esa preferencia por el verano?

—Con calor escribo mejor. Trabajo mucho más deprisa. Quizá porque esté en sitios tranquilos...

Así podemos suponer que muy de mañana, con la fuerte luz del sol que ya comienza a calentar, brotaron, escritos con su característico lápiz rojo, todos esos libros y artículos que componen ya una lista bien nutrida de títulos.

GUIONES CINEMATOGRAFICOS Y EDITORES

Que Noel Clarasó comience a laborar a las seis de la mañana le deja de extrañar a uno cuando sabe que además de sus libros y de sus numerosas colaboraciones el escritor trabaja en guiones cinematográficos, algunos de ellos ya realizados y otros a punto de realizarse. Y que dos títulos más aumentarán la colección «El Club de la sonrisa».



El diálogo discurre tranquilo y remansado ante la mesa del café. La entrevista ha dado su fruto y la generosidad del humorista coima la curiosidad de la pregunta

—Uno de ellos es la «Historia de una familia con histeria».

—¿Siempre trabaja así?

—Cuando trabajo, sí.

Para enseñar a reír a los otros, a tantos y tantos en los que las comisuras de los labios no se movieron nunca por una sonrisa.

—¿Los títulos?

—A veces se los pongo yo. Otras se los cambia el editor.

—¿Y los editores?

—Les debemos mucho. Sobre todo el editor de cosa puramente literaria debe de ser considerado como una suerte de héroe moderno.

Más héroes que los autores...

—¿Por qué gustan sus libros?

—Será porque se entienden con facilidad.

La facilidad de la sonrisa natural del chiste agudo, de la caricatura que nos atañe. Porque vemos nuestra propia añagaza espiritual. Nuestra propia ridiculez.

El hombre ríe la inmensa paja del ojo ajeno con las cosquillas de su propio madero.

LE GUSTARIA LLAMARSE PEPE

—Noel... ¿A quién se le ocurrió este nombre?

—Es un santo. El día 12 de fe-

brero.

Pero la ocurrencia de su onomástico no le termina de hacer feliz.

—¿Es que no es eufónico?

—Es que no es corriente.

Aunque la convivencia con el nombre ha arreglado las diferencias.

—Ahora que sé que hay otros hombres que se llaman Noel, ya no me importa. He apuntado hasta doce Noel.

Y explaya su íntimo deseo.

—Lo que de verdad me hubiera gustado es llamarme José o Pepe. No me gustan las cosas diferentes de las de el prójimo. No me gustan para mí las cosas que uno tiene siempre que explicar.

La ponderación. El hombre de gris del principio. Correcto y fuera de toda extravagancia, de toda cabriola espiritual.

Y es que el hombre capaz de detectar los desconchones y ridiculeces de sus semejantes debe de saber bien lo que significa el dorado término medio de la convivencia con los hombres.

Maria Jesús ECHEVARRIA
(Fotografías de Aumente.)

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LA FERIA DE LA MORALIDAD

Por Geoffrey WILLIAMSON



DEBO declarar al comienzo de este libro que no se trata de un estudio de la psicología del sexo, en el estricto sentido de estas palabras. Aunque muchos aspectos de esta cuestión sean tratados, se hacen con el fin de ilustrar debidamente la actitud siempre cambiante del público y la tendencia cada vez mayor de la Prensa a tratar de una manera directa todos los hechos de la vida, sean agradables o no.

Nuestro libro, aunque podría ser clasificado como un estudio sociológico, lo que intenta fundamentalmente es señalar a través de las columnas y artículos de periódicos la situación de un clima moral determinado. Organismos especializados en la tarea del bienestar social en sus más complejos aspectos pueden en algunos casos censurar a la Prensa por lo que ellos consideran como muestras de mal gusto o por deliberada explotación de asuntos mórbidos. Igualmente, los periódicos dan muestra de estrechez de miras, intenciones torcidas y son frecuentemente culpables de errores y de falta de tacto. Ahora bien: la mayor parte de ellos lo que hacen es simplemente presentar lo que el público desea.

La principal intención de este libro es observar objetivamente los cambios experimentados en las ideas sobre la moralidad, tal como lo reflejan los periódicos, las revistas y, en general, cualquier obra impresa. Independientemente de los progresos que se puedan haber realizado en algunos aspectos en contra de determinado puritanismo, nadie puede negar que se ha ido demasiado lejos. Hoy nos encontramos ante desconcertantes ideas relativas a cuestiones sexuales, y a menudo no sabemos enfrentarnos con las realidades tan francamente como desearíamos. Por eso si este libro contribuye a la desaparición de algunos absurdos y colabora a determinadas reformas legales, nuestra labor de compilación no habrá sido vana.

CRISIS DE LA MORAL VICTORIANA

En 1891, Anne Thackeray Ritchie escribía una carta a su amiga mistress Douglas Freshfield, en la que planteaba una delicada cuestión literaria, que, según las apariencias, le causaba determinada inquietud. En 1954, Margarita Laski escribía otra carta al director del «New Statesman and Nation», en la que también se enfrentaba con un delicado problema literario que le originaba dudas y vacilaciones. Entre estas dos cartas, separadas por

ASTA asomarse ligeramente a la Prensa británica para comprender hasta qué punto ha llegado la preocupación morbosa de una gran parte de la misma por todo lo referente a aspectos escabrosos, delictivos o anormales. El problema es lo suficientemente serio, tanto por lo que tiene de incitación como de reflejo de un estado psicológico y real, para que provoque la preocupación de gran número de sectores responsables de la sociedad inglesa. Con seriedad documental y hábil estilo, Geoffrey Williamson, autor del libro que hoy comendamos, trata este difícil tema, sorteando casi siempre todos los obstáculos que con bastante frecuencia se oponen al cumplimiento de su tarea. Williamson lleva su estudio desde el terreno sociológico y el periodístico. Su principal esfuerzo está en mostrar los excesos de la Prensa y el daño que ésta puede ocasionar. Su afán por la objetividad y quizá un falso prejuicio de que se le pueda tachar de puritano, hacen que su obra no reprobese con la debida fuerza lo que tiene esta explotación de lo mórbido de censurable. No obstante, la aportación de textos es tan elocuente que casi no se necesitan comentarios, que en algunos casos incluso entorpecerían la simple fuerza, que se desprende de los solos hechos.

WILLIAMSON (Geoffrey). — MORALITY FAIR.—Varieties of Social Conduct as reflected in the press.—WATTS and Co.—Londres, 1955.

de Educación ni la esclavitud ha sido abolida totalmente. Catorce años faltan todavía para la apertura del canal de Suez y quince para la invención de la máquina de escribir. Las mujeres tendrán que esperar aún setenta años para votar. No han nacido aún Freud, Coué, Havelock Ellis y Karl Jung. Nadie habla de «libido», de «subconsciente», de «inhibiciones», «complejos», «repressiones», «impulsos reprimidos», «fuerzas del yo» y de «psicoanálisis». Ni siquiera Darwin ha publicado «El origen de las especies». El cuerpo es mirado por muchos de una manera vergonzosa.

El «Times» publica un suelto anunciando una Exposición del Museo Anatómico sobre las maravillas de la estructura humana, en el que figura entre paréntesis la advertencia de que estas curiosas vistas son sólo para caballeros. Sin embargo, a pesar de la tendencia general de la época victoriana a cultivar una falsa modestia, hay muchas gentes que no están de acuerdo con estas orientaciones. Paralelamente a este culto reticente y solapado, los periódicos aprovechándose de su nueva libertad, se lanzan algunas veces a carreras desordenadas. Las informaciones aparecidas en 1888 sobre los crímenes de Jack «el Destripador» serían demasiado fuertes para los periódicos de hoy. El cambio de los criterios relativos a la moralidad prosigue constantemente. En 1912 las cosas han experimentado una variación enorme. Es cierto que en esta época y años inmediatamente posteriores han aparecido ya gran número de obras importantes sobre el psico-

un periodo de setenta y tres años, puede discernir un enigma acuciante, el de todo un conflicto clave, imponderable e incesante conflicto de la moral pública y la obra impresa. Es algo que inquieta a muchas más gentes que a las dos escritoras, y que además constituye un sugestivo estudio.

Permítasenos que miremos cien años atrás, a 1855, el año en que se suprime la estampilla previa para la publicación de los periódicos. Varios periódicos tienen ya un siglo, y es precisamente en estos momentos cuando nace el «Daily Telegraph», el cual, en un artículo de preertación de su primer número, afirma que la misión de la Prensa es la de contribuir a la mejora de la moralidad. Sentimientos igualmente elevados los expresa Carlos Dickens al asumir el cargo de editoralista del «Daily News». Estamos en una época de progresos y adelantos. Sin embargo, todavía no hay antisépticos ni rayos X.

análisis y las cuestiones malthusianas. También se han alterado preceptos relativos al divorcio y el matrimonio. Mientras ocurre todo esto, la opinión pública sigue una política de camaleón. Unos se inclinan a un lado y otros a otro. Unos urgen mayor libertad y otros piden mayor censura y control del Gobierno. Ahora bien: en el curso que hemos seguido hasta nuestros días no podemos adoptar actitudes de fácil crítica o de comentario humorístico. Hay por en medio tragedias de matrimonios rotos, una proporción cada vez mayor de divorcios, la difusión de la perversión, la prostitución y la anormalidad, un número cada vez más grande de crímenes sexuales de todos los géneros, y esto es algo que no puede ser ignorado por nadie. La opinión pública está dividida en estas cuestiones, e incluso los propios periódicos han declarado ante el «Press Council» la existencia de una desmedida explotación del «sexo».

LA EXPLOTACION DE LO MORBIDO

La explotación de lo morbido es algo de lo que no se libra hoy nada. El cine, el teatro, la Prensa y la televisión han sido objeto de constantes críticas a este respecto. Jerarcas de diversas comunidades religiosas han elevado sus protestas una y otra vez contra el teatro por el deliberado propósito de este de inflamar el deseo en sus obras. Críticas semejantes hay para el cine. A este respecto se dice que el sistema de censura británico es de una amplitud superior al norteamericano.

Las mismas opiniones existen en lo que se refiere a la explotación de las cuestiones sexuales y sádicas por la radio y la televisión. Se considera, por algunos, como inconsistente el hecho de que el cine sea sometido a censura, mientras que la B. B. C. utilice simplemente un sistema de auto-critica. Otros afirman que difícilmente se pueden ver libres estas formas de distracción de los citados temas cuando están a la orden del día en todas las demás.

Hay «demasiado sexo», es el grito que constantemente se lanza y que, como es natural, se aplica muy en particular con las publicaciones periódicas. En un folleto publicado por una auto-idea de la iglesia anglicana se hacía referencia a la literatura erótica, distinguiéndola de la pornográfica y definiéndola como aquella que «se encamina de una manera deliberadamente a estimular los pensamientos y los actos de placer del lector». Tal literatura, declaraba, puede ser un potencial disolvente de la vida familiar al separar la idea del sexo del amor personal. También aseguraba que las informaciones sobre crímenes sexuales constituyen sucias distracciones para los lectores, y que los periódicos deben pasar por alto estos informes. Propugnaba un plan de cinco puntos con el fin de hacer frente al peligro de determinadas publicaciones. Estos puntos eran los siguientes: Todo el mundo debe negar su colaboración a las publicaciones periódicas o librerías que den demasiada importancia a los crímenes sexuales y sádicos. Los padres deben boicotear las publicaciones que traten de manera fácil la vida humana, consideren al sexo como algo de juego y glorifiquen la brutalidad. Se deben de hacer investigaciones sobre las cuestiones obscenas y eróticas. Los anunciantes dejarán de contribuir a los periódicos y revistas que traten de estos temas. Los cristianos deben tomar una cuestión de responsabilidad personal y organizar grupos que creen un clima saludable.

Gentes de la misma opinión han protestado violentamente contra las historietas que aparecen en los periódicos, donde no sólo se tratan los crímenes violentos y se retratan los tipos más odiosos de la humanidad, sino que muestran preferencias por lo macabro, lo siniestro y lo nigromántico.

La creciente moda de publicar en lugares destacados de los periódicos a mujeres en posturas provocativas se ha hecho tan general que a nadie se le escapa que el propósito deliberado es el de atraer la vista hacia esto y estimular así la venta. Algo parecido ocurre con los carteles de anuncios, que mueven muchas veces al comprador por la seductora figura que sirve de reclamo. Son muchos los casos en el que los anunciantes han reconocido la gran ayuda que les han prestado determinadas fotografías de mujeres en sus grandes ventas.

LOS EFECTOS DE LA LITERATURA LIBRE EN LOS TRIBUNALES

Los casos que envuelven más o menos cuestiones sexuales presentan una variedad infinita. Muchos de ellos constituyen una parte inseparable de la

vida diaria. El forzamiento, la seducción, el aborto, la bigamia, la ruptura de la promesa, la ilegalidad, el divorcio, el abandono, el estupro, el raptó, la ocultación del nacimiento, el incesto, el infanticidio, la bestialidad, la violación, la prostitución y el asesinato constituyen todo un catálogo tan alarmante como creciente. Y, naturalmente, otros delitos menos terribles, tales como el robo, el fraude o el engaño tienen frecuentemente un origen sexual. Resulta innecesario aquí penetrar profundamente en la sórdida historia del sexo en los Tribunales, pero resulta necesario un examen del tema, teniendo en cuenta lo habitual de las acusaciones que se levantan contra la Prensa, a la que a menudo se la considera como completamente irresponsable en el tratamiento de los asuntos criminales.

En julio de 1954 el Consejo General de la Prensa fué invitado a estudiar una carta del arzobispo de Canterbury sobre la creciente tendencia de una parte de la Prensa a exaltar determinados aspectos delictivos. El arzobispo señalaba que los periódicos que más se destacaban en esta cuestión eran el «Daily Express», el «New of the World», el «Sunday Pictorial» y el «People».

Es indudable que los directores deben adoptar una conducta responsable respecto a como se deben de tratar estos asuntos. Hoy la forma de hacerlo ha variado de una manera extraordinaria y quizá podrían servir de comparación ver la actitud que observó la Prensa con el proceso de Oscar Wilde y la que ha seguido con el proceso de lord Montagu en 1953. Así, cuando Wilde apareció ante el Tribunal Central, el «Daily Telegraph» se limitó a hablar de «ciertas graves acusaciones que ocurren en la sección 11.ª del acta de enmienda de la ley de Delitos de 1855». Hasta el final mismo del proceso, cuando los jueces hicieron un informe total para los dos procesados, Taylor y Wilde, no se llegó a comprender la exacta naturaleza del asunto, aunque los periódicos seguían hablando de ciertas graves acusaciones.

Muy diferente fué la actitud adoptada por la mayoría de los periódicos al hablar del asunto de lord Montagu. Muchas columnas fueron consagradas para dar toda clase de pruebas, y hubo considerables reticencias al hablar de «actos antinaturales y groseras ofensas». Incluso el tono de los juicios fué también distinto al del proceso de Wilde. De todos modos, después de la serie de sórdidos detalles con que se llenaron los periódicos durante semanas, las moderadas palabras del juez contrastaban seriamente y reflejaban, por otra parte, cómo ha variado la actitud de la opinión pública hacia esta clase de delitos.

Según un informe de la Policía y el ministerio del Interior, los delitos de origen sexual, bajo todas sus formas, se han hecho cada vez más abundantes y resulta difícil no encontrarlos en los periódicos. Las estadísticas a este respecto, por lo que se refiere a Inglaterra, son de una claridad meridiana y muestran que los abusos deshonestos que fueron, durante el año 1930-34, de 3.709, se han convertido en 1953 en 16.637.

Estas cifras, más elocuentes todavía, si se dividen en sus específicas categorías, por inquietantes que sean, no revelan toda la historia. Para completar la visión oficial del aumento de los delitos sexuales de todos los géneros es necesario tener en cuenta otro tipo de casos que pueden incluirse dentro de este apartado.

EL AUMENTO DE LA ANORMALIDAD

Aunque en el último volumen disponible de las estadísticas de criminalidad se señala una disminución de ofensas indecibles en su totalidad, existe una excepción en lo que se refiere al aspecto particular de los abusos deshonestos, que, bajo la forma de vicios antinaturales, muestran un desconcertante incremento. En 1953 las cifras relativas a esta clase de perversiones eran once veces superiores a las que caracterizaban el período entre 1930 y 1934. Los intentos fueron siete veces superiores en la última de las fechas, habiendo subido de 468 casos a 3.375. Los casos de inversión entre varones han aumentado en una proporción de ocho a uno, elevando así los 208 casos a 1.675. El incesto ha aumentado también tres veces más.

Todas estas lamentables cifras se refieren, naturalmente, a casos conocidos por la Policía. En estas circunstancias nada tiene de extraño que el problema se haya discutido en las dos Cámaras y que la atención pública se haya visto reflejada en su interés por estas cuestiones en editoriales y artículos de la Prensa.

En octubre de 1953 el Ministerio del Interior dió

instrucciones muy particulares a la Policía para que fortaleciese su lucha contra el vicio en Londres. El ministro del ramo conferenció con diversos magistrados de la capital británica a este respecto y trató de las diversas y distintas sentencias que recientemente habían dictado los Tribunales londinenses sobre varones pervertidos. Según una información del «Daily Herald», un solo Tribunal londinense había tratado durante un año de 600 casos de este tipo, estimando que «debían ser todos enviados a la cárcel como antiguamente».

Opiniones muy diversas sobre los aspectos sociales y legales de esta perversión han aparecido con mucha frecuencia en la Prensa británica, llegándose también a una discusión pública en el programa de televisión. En ella uno de los participantes en la misma, diputado, afirmó: «Creo que la homosexualidad es en este país mucho más dominante de lo que mucha gente creo admite, y que las leyes actuales no son efectivas ni eficaces».

Las controversias sobre esta cuestión han hecho que la Iglesia anglicana y otros centros competentes pidan la constitución de una Comisión real encargada de estudiar todos estos temas dentro de su máxima amplitud.

El problema originó una discusión en la Cámara de los Lores, en la que se oyeron las ideas más contradictorias. Así, lord Vansittart declaró que el aumento actual de estas perversiones no podría ser contrapesado con ninguna medida si ésta no llevaba consigo una reprobación adecuada de lo que esto significa. Bastantes periódicos comentaron el debate de los Lores en artículos editoriales. El «Manchester Guardian» pedía el máximo tacto y conocimiento para llegar a una exacta visión del problema. El «Daily Telegraph» hablaba de las dificultades que presenta la inversión masculina al ser tratada por la Prensa u otra plataforma pública, ya que esto causa toda una serie de dificultades, muy difíciles de superar por todas aquellas personas que estiman como horribles las prácticas de este lamentable vicio.

Un problema a considerar es el impacto que sobre la opinión produce la información de todos estos asuntos. El aumento de esta perversión en Inglaterra hizo que sir David Maxwell Fyfe declarase en los Comunes: «Los homosexuales, en general, tienden al exhibicionismo y al proselitismo, por lo que estimo que constituyen un peligro para los demás, especialmente para los jóvenes. Por lo tanto, mientras que yo esté al frente del ministerio del Interior no abandonaré jamás la idea de considerarlos como tal peligro.» Los periódicos y revistas se sumaron a esta discusión y publicaron artículos sobre las más diversas opiniones. Muchas de éstas se inclinaban en el sentido de que el Estado debe de proteger a los jóvenes de la seducción o el asalto, preservar a la sociedad de esta clase de daño y garantizar la decencia pública. Cuando el caso de lord Montagu y sus amigos, el asunto monopolizó la primera plana de los grandes periódicos.

Tanto en el caso de la inversión como de otras anomalías sexuales, la opinión de los técnicos, reflejada por la Asociación Nacional de Médicos Ingleses, es que la Prensa debe abstenerse de determinados comentarios. En lo que se refiere a los fenómenos de cambio de sexo, el «British Medical Journal» pedía moderación y venía a decir que no se sacaran a la luz pública cuestiones que deben de quedar siempre entre el doctor y su paciente. Nunca se puede decir donde están los límites que no deben pasarse. Como detalle significativo a este respecto, se cita el caso de que, después del relato de una operación relativa a un cambio de sexo, el cirujano que la hizo recibió 465 cartas de personas solicitando de él consulta sobre las posibilidades que ellos ofrecían para sufrir una intervención quirúrgica semejante.

LA PORNOGRAFIA SIRVIENDO AL LUCRO

La explotación del sexo puede ser de dos clases, o deliberadamente pornográfica o manifiestamente cínica. Ambas están frecuentemente motivadas por consideraciones de ganancias financieras, y aunque es muy difícil decir donde está su línea divisoria, se pueden llegar a estudiar separadamente.

Constantemente aparecen en la Prensa protestas y resoluciones hechas por organismos públicos por la floración cada vez mayor de toda una literatura pornográfica oscura y corrupta. Se pide que el Ministerio del Interior tome medidas que

acaben de una vez para siempre con todo esto. No obstante, su tráfico, muy lucrativo, continúa. Este comercio se realiza siempre con un máximo de cuidado. Son tan secretas sus transacciones, que casi se podría hablar de una especie de masonería entre aquellos de gustos pervertidos que hacen posible este caprichoso tráfico y provocan el consiguiente enriquecimiento de los que lo llevan a cabo. Resulta para la Policía muy difícil conocer a todas las personas complicadas.

Las quejas de la explotación de estas perversiones alcanza igual a los editores de libros y revistas como a los de periódicos. El arzobispo católico, cardenal Griffin, declaró públicamente en octubre de 1952 que determinadas secciones de la Prensa popular dominical parecían dedicarse a fomentar una total despreocupación de la moralidad y la decencia pública. Consideraba como cosa monstruosa que tanto material de naturaleza inmundada estuviese al alcance de la gente ordinaria. Poco tiempo después el «Manchester Guardian» publicaba un informe oficial que repetía las mismas acusaciones contra la Prensa dominical. En septiembre de 1953 el Instituto de Periodistas, en su conferencia anual de Bristol, decidió pedir la constitución de un Consejo de Prensa que estudiase la constante explotación del sexo por determinados periódicos.

Es indudable que dejando aparte la cuestión de las posibles corrupciones de la juventud y de las faltas al buen gusto, existe el deliberado propósito por parte de muchos directores y propietarios de periódicos de llevar a cabo una constante explotación de los problemas obscenos. Es cierto que en esto hay matices y que unos lo llevan más lejos que otros, pero cualquiera que estudie su producción durante un período tiene que llegar a la convicción de que existen motivos para que determinados organismos pidan la puesta en vigor de lo que algunos llaman «deplorables resoluciones».

NECESIDAD DE UNA REFORMA EN LA PRENSA

Son muchos los organismos competentes que han expresado su opinión sobre las necesidades de una reforma y que han realizado excelentes trabajos educativos a este respecto. Ahora bien; ¿qué papel le corresponde a la Prensa en la orientación que ahora parece iniciarse? En su informe anual del Consejo General de la Prensa se afirma que los directores de los periódicos deben hacer una clara distinción entre las informaciones que puedan ser útiles y aquellas que puedan provocar un deseo de imitación.

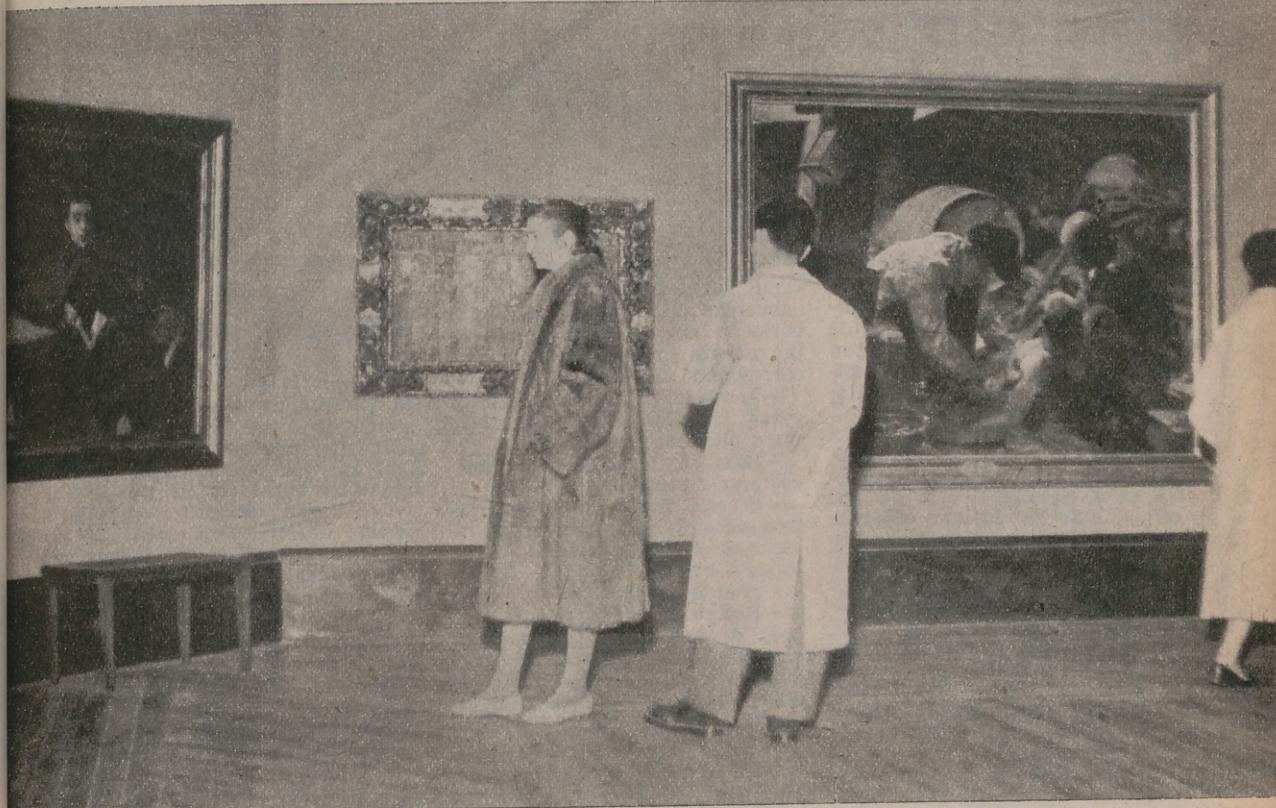
Indudablemente el camino está abierto para la reforma cuando un cierto número de periódicos y revistas reconocen su culpabilidad de haber explotado indebidamente las cuestiones sexuales y muestran además su profunda preocupación por todo ello.

No obstante, no se ponen muchas esperanzas en la eficacia de las medidas tomadas, y el «Daily Telegraph» afirma que, para una gran parte de la Prensa el Consejo es más bien superfluo que útil. Para otra parte, resulta difícil ver cómo el citado organismo puede enfrentarse con las acusaciones de excesivo trato de estas cuestiones en un determinado sector de la Prensa, cuando este mismo sector está representado en el Consejo.

Mientras escribía este libro los periódicos no han dejado de publicar historias y más historias sobre temas más o menos escabrosos. Unos hacen referencia a divorcios otros a cuestiones de difusión de pornografía. La indignación relativa a las historietas para niños ha llegado al máximo y hay casi una unánime petición para que se supriman.

Mientras tanto, un periódico dominical de muy buena reputación ha ofrecido a un ex criminal una prima de 4.000 libras por sus Memorias. Y otras publicaciones han seguido pagando opulentos honorarios a gentes de moralidad más o menos dudosa. De este modo el problema de la «Feria de la Moralidad» y las divagaciones sobre la conducta social se presentan ante nuestros ojos como un preludio que parece no tener fin. Los periódicos de las próximas semanas contendrán más cosas de este género y nos volveremos a encontrar ante el incesante conflicto entre la moral pública y la palabra impresa.

EL MUSEO DE ARTE MODERNO ESTRENA NUEVA CARA



La mejor época del Museo de Arte Moderno, es la de la primavera y la del otoño, que es, poco más o menos, la misma época que utilizan los turistas y los recién casados para visitar la capital de España. A estos últimos se les reconoce en seguida por su amartelamiento y porque, ineludiblemente, acaban deteniéndose delante del gran lienzo de Muñoz Degraín, que representa a los Amantes de Teruel.

—¿Tú harías eso?—le pregunta la recién casada a su marido, que es un hombre gordo con aspecto de contratista o comerciante. El hombre, que está un poco distraído, tal vez pensando en lo que puede valer aquello, responde:

—¿Qué?

—¿Harías tú lo que él?

—¿Y tú?

—Yo sí.

—Pues yo también.

Y estos amantes anónimos pasan reverentes y en silencio, delante de los cuerpos de Diego Marçilla e Isabel de Segura.

Dicen que Muñoz Degraín era algo cascarrabias. Pero murió hace ya más de treinta años, y ahora sólo cuenta su pintura, que es la que más llega al corazón y a los sentidos de los espectadores. Muñoz Degraín ha firmado dos de los cuadros más populares de este Museo. Pero no se crea que es un pintor facillón y de mayoría. Tanto gusta a un comerciante de provincias como a un intelectual del Arte. El mismo Picasso, que fué discípulo suyo,

**CUADROS QUE
COSTARON 16.000
REALES, VALEN
HOY MILLONES
DE PESETAS**

conserva de sus obras un grato recuerdo, acucido por una sensibilidad y una nostalgia curiosas.

Los aficionados a la pintura decimonónica han aumentado casi en un cien por cien en los últimos años. Tal vez se deba a que después de la procesión de tantos «ismos» los retratos de Esquivel los paisajes Haes y las composiciones de Rosales, van tomando sabor en la lejanía histórica. Pero también ha influido muchísimo las recientes formas realizadas a partir del decreto de 9 de octubre de 1951, que dividió el Museo de Arte



Arriba: Una de las salas del Museo de Arte Moderno en Madrid.—Abajo: Momento de la instalación en el Museo de una nueva Exposición

Moderno en los de Arte del siglo XIX y Arte Contemporáneo. Ultimamente, después de la reapertura del primero, realizada a principios de este mes, la afluencia del público se ha incrementado en un trescientos por cien.

Mientras que al Museo del Prado acude todo el mundo, tanto las estrellas más rutilantes de la pantalla, como las emperatrices y los turistas del «auto-stop», a este de la pintura moderna va el público ya iniciado en Bellas Artes, compuesto por gente culta, arquitectos, estudiantes y alumnos de Filosofía y Letras o de la Escuela de San Fernando.

DOS PINTORES ABREN Y CIERRAN EL MUSEO

En esta pinacoteca hay depositadas 824 obras. Pero por falta de espacio sólo hay colocadas 265, que están distribuidas en catorce salas. Además existe otra, de reciente creación, que el director, señor Lafuente Ferrari, ha dedicado para las exposiciones antológicas que viene organizando.

Las obras corresponden a 283 artistas; cinco nacidos en el siglo XVIII, 243 nacidos o muertos en el siglo XIX y 35 nacidos en el XX. Es curioso observar que la relación cronológica de los representantes en el Museo se inicie con una mujer y acabe con otra. La primera es Ana María Menga, hija del conocido pintor Antonio Rafael, nacida en Dresde en 1751 y muerta en Madrid en 1791. Es, pues, el único artista de este centro que pertenece a la centuria de la Ilustración y la Enciclopedia.

La postrera es Menchu Gal Orendain, nacida en San Sebastián en 1917. Figura en el Museo aunque su obra se conserva en el depósito por falta de espacio a consecuencia de una Tercera Medalla que ganó en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1954 por un retrato de Rafael Zabaleta.

No se crea con esto que las mujeres también han invadido el mundo de las Artes Plásticas, como ha ocurrido con el de la Literatura. En todo el Museo sólo hay además otras tres mujeres: Adela Ginés Ortiz, una pintora de bodegones del siglo pasado; María Gutiérrez Cueto, más conocida por María Blanchard, y la escultora Pilar Calvo Rodero.

ARTE MODERNO Y ARTE CONTEMPORANEO

La división de los fondos del antiguo Museo de Arte Moderno entre los nuevos del siglo XIX y de Arte Contemporáneo está todavía sin realizar, pendiente de las reuniones de los representantes de ambos Museos y, naturalmente del superior criterio que manifieste la Dirección General de Bellas Artes.

—Tal estado de cosas explica el hecho anacrónico de que treinta y cinco artistas nacidos de 1900 para acá figuren en un Museo que se llama del siglo XIX —nos informa el director, don Enrique Lafuente Ferrari.

—Por el otro lado tienen ustedes el mismo problema con Ana María Menga.

—En cambio—afirma don En-



El público visita con interés las salas reformadas del Museo

rique: en el Museo del Prado se encuentra la mayor parte de las obras de Vicente López, cuya más importante actividad pictórica corresponde al siglo XIX.

—También en el Prado figuran obras de Fortuny, Esquivel y otros pintores románticos.

—Esos son legados, y los legados son inviolables.

—Si esto fuera así no podríamos admirar ahora en el Prado algunas obras de Rubens. Usted lo sabe bien.

—¿Por qué?

—Recordará que la última esposa de este pintor quería quemar alguno de sus cuadros porque para algunos desnudos fue ella modelo. Afortunadamente su confesor, un jesuita, le aconsejó que las ofreciera a la Corona de España bajo condición de que no se expusieran nunca en público.

Dejando los razonamientos a un lado, que podrán ser muy lógicos, pero que con frecuencia son irrealizables, lo más probable es que el Museo del Siglo XIX sea lo que todavía no ha dejado de ser: Museo de Arte Moderno, porque este título continúa en la mente de todos. El siglo XIX no es más importante artísticamente que el XVI, el XVII o el XVIII.

—De lo que sí se notaba la carencia era de un Museo de Arte Contemporáneo—prosigue el señor Lafuente Ferrari y añade—: Aunque los que han de decidir todavía no están de acuerdo es posible que en el Museo de Arte Contemporáneo se reúnan las manifestaciones artísticas de las generaciones de escuelas avanzadas.

—¿Avanzadas? ¿Qué entiende usted por avanzadas Avanzadas en su tiempo fueron los impresionistas, los modernistas...

—Habría que entender por contemporáneo, lo que transcurre, lo que vive la escuela, el estilo, el pintor que aun no ha muerto o ha pasado.

Es curioso que al crearse el Museo de que es objeto este reportaje por Real Decreto de la Regencia de 4 de agosto de 1894 se denominase de Arte Contemporáneo. Sin embargo, este nombre no debió parecer entonces el más apropiado, ya que al año siguiente otro Real Decreto se lo cambió dándole el de Arte Moderno, que ha subsistido hasta 1951.

También el Louvre se fundó para recoger la obra de los pintores que vivían. Al morir pasaban a otro definitivo. Pero este criterio no perduró en Francia. Aquí tal vez ocurra algo parecido. Las obras de los artistas vivos o muy recientes pasarían primero al Museo de Arte Contemporáneo, que actuaría como una especie de bodega de valores pictóricos, en donde los artistas más revolucionarios y vanguardistas irían adquiriendo solera en el transcurso de los años y bajo el juicio de varias generaciones.

—¿Y luego?

—La obra que quedase pasaría a otro Museo hermano, al del Arte Moderno, que recogería todo el arte posterior a Goya.

UN NUEVO PLAN DE TRABAJO

Al ser nombrado director del Museo de Arte del Siglo XIX (Arte Moderno) Lafuente Ferrari se trazó un plan de trabajo. En primer término se hacía necesaria la urgente reinstalación de las obras de acuerdo con un criterio didáctico. El más útil se consideró el sistema cronológico-histórico. Y de acuerdo con este pensamiento se volvieron a colocar las obras, manteniéndolas más esparcidas para evitar las aglomeraciones y obtener las máximas posibilidades de visibilidad, lo que facilita una valoración más exacta de sus cualidades artísticas.

Aun cuando en los Museos siempre se muestra lo mejor y se esconde lo vulgar, haciéndose una selección tanto más drástica cuanto menor es su capacidad de superficie, en ninguno de los oficiales se sigue el mismo criterio que en una colección privada. Lo que un aficionado o un espíritu selecto no escogería, en un Museo no se puede ni se debe desechar. Ningún Jurado es infalible, como tampoco lo es ningún crítico agudo. Regoyos en vida no vendió un cuadro ni se llevó un premio; Zuloaga sólo fué considerado en España cuando hubo alcanzado una gran fama en el extranjero. Y en cuanto a Solana puede afirmarse que no rel-



Todas las salas del Museo de Arte Moderno atraen el interés de los visitantes

no hasta después de morir. Esto obliga al director y al Patronato de un Museo a ser imparciales y a estimar todas las direcciones artísticas y las corrientes de cada época.

Este criterio ecléctico imparcial y generoso es el que ha presidido la ordenación del nuevo director, señor Lafuente Ferrari.

SALAS Y CUADROS

Después de la reinstalación del Museo puede seguirse, como ya se ha indicado, ante la visión de las obras expuestas, el panorama histórico del arte del siglo XIX hasta aquellos momentos de principios del XX en el que se manifiesta la ruptura definitiva de la estética contemporánea con la del pasado. Así, a partir de la primera sala en la que hay una magnífica antología de artistas neoclásicos unidos a Vicente López con los puristas pintores de historia, se pasa a los más destacados representantes del romanticismo —Lucas, Alenza Lameyer...—, dándose a continuación la faceta también romántica de los cultivadores de la línea, como son Esquivel, Bécquer, Tejero, a los que acompaña el sevillano colorista Gutiérrez de la Vega, Mariano Fortuny centra la sala dedicada a su suegro, el exquisito retratista don Federico de Madrazo, cuyas obras son completadas para reflejar el panorama del retrato en esta época del siglo XIX con Carlos Luis de Ribera y Vicente Palmaroli.

Rosales por sí mismo da plenitud a un conjunto de primerísima categoría y del mayor valor artístico. Y acto seguido hay otra sala en la que Muñoz Degraín, Lizcano, Valles y Sala dan una nota expresiva de lo que era en esos momentos el gran cuadro literario o histórico. Las consecuencias del impresionismo europeo, al ser trasladadas dentro de los caracteres singulares de los artistas españoles, se magnifican en el valenciano Joaquín Sorolla, poderoso pintor de la luz unido en esta sala con la jugosidad y riqueza de materia del también valenciano Ignacio Pinazo.

Los artistas que pudiéramos considerar como significativos del

período artístico del reinado de Alfonso XIII, Benedicto, Chicharro, López Mezquita, Hermoso... reciben en su sala el conjunto escultórico de Bustos de la Raza y otras obras del escultor Julio Antonio, Ignacio Zuloaga por sí mismo destaca dentro de este ciclo con catorce pinturas capaces de dar idea del ímpetu creador de este vasco que tantos éxitos internacionales obtuvo. Iturrino, Arteta, Solana, Vázquez Díaz, con María Blanchard y un Picasso modernista, establecen ese punto de poder figurativo que equilibra con toda plenitud de modernidad el tránsito a la historia actual de las extremadas corrientes contemporáneas.

Representativo del posimpresionismo francés en su traducción española y en su valor más importante es la pintura de Juan de Echevarría, recogida en la sala XI, después de la exposición antológica organizada y comentada por Lafuente Ferrari. El movimiento modernista, que tiene su efervescencia en la última quincena del siglo pasado y en los primeros años del presente, el cual tiene aún continuidad en algunos artistas, como Anglada, del que el Museo expone un grupo selecto junto con pinturas de Chicharro, en su fase modernista, Zubiaurre y Ortiz de Echagüe.

Una manifestación característica de las inquietudes artísticas del siglo XIX es el auge de la pintura de paisaje. El paisaje, no demasiado atendido por nuestros artistas del pasado, adquiere después de Jenaro Pérez Villamil, y con la aparición del maestro Haes un inusitado interés. Recorriendo un ciclo bastante completo, en las dos salas últimas aparecen paisajes de diversos artistas, entre los que vuelve a llamar la atención Muñoz Degraín por su popularidad, ahora centrada en su «Vista del Pardo», que es el cuadro del Museo que más se copia.

EL CINE, LAS ESTIRPES Y LA MODA

Hoy, como ayer y como mañana, hay delante de este paisaje un caballete y un lienzo, en cuya tersa superficie se va reflejando como en un espejo cada uno de los detalles del original. El copista debe saberse la obra como el credo, porque el trabajo cunde. Aprovechando una pausa, en la que él se echa hacia atrás

para ver lo realizado, le abordamos:

—¿Mucho trabajo?

—No falta.

—¿Qué pinta más?

—Paisajes. Este sobre todo. Hace muy bien en un gabinete, en un amplio vestíbulo. Y no es caro. No pasa de las diez mil pesetas.

—¿Y no le encargan otra cosa? ¿Retratos, por ejemplo?

—Los que vienen buscando familia, sí. Hay personas que se pisan por un abuelo general y por una tatarabuela dama de Isabel II. También la gente del cine y algún modista me ha pedido diseños de vestidos de época para sus modelos. Pero eso es lo menos. La familia pudiente, lo que pide es un paisaje.

LA FAMILIA MADRAZO MONOPOLIZA EL ARTE

Para la constitución y enriquecimiento del Museo de Arte Moderno se valió el Estado, en primer lugar, de la que entonces era pintura contemporánea, depositada en el Museo de la Trinidad, y, en segundo término, de las obras que fué adquiriendo en las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, la primera de las cuales se inauguró en 1856. Prácticamente, y por Decreto de julio de 1917, la colección del Museo empieza con las obras de don José de Madrazo y las esculturas de su amigo Alvarez.

Este José Madrazo, fundador de la dinastía que monopolizó el arte en España durante un siglo, era un pintor mediocre; pero tuvo en su mocedad un gesto gallardo, que cimentó su fortuna y su fama. Pensionado en Roma, le cogió allí la guerra de la Independencia en compañía de un escultor llamado Alvarez el Griego. Un día los franceses llamaron a los artistas españoles y les dijeron:

—Tienen ustedes que jurar al Rey de España.

—¿A qué Rey?—preguntó Madrazo.



El retrato de Carolina Coronado, obra del pintor Federico de Madrazo

—A José I.

Entonces Madrazo contestó con altivez:

—Para mí no hay más Rey que Fernando VII. «Pepe Botella» es un usurpador.

No lo fusilaron por milagro. Pero los encerraron en el castillo Sant'Angelo.

Los Madrazo siempre fueron gubernamentales y legitimistas. José, que murió en 1859, fué gran amigo de Carlos IV, primero, y luego de Fernando VII. El primero de sus hijos, Federico, nacido en Roma al fin de la guerra, cultivó la amistad de Isabel II y retrató a la mejor sociedad de la época. Murió el mismo año que se inauguró el Museo de Arte Moderno, cuyo primer director fué su hermano Pedro, que era escritor. José tuvo también otros hijos: Luis, que fué pintor, y Juan, arquitecto. Este fué quien restauró la catedral de León.

Los hijos de Federico Madrazo fueron tres: Raimundo, Ricardo, ambos pintores, y Cecilia, que se casó con Fortuny, de cuyo patrimonio nació el último artista, de esta estirpe el 1871.

LA TÉCNICA DE LA CONSERVACION

Hasta ahora el Museo carecía de medios adecuados para la restauración de las obras. En la época de su fundación la pintura del siglo XIX estaba menos necesitada de este tipo de atenciones que otras obras más antiguas. Pero precisamente en el siglo decimonónico es cuando se inicia la decadencia en los procedimientos de oficio pictórico, agravada por la industrialización de los materiales a emplear. De aquí que muchas de las obras existentes en el Museo exijan un concienzudo estudio para proceder lo más pronto posible a la reparación de su estado actual.

Por lo pronto, la nueva Directiva ha creado un taller, que posee espacio suficiente y buenas condiciones de luz. Este taller se halla en la parte moderna, que se acaba de inaugurar, y cuenta con dos amplias ventanas orientadas al Norte. Se comunica con el resto del Museo, además de por su correspondiente puerta, por una abertura larga y estre-

cha, que permite izar los cuadros de mayor tamaño sin necesidad de desmontarlos ni enrollarlos.

—Para restaurar una obra de gran valía hace falta un restaurador de idéntica talla—nos explica un técnico del Museo.

—Sí, claro. La restauración no consiste en pegar un roto o rellenar un descascarillado.

—Hasta ahora aquí se cubría el expediente retocando los cuadros con pintura al aceite. Para hacer una reparación perfecta hay que hacer un examen de la obra por procedimientos fotográficos, sirviéndose de la luz de sodio, de los rayos infrarrojos y de las radiaciones Roentgen. Estos procedimientos permiten conocer la pintura original y delatan los añadidos.

—Bueno. Una vez que hallan la materia prima, ¿qué hacen?

—Se toman los pigmentos que la integran y se baten con barnices y gomas para emplear la menor cantidad posible de aceites, que se saponifican y ennegrecen, estropeando los cuadros.

EN LOS MUSEOS TAMBIEN SE HACEN FOTOGRAFÍAS

Dentro del taller de restauración se va a instalar dentro de poco un laboratorio fotográfico, que tendrá un complejo cometido. Una de las misiones será hacer reproducciones de todos los fondos existentes, tanto para destinarlas a la venta como para facilitarlas a los estudiosos que las soliciten. Al mismo tiempo obtendrá copias de todas las obras conservadas en otros Museos y colecciones particulares, siempre que correspondan a la época histórica que compete a este Centro.

Su segundo cometido será la reproducción de los trabajos de restauración. También se intenta hacer microfotografías para saber la textura de la ejecución o la factura del pintor. Para ello se utilizarán los rayos infrarrojos, que revelan los procedimientos, indicando, por ejemplo, el empleo del blanco de cinc. También se tomarán fotografías con rayos Roentgen de distinta intensidad de penetración, técnica que permite obtener fotos de va-

rios planos para analizar las diversas capas y tiempos de la pintura.

CATEDRA DE ERUDICION Y DE ARTE

—El señor Lafuente Ferrari ha iniciado una tarea, que ya va adelantada, para catalogar como es debido el tesoro de este Museo—nos explica Joaquín de la Fuente, funcionario técnico de este Centro.

—¿Cómo es esa catalogación?

—Consta de fichas documentales, técnicas, históricas y administrativas, y también de los datos que proporcionan el archivo fotográfico y los ficheros bibliográficos.

—¿Y no se hacía eso antes?

—El procedimiento de catalogación anterior era muy rudimentario. Para evitar errores, ahora se indica en cada ficha la técnica empleada en cada obra y se describe su argumento, recopilándose además los datos de otros expedientes, la transcripción de firmas y signos autógrafos, la bibliografía y su reseña histórica.

—En definitiva, que cualquier erudito puede encontrar en cada ficha un amplio y cuidadoso estudio que facilite extraordinariamente su labor.

—Sí, eso es lo que se pretende.

—De esta forma el Museo se transforma en algo más que en un almacén de cosas bellas. Así se convertirá en un Centro Superior de Investigación Artística, en una cátedra de erudición y buen gusto.

Esta laudable y magnífica tarea culminará en un futuro próximo con la publicación de monografías de artistas decimonónicos. El director prepara una de Esquivel, y Joaquín de la Fuente está trabajando en otra de Haas.

UN BUEN NEGOCIO

Los visitantes que no buscan el arte por el arte prefieren las obras con argumento. Entre todas, la más popular es «¡Aún dicen que el pescado es caro!», de Sorolla. En cualquier día festivo y los domingos siempre está rodeada por un corro de gente. Sin duda alguna es la obra más admirada y de la que se hacen y se ven más reproducciones fotográficas. En ella Sorolla mezcla hábilmente los esplendores de la luz mediterránea con un fermento social y literario. Es una obra con efectos y trucos de operador cinematográfico. Ante el cuadro surgen mil comentarios. Un espectador dice:

—La hizo en el Perelló.

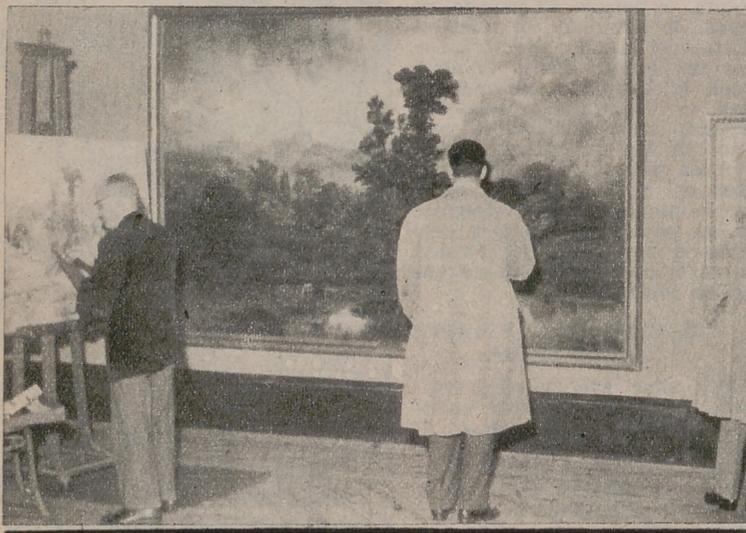
—¡Valdrá una millonada!—opina un señor.

—Ahora puede que sí—interviene un joven con vitola de pintor—, pero Sorolla lo vendió por 4.000 pesetas.

—¿Tan poco?

—Sí. Doce mil quinientas pesetas le valió a Rosales «El testamento de Isabel la Católica». Aun teniendo en cuenta la depreciación de la peseta, este espléndido cuadro histórico valdría hoy en cualquier mercado internacional de arte más de dos millones de pesetas.

Interesados por este aspecto económico del Museo pedimos más informes en la Secretaría. Estos vienen completísimos en la



Los copistas ejercitan su profesión pictórica en este Museo madrileño



ficha administrativa. En cada una consta la orden por la que se adquiere la obra, la aceptación por el Patronato de un legado o donativo. Cuando se trata de una compra se indica el precio. Por análisis de esta ficha, de una ojeada se deduce el magnífico negocio que realiza el Estado comprando obras de arte.

A Zuloaga, el pintor mimado de todo el mundo, le pagaron 20 000 pesetas por «Toreros de pueblo» en 1943; 15.000, por «Casas de Segovia», en 1943; 20 000, por «El Cristo de la Sangre», y 4 500, por «El Segoviano». Y a Gutiérrez Solana se le compró en 10 000 pesetas «La vuelta de la pesca». «La tertulia de Pombos» fue donada al Museo de Arte Moderno por Ramón Gómez de la Serna.

CIENT ESTAMPAS JAPONESAS

En los últimos dieciocho meses se han adquirido 163 obras de pintores, entre los que figuran Anglada, Fortuny, Esquivel, Vázquez Díaz, Riancho. Unos han sido comprados directamente bien buscados u ofrecidos, y otros entregados por la Dirección General de Bellas Artes, por cuyo conducto y presupuesto el Museo posee las obras de Echevarría, cien estampas japonesas de la Unesco, una colección de litografías de Villamil, un cuadro de Fortuny, otro de Anglada y una escultura de Casanovas.

También ha recibido en los últimos meses algunas donaciones. Por este conducto ha recibido dos retratos de Tejeo, otorgados por doña Rosario Sancho Aristazábal; unos retratos de familia del almirante Santaló, realizados por el romántico sevillano José María Romero, donados por doña Inés Santaló; un retrato del actor Carreras, regalado por su viuda y pintado por Salvador Viniegras. Por último, Domingo Carles regaló un florero.

El famoso cuadro de Sorolla. ¡Aún dicen que el pescado es caro!

AMPLIACIONES Y REFORMAS

El Museo carecía de locales de trabajo para su personal técnico y administrativo, y éstos han sido realizados recientemente con unas obras dirigidas por el arquitecto conservador del edificio de la Biblioteca Nacional, don Luis Moya. Para ello se ha aprovechado una sala de las existentes. Como todas las del Museo son de techo alto, se ha rebajado el de una de ellas a la mitad. Y se han realizado las obras en la parte superior. Levantándose muros se han habilitado seis departamentos: uno para el direc-

tor, otro para Secretaría, para el Gabinete Técnico, taller de restauración, biblioteca y despacho de Habilitación. Además se han hecho los servicios correspondientes, tanto arriba como abajo, en las salas que no los poseían. Los muros son de cemento y los suelos de pavimento continuo. Se espera que las obras continúen en cuanto se ponga en marcha ese plan de 60 millones de pesetas que en un Consejo de Ministros acaba de ser concedido para la mejora del Palacio de Bibliotecas y Museos.

UNA SALA DE EXPOSICIONES TEMPORALES

La parte baja de la sala que se ha partido en dos se ha destinado a Exposiciones. Esta sala ha sido modificada y acondicionada de acuerdo con las técnicas modernas.

Esta sala se inauguró el día 4 de diciembre actual con una antología brindada por la Embajada de los Estados Unidos de pintura y esculturas norteamericanas. Anteriormente se había hecho un ensayo, que resultó muy satisfactorio, con una Exposición antológica de Echevarría, que fue motivo de un documentado estudio por parte de Lafuente Ferrer, y de una escrupulosa catalogación realizada por De la Fuente, que en el futuro servirá de base para el estudio de tan extraordinario pintor.

En plazo próximo se celebrarán otras, entre las que serán las primeras una de Ignacio Zuloaga y la del pintor y escritor Ricardo Baroja, hermano de nuestro gran novelista don Pío. En los intervalos, exigidos por la organización de estas Exposiciones, la sala estará destinada a recoger obras propias del Museo, que por razones de espacio no pueden exponerse continuamente.

Tristán YUSTE
(Fotografías de Mora.)



Pasillo de las nuevas dependencias, Dirección, Secretaría y Administración



CRISIS EN LA ROCA

NUEVAS PRESIONES FISCALES SOBRE LOS COMERCIANTES DE GIBRALTAR

PARA seguir el símil del Caudillo, la fruta sigue madurando. Gibraltar comienza a ser considerado como un factor de un problema más vasto y más importante: las relaciones hispano-inglesas para la defensa conjunta contra el enemigo común de nuestro tiempo, el imperialismo soviético, que, respaldado ya por gran parte del mundo asiático, trata ahora de ganar el Continente africano. Se acerca por eso poco a poco la hora de la restitución de Gibraltar. Así acaba de pronunciarse en sus recientes declaraciones nuestro ministro de Asuntos Exteriores.

Es evidente que existen otras razones, además de las históricas, que refuerzan cada día más la posición española respecto a Gibraltar y la proyectan hacia el futuro.

COLONIA QUE OFENDE A EUROPA

La defensa del mundo libre frente a la gigantesca amenaza oriental obliga a formar bloques de naciones que diriman sus diferencias históricas en beneficio de la defensa común. Y si hay una cuestión en Europa que sea más claramente residuo del viejo «colonialismo», este es el asunto de la existencia de una pequeña colonia en el ámbito europeo. La situación de Gibraltar es insultante para España tanto como para Europa, en cuya tierra continental es el único ejemplo de ese coloniaje.

La buena voluntad española, siempre deseosa de llegar a un arreglo pacífico de la cuestión de Gibraltar, choca con el orgullo británico, que quiere presentar este asunto como una cuestión

ALGUNOS ARTICULOS
AUMENTAN EN
PRECIO HASTA UN
VEINTICINCO POR CIENTO

de prestigio nacional mientras este orgullo ha encajado, a lo largo de estos años, otros casos de valor moral y material indudablemente superior para su Imperio. Aunque de vez en cuando salta a las columnas de la Prensa británica metropolitana el criterio más abieto y comprensivo de ciertas personalidades, los diarios londinenses habían muy poco de esta cuestión. Pero la Prensa gibraltareña no puede, naturalmente, desconocer un problema que vive de manera muy directa. Entre las distintas pu-



Una calle comercial
de Gibraltar

edicaciones que se editan en la ciudad irredenta, el semanario «Gibraltar Post» es el que se distingue por el sectarismo y parcialidad de sus campañas antiespañolas.

SE ROMPE LA CONJURACION DEL SILENCIO

La conjuración del silencio británico que puede interpretarse como un reconocimiento de culpabilidad ante una acción histórica, si bien poco honorable, se rompe en el mismo Gibraltar con una Prensa dicharachera que tendría hasta cierta gracia si no torpedease la siempre manifiesta buena voluntad española para la comprensión y el diálogo.

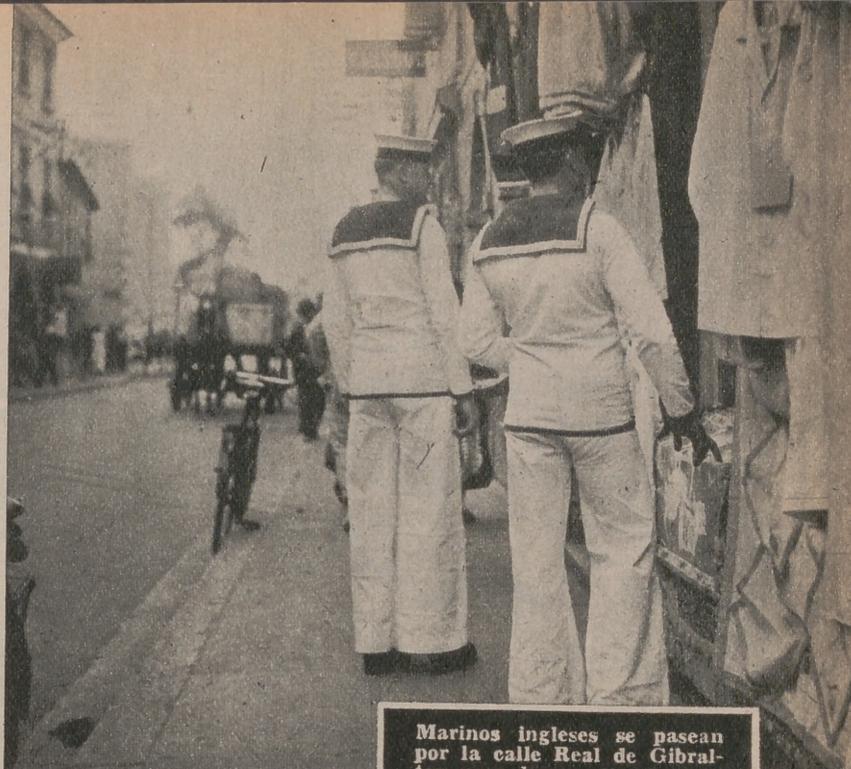
Desdichen de la flemma los patateos del «Gibraltar Post», «Gibraltar Chronicle» y «El Océano», diario en lengua española.

Todos los síntomas señalan que algo ocurre dentro de Gibraltar que tiene a la opinión local sobresaltada, pese a las promesas de que la crisis será resuelta. El ir y venir de Comisiones locales a Londres para hablar con el ministro de Colonias y de delegaciones de parlamentarios que van a Gibraltar a informarse de cómo marchan los asuntos internos de la colonia hasta ahora no han logrado los efectos que esperaba la opinión municipal.

A Londres fueron el alcalde de la ciudad, don Salvador Hassan; el consejo legislativo don Abraham Serfaty y el concejal don Pedro Russo para hablar con el ministro británico de las Colonias, mister Alan Lennox Boyd, y con el secretario de Estado colonial, mister Henry Hokinson.

Varias interpelaciones en la Cámara fueron el fruto de aquella visita. Invitada por la Comisión gibraltareña, una delegación parlamentaria integrada por lord Balfour, teniente de navío; Lynch Maydon (conservador) y George Jeffer y Norman Dodds (laboristas) visitó Gibraltar hospedándose en «El Convento», residencia del Gobierno Militar de la plaza.

No puede decirse que el trasie-



Marinos ingleses se pasean por la calle Real de Gibraltar para hacer sus compras en los bazares indios, hoy cada vez más en crisis

go de Comisiones haya dado muchos frutos de responsabilidad en relación con el momento actual del mundo, sino que cuidaron con mirada estrecha de pequeños asuntos administrativos de régimen interno y carácter más bien mercantil.

Las impolíticas declaraciones, casi siempre dictadas por la testarudez y el ningún respeto a la verdad histórica, no ayudan nada a la mutua comprensión del problema con el amplio espíritu que los tiempos necesitan. De estas Comisiones y Delegaciones que van y vienen de Gibraltar en general puede decirse que, sin discutir la posible buena intención de alguno de sus componentes, les ha faltado tacto y habilidad política, además de ese juego limpio que en el asunto de Gibral-

tar desde tanto tiempo venimos esperando.

La enérgica y mantenida actitud española de restablecimiento de las normas legales pretenden calificarla de «asedio», «guerra fría», «nuevo sitio de Gibraltar». Pero, en realidad, no existe tal cerco, sino un restablecimiento de las normas legales que jamás debieron relajarse.

EL FIN DEL LLAMADO «CAMPO NEUTRAL»

El 26 de junio de 1955 fué puesto en servicio el puesto avanzado de frontera junto a la verja inglesa, conforme a nuestro derecho, y en el que se realizan las operaciones de policía española que antes se hacían al otro extremo del mal llamado «campo neutral».

La Prensa de Gibraltar ha comentado esta modificación diciendo que da lugar a la formación de colas de automóviles junto a las pistas del aeródromo, coches que solamente se permite pasar uno a uno, con lo que esos automóviles, que antes esperaban tranquilamente en la carretera del «campo neutral», congestionan ahora el reducido espacio gibraltareño.

Este puesto avanzado de frontera ha demostrado su gran eficacia. Como anécdota podemos referir que recientemente este puesto avanzado ha demostrado una vez más su eficacia con ocasión del paso de una caravana de gitanos que desde Marruecos llegaron a España vía Gibraltar. Antes de que se concluyera este puesto en aquel lugar avanzado todos los grupos, e incluso personas aisladas que no tenían la documentación en regla, eran lanzados por la verja inglesa al mal llamado terreno o campo neutral, donde la caritativa y humanitaria solicitud española tenía que hacerse cargo de estas



La calle Real de la Roca llamada «Main Street» para los ingleses. Todos sus comercios se hallan hoy en franca decadencia



Vista de la parte alta de Gibraltar y del castillo

personas indocumentadas que ahora, con la construcción de una verja nuestra al lado de la inglesa, tienen que quedar en la vecina plaza, que sufre las consecuencias de tener a su cargo ese personal sin documentación en regla.

Acerca de este asunto de las verjas, la Prensa gibraltareña ha hecho muchos comentarios, llegando a decir que la instalación de un puesto de Policía español junto a «Four Corners» es nada menos que «una puñalada por la espalda». El «Gibraltar Post» ha dicho sobre este asunto literalmente lo que sigue:

«La frontera española fué trasladada a unas cuantas pulgadas de nuestras propias puertas. Ahora el muy esperado puesto de Policía español ha llegado a tomar cuerpo, y desde luego nosotros hallamos que la larga cola de coches que acostumbra a pasar la frontera los domingos se forma inevitablemente al lado interior de nuestro territorio»

En cuanto al vecindario de Gibraltar, hay que decir que en él cunde el descontento y que la política interna de la colonia está dividida entre sus principales dirigentes. Un fuerte motivo de descontento ha sido la aprobación de la ley de nuevos impuestos con una subida de un 10 por

100 en los artículos de importación.

CRITICAS AL GOBIERNO INGLÉS

Los lamentos a la subida de impuestos llegan a afirmar que el propio Gobierno inglés está también dispuesto a hundir económicamente a los gibraltareños con objeto de que se vayan y queden solamente en Gibraltar los militares y unos escasos funcionarios.

Crece la opinión entre la población mixtificada que habita en la plaza, que es la de que hasta sus propios directivos piensan solamente en obtener el mayor número de votos posibles en las próximas elecciones.

La ley de aumento de impuesto ha sido calificada de «victoria española», «paso en falso...», y fué impuesta haciendo uso de poderes de reserva, no obstante la desaprobación de la Asamblea legislativa, que rechazó el proyecto por seis votos contra cuatro. Estos nuevos gravámenes afectan a los siguientes artículos: encendedores mecánicos y sus piezas de repuesto, vehículos a motor y accesorios,

cámaras fotográficas y proyectores cinematográficos, incluidos repuestos y accesorios, pero excluidas las películas; receptores de radio, aparatos de telegrafía y radiogramolas, incluidos repuestos y accesorios, pero excluidas las baterías; hojas de afeitar, relojes, incluidos repuestos y accesorios, así como un notable aumento en la tarifa de importación del combustible líquido.

Como consecuencia de esta nueva presión fiscal los precios de los artículos afectados han aumentado en Gibraltar desde un 17 a un 25 por 100, y las empresas de autobuses también han notado el aumento del combustible líquido.

LA LUCHA POR EL TURISMO

El ambiente interno acusa gran preocupación al ver los privilegios que antes disfrutaban los gibraltareños funcionarios británicos para moverse en el campo de Gibraltar les van desapareciendo.

Para poner un cierto remedio a la situación de crisis el Gobierno militar de la plaza ha concedido mayores facilidades para la visita a Gibraltar por los extranjeros (exceptuando los procedentes de los países de detrás del telón de acero) y los apátridas. Ahora los extranjeros no tienen necesidad de visado para entrar en Gibraltar si su estancia no es superior

El Peñón de Gibraltar visto desde Algeciras. A la derecha, el Rock Hotel, de Gibraltar



a setenta y dos horas, ya sea en tránsito o en visita. No obstante, los extranjeros que deseen permanecer más de setenta y dos horas deberán estar en posesión del visado.

Pero estas facilidades no han logrado atraer a Gibraltar (que no es una población de grandes encantos turísticos) sino a muy pequeños grupos de visitantes no españoles, con lo que el comercio de la plaza no ha logrado el respiro que esperaban.

El Comité de Turismo de Gibraltar viene intensificando a la desesperada su acción, muy especialmente desde que se supo que los trasatlánticos de la American Export Lines cambiaban el puerto de Gibraltar por el de Algeciras.

Durante el pasado año han salido de Gibraltar con destino a Gran Bretaña y otros lugares bastantes familias gibraltareñas en un número aproximado de cuatrocientos individuos. Esta emigración obedece a varias causas, como son el incentivo de mayores ganancias, huida del estrecho espacio en que se desenvuelve la vida en Gibraltar y la firme actitud española de que desde la Roca se siga actuando contra los intereses legítimos de la Hacienda española, vigilancia que produce sus impactos en el turbio comercio de ciertas empresas mercantiles de Gibraltar.

Sobre este particular el periódico «Gibraltar Post» ha escrito:

«La mayoría de los que se marchan son artesanos, y sería triste tener que resolver nuestra sobrepoblación y problema de la vivienda despojando a Gibraltar de sus obreros expertos y de oficio, más aún en un momento en que la política española parece ser la de disminuir la masa obrera que entra en la colonia diariamente»

AGITACION EN LA «INTERNACIONAL DE LA ROCA»

En el capítulo de las modificaciones que se operan en la vida gibraltareña tenemos que citar también la aprobación por el mando militar de la plaza de un plan urbano que hace tiempo se tenía en estudio. Se trata en suma, de la ordenación de la ciudad en zonas.

Según parece, en virtud de este plan, todos los cuarteles y dependencias militares que están situados dentro de la ciudad y junto a la Puerta de Tierra serán trasladados al sur del Peñón.

Los talleres de reparación, hoy enclavados en el centro de la ciudad parece que van a ser trasladados al sector de la Puerta de Tierra, con objeto de lograr espacio para ensanchar algunas callejas por las que ahora es muy difícil el tráfico rodado.

La actual situación hace aún más evidente que uno de los puntos de roce en el orden estrictamente humano es la existencia, dentro de Gibraltar, de lo que se ha llamado «la Internacional de la Roca», o sea, la mezcla de razas: indios, malteses, chipriotas... cuya presencia en la plaza es molesta para los españoles comienza a suponer dificultades para los ingleses en estos momentos. Es entre esta misma población por la que discurre ahora el rumor de que en la parte alta del



Una panorámica aérea de Gibraltar y de la bahía de Algeciras



Interior de un comercio de Gibraltar, hoy sin los clientes de otros tiempos

Peñón, y concretamente en el sitio concedido por «Windmill Hills», el Departamento británico de Guerra está instalando cuatro baterías de artillería atómica y varios depósitos de proyectiles nucleares. Ellos temen seriamente los peligros que tal medida pudiera representar en caso de incidencias.

PROTECCION AL CAMPO DE GIBRALTAR

El Campo de Gibraltar necesitaba de una protección humana en muy diversos aspectos. La creación del Consejo de Protección Escolar del Campo de Gibraltar, con sus preocupaciones por la defensa del espíritu católico y na-

cional la construcción rápida de nuevas escuelas, algunas de ellas incluso prefabricadas, y la política de viviendas protegidas, Obras Públicas y hasta de creación de nuevas fuentes de riqueza indican bien claramente que el Gobierno español, a través de sus organismos idóneos, se preocupa muy directamente de esta zona.

Por otro lado, la disminución hasta casi el cese completo de la afluencia de gentes que sin un oficio conocido se dirigen al Campo de Gibraltar pensando en el contrabando y la reventa, el éxodo voluntario de personal sin cualificar y otros muchos síntomas inequívocos, indican que esta zona se pone en marcha.



UNA PARTIDA SECRETA DEL PRESUPUESTO RUSO

Todos los partidos comunistas del mundo cotizan para Moscú

LA GRAN MENTIRA DEL DESARME SOVIETICO

EN 1955, el Soviet Supremo, contrariamente a sus hábitos, se ha reunido tres veces: la primera, del 3 al 9 de febrero, para aprobar el presupuesto de ese año; la segunda, del 4 al 5 de agosto, para escuchar el informe de Bulganin sobre la Conferencia de los «Grandes» en Ginebra; la tercera, como nuestros lectores saben, a finales del pasado mes de diciembre.

A lo largo de estas tres sesiones (la de agosto, extraordinaria), sólo se produjo una novedad importante: la postergación de Malenkov, quien después de haber sido calificado de «divulgador del marxismo» por Chepilov, redactor-jefe de «Pravda», tuvo que aguantar a pie firme una ruda catilinaria de Krustchev. Entonces, Malenkov cayó desde las alturas de jefe del Gobierno soviético a la modestia de su actual cargo de ministro de Energía Eléctrica, del que no se ha movido pese a que muy recientemente la Prensa occidental había dado la noticia de su «ascenso».

Para esta tercera sesión del Soviet Supremo, se esperaba la jubilación del viejo Molotov, que ha servido ya a tres o cuatro cambios de frente en la política exterior soviética. Pero no ha sido así. De momento, Molotov sigue disfrutando de buena salud política.

Vamos a ocuparnos hoy de esta postrera reunión del Soviet

Supremo; pero antes de seguir adelante, veamos algunos detalles previos

LA ASAMBLEA DE LOS UNANIMES

El Soviet Supremo, encarna el Poder Legislativo de la Unión Soviética; teóricamente—sólo teóricamente—, es el organismo supremo del Estado—como su nombre indica—, ya que ninguna ley puede entrar en vigor hasta que la aprueba dicho organismo supremo. De hecho, es una farsa que se celebra cuando al partido le viene en gana. La unanimidad jamás ha sido quebrantada; la única duda está en saber si votarán a favor de lo que diga el partido el 100 por 100 ó el 110 por 100 de los diputados. Fuera de esta problemática eventualidad, amen a todo, y a otra cosa. Sólo un enfermo mental puede manifestar la más liviana discrepancia.

El Soviet Supremo es bicameral; hay el Soviet de la Unión y el Soviet de las Nacionalidades. El primero reúne a 708 diputados; el segundo, a 639; en total, 1.347 representantes del pueblo ruso. Entre ellos, figuran 300 mujeres.

El Soviet Supremo se reúne en una gran sala del Kremlin. Hay una tribuna para los invitados y otra para el Cuerpo Diplomático. Entre los invitados de la última sesión figuraba Svetlana, hija del difunto Stalin, al que por cierto y que nosotros sepamos, no se ha

dedicado ningún párrafo («in memoriam»)

Durante las sesiones, los señores diputados se cuidan bien de salir al «bar», de abrir un periódico o de ausentarse cuando alguien discursa o cuando se va a proceder a una votación. Una abstención en el momento de votar sería equivalente a levantarse la tapadera de los sesos. La regla no escrita de la unanimidad es tan intangible como el principio de Arquímedes.

LA HISTORIA DE ZVEREV

Con este aparato, estos hábitos y este clima, se reunió por tercera vez en 1955 el Soviet Supremo. La orden del día era la siguiente:

1. Presupuesto de 1956 y examen del balance presupuestario del ejercicio de 1955, presentado por el ministro de Finanzas de la Unión Soviética, señor Arsenio Zverev.

2. Ratificación de los decretos del Presidium del Soviet Supremo, promulgados desde febrero de 1955.

3. Intercambio de delegaciones parlamentarias.

4. Informe de los señores Bulganin y Krustchev sobre su reciente viaje a la India, Birmania y Afganistán.

Procedamos, pues, por orden y comencemos con el informe del ministro de Finanzas. Pero antes conviene que hagamos un prelude. Es preciso que nuestros lec-

tores sepan que si hay algo inextricable y confuso en este mundo, ese algo es el presupuesto ruso. Cuando a un especialista en asuntos soviéticos se le hace alguna pregunta sobre el presupuesto de la U. R. S. S., se encoge de hombros, lleno de confusión y dice que de ese asunto no sabe una palabra. Vamos a movernos, pues, por las cifras de este presupuesto con la misma seguridad con que se mueve un borracho por una calle llena de sobacos. No podemos responder de nada.

El señor Zverev, comenzó por presentar un presupuesto muy equilibrado. Lo creemos así, porque no podemos creer otra cosa. Ingresos: 590.2 mil millones de rublos; gastos, 563.5 mil millones de rublos, para 1955. Para el año 1956: Ingresos, 591.9 mil millones de rublos; gastos, 568.9 mil millones de rublos.

Hay, así, un superávit de rublos 23.126.184.000.

En este presupuesto para 1956, se hace siempre, según Zverev, una reducción de un 10 por 100 en los gastos militares, como sin duda ya saben nuestros lectores. Tal acontecimiento, ha sido aprovechado por el ministro de Finanzas para proclamar con todo el fuego de su laringe que Rusia está desarmando; que esta reducción en los gastos de defensa pone de manifiesto, una vez más, el afán pacifista de la Unión Soviética, abogando, finalmente, por la coexistencia entre dos sistemas políticos y sociales distintos. En una palabra: pura propaganda, sobre las bases de lo que se ha dado en llamar «new look» soviético.

¿Qué hay de verdad en esta reducción de los gastos militares? Probablemente—y sin el menor temor a pecar de sectarios—, no hay más que vana y superficial palabrería. Y puesto que decimos esto, vamos a tratar de demostrarlo.

Tenemos, en primer lugar, una afirmación hecha por el propio Zverev. Según él, y refiriéndose a la política de consumo, el rublo ha aumentado su capacidad adquisitiva. Quiere decirse que el ciudadano soviético, con menos rublos adquiere más mercancías. Bien. Si esto es verdad para el ciudadano soviético, lo es también para el Estado. En consecuencia, el Estado Soviético podrá fabricar este año los mismos o más cañones que el pasado con menos rublos. Esa tan cacareada reducción de un 10 por 100 en los gastos militares viene a significar, en líneas generales, que con un 10 por 100 menos de rublos, puede mantenerse el mismo nivel de potencial militar, o aumentarlo.

Sin duda, este detalle se le ha escapado al señor Zverev. Un grave desliz, pues nos ha bastado para descubrir el «bluff» que hay detrás de la famosa reducción.

Tenemos, en segundo lugar, otro hecho menos controlable, pero igualmente evidente: todo el mundo sabe que los ejércitos modernos tienen como base, aquí y en Lima, la industria pesada. Tanto es así que el potencial mi-

litar de una nación, se calcula sobre el volumen de esa industria pesada. ¿Qué ocurre con esta en el nuevo presupuesto soviético? Pues ocurre que sigue desempeñando en la economía el papel de león—en el reparto—, mientras que la industria ligera, tan estrechamente ligada con el consumo y, sobre todo, con las «arts menageres», continúa haciendo el papel de cenicienta.

Todo aumento registrado en la industria pesada, equivale a un aumento en el potencial militar de la U. R. S. S. Esta identidad no la puede negar el señor Zverev, ni nadie. Hablemos, pues, de nuevo, de «bluff».

Finalmente, y aunque esa dichosa reducción de un 10 por 100 fuese cierta, queda en pie un hecho: el de que Rusia sigue manteniendo en pie de guerra el Ejército más numeroso del mundo. Echemos un vistazo al informe que sobre este asunto publicó lord Ismay, secretario general de la O. T. A. N., haciendo un balance de esta organización, entre 1949 y 1954.

«Desde 1947, la fuerza numérica del Ejército de tierra soviético (175 divisiones), ha permanecido constante... Rusia posee actualmente 65 divisiones blindadas y mecanizadas... El número de divisiones de los países satélites se ha duplicado casi desde 1947, alcanzando un total de unas 80 divisiones. Rusia, la Alemania oriental y los satélites de la Europa oriental tienen hoy una fuerza global de seis millones de hombres sobre las armas, de los cuales 45 millones pertenecen a las fuerzas terrestres»

Es bastante. Aunque Rusia redujese en un 30 por 100 sus gastos de defensa, su superioridad militar sobre el Occidente persistiría. La reducción del 10 por 100 no quiere decir gran cosa. Y, además, no es cierto, con lo que la cosa no es grande ni pequeña.

Diagnóstico para el señor Zverev: pura propaganda.

MÉTODOS DE FINANCIACIÓN

No podemos ocuparnos del presupuesto soviético en detalle, porque sería una lata espantosa para ustedes, además de un inútil gasto de energías por nuestra parte. Pero conviene que digamos al-

go sobre el sistema soviético de financiación, y sobre alguno de sus «misterios».

Ese sistema de financiación obedece a dos métodos simultáneos: uno, la financiación por el presupuesto del Estado; otro, la autofinanciación de las empresas, echando mano de sus propios recursos y de sus reservas. Así, por ejemplo: Economía Nacional: el Estado pone 237.2 mil millones de rublos, y las Empresas, 109.7 mil millones de rublos; total, 346.9 mil millones de rublos.

El lector puede imaginarse fácilmente la cantidad de «combinaciones» que pueden hacerse con este sistema a fines de oscurecimiento...

Finalmente, el Estado soviético tiene una tercera fuente de recursos para incrementar sus ingresos: las llamadas «suscripciones voluntarias». Para un trabajador esta «suscripción voluntaria» significa un mes de salario al año, además, naturalmente, de los impuestos. El objeto de esta clase de suscripciones es, oficialmente, el de «equilibrar el presupuesto». La tarea del señor Zverev debe ser, pues, bastante fácil. Con este procedimiento de la «fiesta de la flor» no hay duda de que todo puede equilibrarse.

Peró hay más—y aquí penetramos en un insondable misterio—: en su exposición de ingresos y gastos del Estado soviético, el señor ministro de Finanzas se saltó varios capítulos de su historia, omitiendo el decirnos de dónde proceden nada menos que el 21,3 por 100 de los ingresos del Estado soviético. Gran misterio y no menos grande perplejidad para los observadores de esta materia. ¿De dónde procede, señores, casi la cuarta parte del dinero que ingresa en las arcas públicas rusas? Quisiéramos que alguien nos lo explicase; pero, a falta de explicaciones, bien podemos suponer que hay detrás de esta sorprendente omisión algo inconfesable, de difícil justificación. ¿Serán las cotizaciones de los partidos comunistas del mundo entero? ¿Serán cotizaciones «voluntarias» de la gran masa de trabajadores que se encuentran en los campos de trabajos forzados? No hay respuesta. Pero ahí queda un botón de muestra del estilo con que se confecciona



Un aspecto de los preparativos para una fiesta de los «Amigos de la Paz», una organización soviética que recoge fondos del mundo entero



He aquí una de las colectas comunistas realizadas en Italia. ¿Dónde van esos fondos? El ministro de Hacienda ruso, Zverev, puede dar la respuesta

nan los presupuestos rusos. Si en Rusia no estuviesen prohibidos los milagros habría que creer en uno. Es una lástima.

REARME DE LA INTELIGENCIA

Relacionado con el aumento de presupuesto destinado a la industria pesada, piedra angular del sistema económico ruso, está el propósito soviético de «fabricar» en 1956 setecientos sesenta mil especialistas en materias técnicas y de «trasparar» a la industria setecientos cincuenta mil funcionarios. Estos propósitos equivalen a un rearme en gran escala de la «Intelligentzia» soviética. Esos técnicos se destinarán a incrementar el nivel técnico del Ejército rojo; es decir, de las industrias de base y de las armas en sí.

El peligro de este que llamaremos «rearme invisible» ha sido denunciado bien recientemente por Lewis Strauss, presidente de la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, y en Inglaterra, por sir Winston Churchill. Al parecer, Rusia aventaja a los occidentales en esto de fabricar técnicos con miras «non sanctas». El procedimiento de que se valen las autoridades soviéticas para lograr esta producción en serie de «sabios» es tan sencillo como el de las «suscripciones voluntarias».

Todo consiste en eliminar en las Universidades las asignaturas que en el Occidente llamamos Humanidades. Así, el latín, por ejemplo, sólo se enseña en tres Universidades: Moscú, Leningrado y Luov. Las matrículas para estos cursos se reducen de cinco a diez alumnos. Prácticamente, nada. En las restantes Universidades, el latín fué eliminado progresivamente por vía administrativa. Y lo mismo pasa con la literatura clásica y, en general, con todo lo que se refiere

a las obras del espíritu humano. En la enseñanza secundaria se dedican dos horas semanales a la Filosofía. Algo más increíble todavía: a los pocos filólogos rusos que quedan no se les concede permiso para imprimir.

Estamos viviendo en estos momentos la más grave crisis porque ha pasado en Rusia el humanismo. Como «compensación», el estudio de las Matemáticas y de las Ciencias Aplicadas conoce un auge jamás igualado.

Desde nuestro punto de vista occidental, humanístico, esto es una monstruosidad. Hay que compadecer a una juventud embrutecida por un materialismo científico llevado hasta sus últimas consecuencias, insensibilizada para los puros deleites del espíritu, y que ni siquiera llegará a conocer a sus escritores clásicos, por donde Rusia comenzará a ignorarse a sí misma, deificando estúpidamente el tractor o la dinamo. O la bomba atómica, que es peor.

Semejante política en hombres como Bulganin, doctor en Ciencias Económicas, o como Malenkov, cuyos gustos por la literatura latina nadie ignora, sólo puede llevarse a cabo con un propósito de emergencia: el de movilizar toda la inteligencia rusa para la guerra, para el perfeccionamiento de los medios de destrucción. Esta es la realidad que se esconde apenas tras ese hidrópico programa de formar seecientos sesenta mil «robots» humanos, con cerebros que trabajarán como frías máquinas sin alma.

EL PROXIMO ESCENARIO

Los discursos de Bulganin y Krustchev, que cerraron esta reunión del Soviet Supremo, fueron parcialmente publicados por la Prensa soviética. No contenían absolutamente ninguna novedad.

Tocaron en su flauta, una vez más, el conocido «aire» de la coexistencia pacífica, aderezada con los rituales ataques a los Estados Unidos por su «imperialismo». Falazmente citaron ambos a Lenin en apoyo de su tesis coexistencialista; pero no citaron otros párrafos más «leninistas» del propio Lenin. Coexistencia, ¿hasta cuándo? Hasta que el murdo capitalista se desmorone, ayudado en esta tarea por la acción subversiva de todos los partidos comunistas del mundo. Está claro.

Más interés tuvieron sus alusiones a la nueva política soviética en Asia, y particularmente en el Oriente Medio. Aquí está el escenario de la «guerra fría económica» que Rusia va a reñir —que está reñiendo ya— en competencia con los Estados Unidos e Inglaterra. En la «agenda» de la política exterior rusa figuraba primero Europa—y se llevaron nueve naciones europeas—; después, Extremo Oriente, y se llevaron nada menos que China y el Vietnam del Norte, además de conservar Corea del Norte. Ahora le toca el turno al Oriente Medio. ¿Qué se llevarán los rusos?

En el nuevo «round» que se prepara, los Estados Unidos llevan a cuestras el tremendo «handicap» de Inglaterra, cuyo recuerdo en unos países, y cuya presencia en otros todavía, hacen tremendamente difícil la atracción de las piezas que van a disputarse rusos y americanos. Si para Europa la alianza anglo-americana es vital, en Asia ha demostrado ser una verdadera calamidad. En este Continente, la peor compañía que podría elegir el Tío Sam es la de John Bull. Pero, sin duda, la cosa no tiene remedio... De todas maneras, los Estados Unidos se han apuntado el primer «round» a!



Las recaudaciones comunistas en Italia las encabeza siempre «L'Unità», el periódico comunista de Togliatti. El importe de ellas va a Rusia

comprometerse a financiar, juntamente con Inglaterra, la gran presa de Assuan, en Egipto.

UNA SOLA AUTOCRITICA

En esta reunión del Soviet Supremo que venimos comentando sólo se registró—sin duda, para mantener el fuego sagrado de la tradición—una patética autocrítica. Corrió a cargo del alcalde de Moscú; la cosa sólo tuvo, pues, dimensiones municipales.

El alcalde de la capital rusa se acusó amargamente, arrepiñándose con la intensidad que el caso requería, de haber tolerado los excesos suntuarios del bizantinismo de los arquitectos municipales en perjuicio de las viviendas. En adelante sólo se construirán casas de vecindad tipo «standard» de renta reducida. A ellas se dedicará un 12 por 100 más del presupuesto municipal con relación a 1955.

De momento, su «mea culpa» no ha tenido otras consecuencias para el alcalde en cuestión. Ha sido como un epílogo al famoso asno de los arquitectos, que ha puesto fin al delirio faraónico de los arquitectos rusos de la era staliniana.

Y con esto llegamos a la rúbrica. La reunión del Soviet Su-



Togliatti en un festival de recaudación de fondos para Moscú, en los salones de «Amigos de Rusia», en París

premo que venimos comentando ganin y Krustchev al Asia. Un terminó con una apoteosis de presupuesto «afeitado» y un v'aje propagandístico. Nada más. el presupuesto al viaje de Bul-

M. BLANCO TOBIO

CINCO POEMAS DE MARIA MULET

(«Tormenta», «Niñas mar», «Canción de la madre marinera», «Señal de madrugada», «Preparando redes».)

En el número 45 de

POESIA ESPAÑOLA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 36 ptas.; semestre, 72; año, 144

LA GRAN MENTIRA DEL DESARME RUSO



UNA PARTIDA SECRETA DEL PRESUPUESTO SOVIETICO

TODOS LOS PARTIDOS COMUNISTAS DEL MUNDO COTIZAN PARA MOSCU



En Rusia, la ción para la comienza en cuela. Un g niños rusos cha las esparta nes de un p ante la magel un nuevo . M de tanque pági por el Eijo A

Vea la información página

Teletoto de la N sentación dial, presupuestos ha ticos por elio ' tro de Hacia co so, Zverevor E el Soviet S. Le En la tribuna rior se ve arria nin y